

NACHO MONTES

Zapatos rojos

para
saltar en los
charcos



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Esta novela es una historia de mujeres en guerra con la vida, de amistades cómplices, de almas comunes.

Hay noches de confidencias con los amigos que hacen que el mundo parezca más amable y la vida menos difícil.

Los secretos de la amistad siempre forman hilos difíciles de romper.

Hay secretos que nos encadenan a personas que nunca imaginamos. Lugares que guardan para siempre el alma de quienes los habitaron.

Esta novela es una caja de secretos. Secretos de muerte, secretos de amor, secretos que acabarán uniendo a sus protagonistas en torno a un árbol que solo florece en julio.

Hay pequeñas cajas en la vida que guardan para siempre grandes historias. Y hay zapatos rojos que nos hacen saltar en los charcos disipando todas las tormentas.

L≡**LIBROS**

Nacho Montes

Zapatos rojos para saltar en los charcos

*A mi madre, mi abuela Ángela y mi tía Concha,
que me hicieron amar mi materna tierra aragonesa.*

A mi padre, que todo lo puede.

*A mis hermanos Paula, Laura y Javier;
a Virginia; a Justin,
porque forman la piel de mis sentimientos.*

A mis amigos, los que están y los que estuvieron.

A los que aman sin medida.

Nunca importó el porqué, solo importaba que bajo aquel lilo la vida se respiraba más fácil aunque viniese torcida. Nada más parar el coche, Nando bajaba corriendo por el camino empedrado, saltaba la tapia y se adentraba en el inmenso jardín hasta alcanzar el lilo. Ya era julio y su desmesurada copa se había llenado de lilas, como cada verano, contradiciendo a la naturaleza. Había algo secreto en esa tierra húmeda que hacía florecer el viejo lilo meses después de la primavera. Decían las viejas del pueblo que era un hechizo que tenía La Piñonera, la finca de los Montalbán, y su estrambótica dueña. Pero la abuela Candela nunca entraba en batallas, se limitaba a regar con mimo, cada tarde, aquel parterre impoluto donde el agua se embalsaba mansa hasta que el lilo bebía, sin prisas, todas sus gotas. Los viejos de la cantina estaban convencidos de que las pilas usadas que enterraba Candela en la arena generaban esa floración azulada y tardía. El rumor de las leyendas era habitual en aquellos pueblos de montaña. Nando, jadeante aún, clavaba un palito en la tierra, que olía como el perfume del bote que la abuela guardaba en el cajón de su cómoda, para ver cómo las lombrices se enrollaban en él, curiosas.

—¿No me das ni un beso, granuja? Sube aquí ahora mismo —gritaba exagerada la abuela desde el balcón que se asomaba al jardín.

Nando, susurrando al lilo que luego volvería, se ponía en pie, se sacudía la tierra de las bermudas de rayas y corría por el jardín hasta el umbral de la casa. Entraba vivaz por un inmenso portón doble de madera bajo un porche de vigas vistas del que pendía, bailón, un inmenso farol con cristales de color ámbar. La construcción, un antiguo caserón típico del Pirineo aragonés, se alzaba imponente, con sus aleros de madera, su piedra de granito y sus pizarras negras, brillantes, impolutas, entre un inmenso bosque de pinos por el que cruzaba el río Gállego. Cerca de la piscina, custodiada por dos leones gigantes de piedra sobre los que Nando se subía con el infantil sueño de conquistar el mundo, estaba, sereno, el viejo lilo.

Matías lo había plantado cincuenta años antes en una de esas tardes engañosas de junio en las que picaba el sol, pero la brisa entraba por los tejidos, violaba la piel como un cuchillo y calaba hasta los huesos. Candela le había visto sudar desde

primera hora cavando en la tierra un agujero tan grande que cuando estuvo terminado hubo que meter una pequeña escalera para que el joven jardinero pudiese salir de su propia obra. Parecía imposible que un simple lilo necesitara semejante boquete.

—Matías, ¿no lo has hecho demasiado grande? —preguntó desde una distancia prudente Candela mientras el jardinero escalaba para salir de nuevo al mundo.

—Señora, su marido dijo que quería el lilo más grande para que pudiese llenar el salón de flores —contestó él, limpiándose el sudor de la frente con una manga embarrada que le dejó un borrón negruzco sobre una ceja.

—No sé yo si el viejo vivero tendrá un árbol tan grande como para esta fosa.

—Señora, no lo llame fosa, que he estado ahí dentro y se me pone la piel de gallina.

Matías tenía los ojos muy azules. Demasiado azules para una piel tan curtida por el sol y un pelo rizado, negro y espeso como las noches de montaña. Era insultantemente guapo, joven, servicial, amable y reservado. Su tosquedad hacía que a Adela se le escapasen sonrisas nerviosas que no pasaban inadvertidas a los ojos de Candela.

—Adela Navascués, a ti te gusta Matías más que comer con los dedos, puedo olerlo en tu caminar todos los días —exclamaba Candela mientras el rubor teñía los mofletes de la chica.

—Qué cosas tiene, señora —se excusaba ella, mirando a otro lado.

Matías tenía las manos grandes y los brazos fuertes, pero aquel agujero le había consumido la energía hasta doblegar sus rodillas. Candela, que había visto cómo se sentaba en una piedra junto al camino y respiraba exhausto, encorvado, con la cabeza gacha, mandó que le llevasen una bandeja con una jarra de leche caliente, galletas y chocolate. Cuando Adela, temblona y sonrosada, le acercó la merienda, Matías levantó la cabeza, sonrió y la tarde dejó de estar fresca.

Había junto al río, en la frondosidad del jardín, una mesa de piedra que el musgo había ido dibujando con mil estampados. Cerca, un cenador como de baile cobijaba a los amantes, solía decir Candela, de las tormentas de verano. Adela paseaba algunas tardes hasta él, se sentaba en medio cuando empezaba la tormenta y abría un libro. Le gustaba leer, sin tiempo, refugiada y sola, mientras la lluvia lo empapaba todo.

Matías vivía cerca del cenador. Al otro lado del jardín, si uno seguía el curso del río y cruzaba el puente, se encontraba con la cabaña, una casita pequeña de piedra y pizarra de cuya chimenea siempre salía humo, fuese invierno o verano. Adela había imaginado muchas veces que llegaba a esa casita y Matías la recibía con los brazos abiertos y el sexo excitado. Pero la primera vez que se acercó

hasta el puente y escuchó los gemidos calientes que salían de los territorios del jardinero nunca más se atrevió a cruzar más allá del cenador del jardín. Desde allí, las noches que no había viento, podía escuchar a las amantes de Matías, rendidas al vigor de aquel hombre de ojos azules. A veces, hasta creía poder oler el sudor limpio de su piel, como cuando cortaba las malas hierbas o segaba el césped de la piscina. No sabía si era el amor, pero a Adela le gustaba hasta ese olor agríndice.

Matías no se había terminado las galletas y el chocolate cuando un claxon afónico de viejo sonó tres veces desde el exterior de la tapia. Era el lilo. Un camión encarnado traía por fin el regalo de verano de don Jacinto a su esposa.

Don Jacinto era un tipo curioso. Alto, apuesto, vestido siempre como si fuese a una ceremonia. Solía llevar trajes ingleses de cuadros, con chaleco, pajaritas de lana y pañuelos de hilo blanco en la solapa. Usaba reloj de bolsillo y gafas de pasta. Y olía siempre a tabaco tierno y a perfume de naranjas. Cuando Matías abrió la puerta, entró en la finca lo que a Adela se le antojó como una caravana de carnaval. Primero el Morris verde inglés descapotable de don Jacinto, que iba vestido con un cárdigan de punto fino gris, camisa azul pastel y pajarita de lana color calabaza. Detrás, el viejo camión del vivero, con un lilo tan grande que parecía imposible que hubiese podido vivir fuera de la tierra húmeda ni cinco minutos. Cerraba la comitiva una camioneta con una veintena de jóvenes, fuertes y curtidos de sol, que debían bajar a pulso el inmenso lilo y acoplarlo al agujero que Matías había estado cavando toda la mañana. Adela permanecía atenta y risueña, acalorada a pesar de la brisa tardía, sentada en un bancal de piedra observando ese espectáculo. Mientras aquellos hombres, entre gemidos y esfuerzos, bajaban el lilo del camión, Adela recogió la bandeja de la merienda y entró en la casa grande hacia la cocina. Cuando llegó soltó la bandeja, cogió una galleta mordida por Matías, la olió, la besó y la masticó, mirando al techo con un suspiro y dejando caer el peso de su cuerpo sobre la encimera de azulejos.

—Matías, Matías... —susurró dos veces y después bebió con avidez los restos de leche que habían quedado en el vaso, posando sus labios sobre la blanca huella que había dejado la boca del jardinero.

—Adela, por favor, ¡saquemos agua fresca al jardín a estos hombres o se morirán deshidratados! —exclamó Candela, entrando en la cocina como un torbellino y sobresaltando a la chica, que tragó lo que quedaba de galleta como un pavo, sin masticar, por miedo a que descubriesen sus deseos.

—Ahora mismo, señora —respondió casi en un suspiro. Cuando se quedó sola de nuevo, mientras llenaba dos grandes jarras de cristal de hielos y agua y apilaba una veintena de vasos sobre una bandeja de madera oscura, cogió uno de los hielos y se lo pasó por el cuello. Estaba roja y henchida como un mejillón

hervido. Se habría metido la mano entre la ropa interior en ese mismo momento si no fuese porque sabía que si lo hacía ya nunca más podría mirar a Matías sin que Candela descubriese cada uno de sus pensamientos. Así que se derramó por dentro del delantal un vaso de agua y salió al jardín, con la bandeja llena de vasos y jarras en las que tintineaban todos los hielos que ella habría necesitado para apagar sus fuegos.

Esa noche, cuando ya solo habitaban en el valle los grillos y las estrellas, Adela volvió a cruzar el jardín hasta esa distancia prudente desde la que podía escuchar y ver lo que pasaba en la cabaña. La luz estaba encendida. Una ventana abierta dejaba volar la música, las risas y los gemidos. Esa noche no quiso huir, y como si se reencarnase en aquella amante que le robaba a su hombre, permaneció en silencio bajo los árboles, con los ojos cerrados y las manos acariciando cada uno de sus rincones. Esa noche, aunque solo fuese una, Matías también fue suyo en alguna medida.

Junio amaneció caluroso. Candela bajó en bañador, con una pabela de rafia, un capazo de paja y su diario rojo, dispuesta a tirarse bajo el lilo para estrenar su sombra y a observar desde ahí cómo limpiaba la piscina Matías, arreglaba las flores y dibujaba el césped con su acostumbrada maestría. En algún lugar Adela canturreaba. Entraba y salía de la cocina al jardín revoloteando.

—Buenos días, señora, ¿qué quiere desayunar? —preguntó con una sonrisa y las manos en jarras en las caderas.

—¿Te ha visitado la felicidad esta noche? Pareces una adolescente enamorada. Me gusta verte así —respondió Candela desde su hamaca, levantando el ala de su pabela para poder observarla.

—Es el verano, señora, que me calienta las entrañas. ¿Zumos, té, pan con tomate y huevos como siempre? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Perfecto —sentenció Candela, devolviendo la sonrisa y observando cómo la chica se alejaba hacia la puerta de la cocina bordeando la piscina con desmesurado tintinear. Matías miraba de reojo mientras lanzaba al agua la red mosquitera. Abrió el diario rojo, sacó un lápiz de madera de su capazo y empezó a anotar.

La Piñonera, 5 de junio de 1960

Adela parece que está en la edad del pavo. Lleva días flirteando como una quinceañera alrededor de Matías. Pobre. Para mí que no se da cuenta de que él ni la intuye.

Jacinto me regaló ayer el lilo más grande que haya visto en mi vida. Hubiese preferido un vestido de París, pero tengo que reconocer que las lilas

siempre me han embriagado y que me gusta esta posición a la sombra con vistas a la piscina y al puente sobre el río, allí a lo lejos. Es como un puesto de vigilancia en el que creo que voy a pasarme todo el verano. ¿Este lilo se llenará de flores la próxima primavera? He leído en una revista francesa que si metes esas pilas modernas cuando ya están gastadas en la tierra, las flores se vuelven azules y se multiplican. Qué cosas saben los franceses, oye.

Me han comentado que ayer llegaron al pueblo los feriantes. Esta tarde bajaré paseando para comprar manzanas caramelizadas y observar qué se cuece por allí, aunque la verdad es que este pueblo me aburre cada año más. ¿Aquí nadie va a Francia a comprar perfume ni a conocer mundo? Me tengo que fugar pronto a París sin decirselo a nadie. Será divertido, imagino la cara de loca espantada que pondrá mi madre cuando se entere de que su niña se ha fugado sola a la ciudad de la libertad. Pagaría por verla. Supongo que a Jacinto tampoco le hará ninguna gracia, pero como no pienso comunicárselo, lo mismo me da. Si él nunca da explicaciones de sus viajes, ¿por qué tendría que hacerlo yo? Luego vuelve y me compra el cariño con sus estúpidos regalos. Un lilo. Madre de Dios. Podría haberme traído mi perfume de Chanel, una falda bonita, un estuche nuevo de maquillaje, unos zapatos, un bolso... Pues no, un lilo.

He leído en la prensa que Franco es un cazador aventurado y diestro. ¿Aventurado? ¿Diestro? Lo que hay que oír. Pero si este enano es incapaz de levantar una escopeta por encima de sus huevos de codorniz. Y que Jacinto se pase el día alabando sus hazañas, sus infraestructuras, como él dice, y luego se fugue a París para poder hacer lo que aquí nadie le dejaría sin apedrearle es como de chiste. Me asombra lo simples que pueden llegar a ser algunos hombres.

Mamá también se las trae con sus defensas. Ayer me dio el té con sus tontunas. Que si qué marido tan guapo tienes, que cuando le voy a dar un nieto, que qué suerte tengo de tener un hombre así a mi lado. Pues siento decirte, mamá, que a Jacinto le gustan otras cosas más que yo, pero eres tan ingenua que no lo creerías jamás. Ay, los hombres y sus secretos.

Cuando el sol empezaba a apretar, Matías pidió permiso para quitarse la camiseta. Junio había comenzado fresco en el valle, pero, como pasaba cada verano, un día se calmaba de repente la brisa y el calor se instalaba a mediodía como si se acabase el mundo. Candela se lo concedió y siguió un rato vigilando bajo sus gafas de sol cómo el jardinero capturaba las últimas avispas de la superficie del agua; su ombligo era el corazón de un conjunto de músculos brillantes y un corrillo estratégico de vello, como dibujado. En cuanto se hubo ido se quitó la camisola, se ajustó el bañador, se hizo una cola con el pelo y corrió hasta el borde del agua, sin pensarlo, para tirarse de cabeza.

—Parece usted Esther Williams —exclamó Adela cuando Candela volvió al caserón después del baño.

—Me gusta nadar. Deberías probarlo —respondió con una sonrisa abriendo una botella grande de cerveza y bebiendo a morro con ansia.

—Si la viese don Jacinto...

—Él también adora la cerveza, Adela. ¿Crees que tiene más derecho que yo? No seas antigua. Toma —exclamó, tendiéndole la botella con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos vivos.

Adela dio un sorbo y soltó la botella como si tuviese fuego. Las burbujas le habían subido de la nariz a los ojos y la hacían estornudar mientras Candela se carcajeaba.

—No te matará mujer. Es simplemente cerveza —gritó—, cerveza, el signo de la virilidad de los hombres de los sesenta —dijo, bebiendo de nuevo un gran trago y eructando estruendosamente mientras erguía la botella hacia el cielo y sonreía.

Junto al porche ya estaban preparados los caballetes y el tablero que servirían de mesa para la cena que se celebraría esa noche bajo el lilo. Adela planchaba un mantel blanco de hilo y se miraba en el espejo del comedor las canas que cubrían ya su antigua melena azabache. En un cajón de madera con asas estaban preparadas y limpias la vajilla roja inglesa, las copas de cristal verde portugués y una cubertería de plata que alguna prima trajo de México como regalo de boda hace tantos años que ya nadie recordaba ni su nombre.

Cuando Nando entró en la habitación, su abuela canturreaba delante del espejo probándose un modelo en blanco y negro. *New Look*, Dior. En el suelo unos altísimos zapatos de tacón rojo intenso. Se contoneaba de puntillas, descalza, sobre la tupida alfombra de pelo blanco, mientras observaba el movimiento de su falda y la perfección aún de su divina cintura a pesar de que esa noche cumplía setenta y cinco años. Muchos de ellos como la flamante viuda de don Jacinto, como decían las tenderas de la comarca. Había estado media mañana probándose los exquisitos vestidos *vintage* que Bárbara de Cotagge, la viuda de un diplomático francés, le vendía desde París desde hacía más de una década. Nando observó a su abuela con idolatría antes de correr hasta ella, lanzarse sobre sus brazos abiertos y acabar los dos tirados en el suelo, riéndose.

—Abuela, te he traído el perfume que te gusta, mamá me lo compró para ti. —Las pecas de su cara parecían flotar cada vez que el niño sonreía de oreja a oreja. Candela abrió aquel bote, pequeño como una caja de joyería, y mojó tibiamente sus lóbulos con dos gotas de Chanel número 5.

—Huele a amantes —exclamó, volviéndose a mirar en el espejo con placer sus ojos vivos como dos ascuas. Mientras, Nando permanecía sentado en la cama, a su espalda, escuchando hechizado cada palabra que salía de los labios encendidos de su abuela. *Rouge*, siempre *rouge*.

—Abuela, qué bien haber llegado justo el día de tu cumpleaños. ¿Por qué mamá no ha venido conmigo?

—Porque no siempre podemos cancelar los viajes de trabajo, cariño, pero no te preocupes que nos lo vamos a pasar fenomenal estos días tú y yo.

—Adela está preparando una mesa enorme en el jardín. ¿Tenemos invitados? —preguntó excitado el pequeño.

—¿Tenemos? —Candela soltó una carcajada—. Eres la monda, niño, la monda. Pues mira, tenemos unas amigas más que vienen de distintos lugares del mundo. De París, de Nueva York, de Madrid... Hoy es un día especial, no todas las noches se cumplen tantos años.

—Abuela, ¿tú eres más joven que *miss* Rupert?

—¿Tu tutora del colegio? No, yo soy mucho más vieja que ella.

—Pues ella está mucho más fea y más arrugada y siempre huele como el serrín ese sucio del circo ambulante de la feria.

—¿Y a qué crees tú que huele ese serrín? —preguntó Candela intrigada.

—Pues a *miss* Rupert, abuela, que no te enteras.

—¿Y a qué huelo yo? —Candela contenía la risa en el espejo. Nando saltaba detrás, sobre la cama, con los mofletes encendidos.

—Tú siempre hueles como el lilo, abuela —sentenció.

Candela abrazó a su nieto, le dio una palmada en el culo y le pidió que bajase a ayudar a Adela en la cocina.

—Yo bajo en cuanto me cambie de ropa, vigila el horno y obedece a lo que te diga Adela, luego haremos un montón de piruletas de chocolate para el postre —exclamó con un guiño de ojo.

Mientras Nando bajaba la escalera a saltos, Candela sacó su diario rojo.

La Piñonera, 21 de julio de 2010

Esta noche me encuentro con cuatro amigas a las que apenas he visto, pero que conozco tanto como a mí misma. Han ido delineando, sin saberlo, el mapa de mi realidad todos estos años. Podría dibujar sus rostros y su alma con los ojos cerrados sobre una pizarra invisible.

Esta noche quiero beber y reír; porque a pesar de todo soy muy feliz.

Los días en la finca de los Montalbán pasaban lentos y dulces en verano. En París, no tan lejos, una docena de damas cotorreaban mientras oteaban los vestidos de noche que Bárbara de Cotagge exponía en burros de hierro blanco forjado, casi como si fueran piezas de un museo. La viuda de Marcel de Cotagge tenía que coger el primer vuelo de la tarde destino a Zaragoza. Allí había quedado con Clotilde La Mata para subir juntas en el Rolls negro de asientos de piel vainilla que Sebastián, su chófer, mantenía impolutos. Viajarían juntas hasta el corazón del Pirineo aragonés. Pero era casi mediodía y un puñado de grullas, que diría Clotilde, con laca en el pelo como para cargarse definitivamente la capa de ozono de todo el planeta, hurgaban entre las perchas los Balenciaga, los Dior, los Chanel, los Lacroix *vintage* que Bárbara había traído en su última remesa.

—Señoras, cojan sus bolsos, que esto se chapa ya —gritó Bárbara ante el estupor de las damas. Una de ellas, que no se había quitado el pamelón en todo el rato, miró de reojo, respiraba como un animal salvaje, y soltando un fajo de billetes sobre la mesa exclamó:

—*Sainte Marie Mère de Dieu.*

—¿Cuántos hurones quedan en París? Estoy hasta el mismísimo... hasta ese lugar, ¡vaya! —apostilló Bárbara por lo bajini en castellano.

Cuando hubo terminado de empujar a todas aquellas damas, bajo esa nube imposible de perfume que dejaban a su paso y que podría cortarse con el sable de las tartas de *monsieur* Legrand, el pastelero más reputado de su barrio, Bárbara se apresuró a cerrar la puerta y a contar los billetes desparramados sobre la mesa, seis mil quinientos cincuenta euros. No estaba tan mal por haber tenido que aguantar a semejante morsa, pensó. Hizo un fajo con ellos, los ató con una pequeña goma y se los metió en el sostén. Después, una vez comprobadas todas las luces y conectada la alarma, bajó las escaleras apresurada. La vieja madera de los peldaños protestó. El taxi ya estaba esperando en el portón de avenue Victoria.

—*À l'aéroport, s'il vous plaît. Ne vous attardez pas* —ordenó.

París ardía bajo el sol de julio. Los hierros que Eiffel diseñara para su torre faraónica brillaban como navajas bajo el sol, dejando sobre las mansas aguas del

Sena regueros de oro líquido. Bárbara sacó de su bolsa de viaje, la Keepall de Vuitton jamás fallaba, un pequeño neceser de piel dorada, el mismo tono del vestido YSL que llevaría esa noche, y mientras el taxista sorteaba a los turistas de la ciudad, ella fue dibujando con certera maestría sus ojos y sus labios. Unos ojos que hablaban de la feliz soledad. Tantas cosas por contar esa noche.

Marcel de Cotagge era un tipo insoportable. Alto como una farola y fibroso como un atleta, siempre tenía cara de mala leche y mascaba un tabaco oscuro que hacía que su boca oliese a alquitrán bajo el sol. Pero a pesar de todo, de su fama de estirado y de sus desaires públicos a las damas de sociedad, París se rendía ante esa cabeza calculadora que hacía que todos los banqueros de la ciudad le invitasen a sus cenas privadas para hacerle consultas de negocios. La primera vez que Bárbara le vio, tomando café en una terracita de la rue Royale, cerca de la Madeleine, no pudo apartar sus ojos. Él hablaba con soberbia y gritaba a unos compañeros de mesa que en vez de violentarse se mostraban subyugados ante la conversación del valedor.

—Nena, dile a tu marido que quiero conocer a ese señor —pidió Bárbara ante la mirada perpleja de su amiga Clotilde, compañera de colegio, de trastadas juveniles, amiga del alma y esposa feliz de Arturo La Mata, un multimillonario tosco y burdo, al que la nobleza de París admiraba porque vestía las partes más íntimas de casi todas las mujeres de la alta sociedad internacional.

—¿En serio te gusta? Es largo y flaco y mastica mierda... —preguntó horrorizada Clotilde justo antes de meterse un *petit pain de foie* entero en la boca, como si fuese una aceituna.

—No me gusta, me fascina, mira qué porte tiene, mira qué mirada de superioridad, mira qué...

La bocina de una bicicleta alocada sonó justo antes de estrellarse contra la mesa haciendo saltar vasos, aperitivos, platillos y el bolso de Clotilde.

—¡Me cago en tu madre, niño de mierda! —gritó Bárbara. Clotilde no podía ni hablar porque tenía pan en la boca como para dar de comer a un albergue. Antes de que ambas se agachasen a recoger el estropicio y los miles de enseres que Clotilde llevaba en su bolso y que habían quedado disseminados por la acera, Marcel de Cotagge y su séquito ya estaban allí, ante el estupor de sus conocidos. El niño de la bici había salido corriendo como si hubiese visto al diablo.

—¿Están ustedes bien, señoras? ¿Necesitan ayuda? —preguntó en casi perfecto español, cogiendo la mano de Bárbara y besándola al aire sin rozar su piel.

—Ha sido un desafortunado accidente, nada más —respondió Bárbara con fingida delicadeza y mirada gatuna.

—Me gusta usted más cuando se caga en los niños de mierda que no saben

por dónde conducen en bici —dijo él con una media sonrisa.

—Esta es mi amiga Clotilde La Mata —anunció, sonriendo y señalando a su amiga a modo de presentación.

—Vaya, es usted la esposa de Arturo, no lo habría dudado ni un minuto —afirmó, escrutando categórico el escote de Clotilde, un balcón desmesurado sujeto por dos pequeños tirantes de exquisito guipur, todo lo exquisito que ella ni era ni querría llegar a ser nunca.

—Pues todos encantados —aseguró Bárbara.

—Yo lo estaré cuando tenga el gusto de cenar con usted —apostilló él.

Solo tres meses después Bárbara elegía las bragas y el sostén, como decía sin ambages Clotilde, para su noche de bodas. «El enlace del diplomático francés Marcel de Cotagge y su ya esposa española Bárbara congrega en París a lo más selecto de la sociedad internacional», rezaba el texto de *Le Monde* al día siguiente. Bárbara lo ojeaba con placer, sentada en la cama de su suite mientras desayunaba. Marcel y a llevaba rato en la terraza, al sol, despachando asuntos por teléfono con América y mascando tabaco. En el suelo, sobre la alfombra blanca de pelo, sus zapatos rojos de tacón; al lado, apoyado contra la pared, descansaba un lienzo con su retrato, casi desnuda, en tonos azules, que Marcel había encargado para su esposa a Marie Lamotté, la pintora más reputada del momento en París. Una obra de casi dos metros de alto que Bárbara estudiaba con ego desde la cama ladeando la cabeza mientras dibujaba con sus ojos sus retratadas curvas.

—Mona estoy, para qué lo voy a negar —concluyó.

El taxista frenó de golpe antes de atropellar a una pobre anciana que cruzaba sin mirar. Bárbara se estampó contra el asiento del copiloto. El neceser dorado cayó al suelo haciendo rodar por todo el vehículo un sinfín de pinturas, esmaltes de uñas, polveras y brochas. El grito se oyó más allá de Champs Élysées.

—Vaya con cuidado. Joder.

—La vieja no miró —se justificó acalorado el taxista, en español.

—La vieja, la vieja. Me cago en... —Bárbara murmuraba encendida al tiempo que recogía sus maquillajes desparramados por las alfombrillas de aquel taxi mugriento cuyo conductor parecía un corredor clandestino de esas carreras en las que apostaban los maleantes de los suburbios de la ciudad.

Cuando llegaron al aeropuerto, el neceser volvía a ser lo que era y su cara, se dijo sin rubor mirándose en un espejito, una postal divina de la mujer moderna.

Clotilde La Mata odiaba los transportes, aunque pagase primera sin inmutarse, así que siempre que se pudiese hacer el viaje por carretera lo hacía. Fuese a Chinchón o a Moscú. El coche le permitía llevar nevera, cesta de picnic y un quintal de bocadillos y chips como para abastecer a un ejército en plena guerra. Sebastián había empezado a conducir su Rolls negro casi cuando aún no tenía pelos en la barba. Ni en los huevos, pensó ella con una sonrisa pícara, observándole por el reflejo del retrovisor. No habían recorrido ni cien kilómetros cuando ella suspiró, como si le fuese la vida en ello, abriendo la cesta de los bocadillos.

—Qué hambre tengo, madre mía de mi vida. *¿Foie gras, sobrasada, salami, jamón, tortilla española?* —preguntó Clotilde a su chófer, olisqueando algunos bocadillos a través del papel de plata.

—¿Tan pronto? —respondió incrédulo Sebastián.

—Nunca es pronto ni tarde para un buen bocata, ni para un buen nabo —sentenció ella mientras sonreía, devorando ya el primero, de tortilla, como si no hubiese comido en un mes. Sebastián intentó evitar sus ojos en el espejo, se había puesto rojo como un tomate. No importaban los años a su servicio, seguía sintiendo cómo le ahogaba el rubor cada vez que doña Clotilde soltaba uno de sus exabruptos.

Tenía pensado parar en el centro de Zaragoza, visita obligada al Pilar y compra compulsiva de frutas de Aragón, antes de recoger a Bárbara de Cotagge en el aeropuerto. Su querida Bárbara, cuántas charlas borrachas en aquellas fiestas aburridas llenas de las pijas más remilgadas de París. Hoy la noche pintaba diferente. Hoy por la noche vestiría su generoso cuerpo con una falda azul tinta de Balenciaga y una blusa blanca.

—Espero que tengan plancha, porque esto va hecho un guñapo —exclamó, dirigiéndose a un Sebastián que ya ni se molestaba en devolverle la mirada.

Arturo La Mata era un tipo divertido y alocado. De mediana estatura y espaldas de descargador de muelle, fumaba en pipa y escupía sin rubor en la calle ante las carcajadas de su mujer. Había empezado de niño con un mercadillo ambulante de tejidos de seda y encajes que trapicheaba de estraperlo por todos los rincones

del mundo y había acabado comprando el imperio de bragas de lujo, como lo llamaba su esposa, más prolífico del planeta.

—¿A mí, que he vestido los coños de todas las damas de postín del planeta, me vas a enseñar tú a hacer hijos? —solía gritar acalorado cuando alguien le llevaba la contraria.

La primera vez que Clotilde le vio, en el frondoso y decadente jardín de un restaurante de carretera de reconocida cocina, parada obligada para tantos viajeros, sintió que sus mejillas se inflamaban. Él había escupido al suelo, hacia un lado, sin importarle su derredor, acribillando el charol rojo de uno de los zapatos de tacón de Clotilde.

—¡Bingo! —exclamó ella con mucha emoción y poco asco.

Arturo se levantó de la mesa contigua y se acercó.

—Lo siento de veras, señora, le pido disculpas —dijo, agachándose con su pañuelo de hilo blanco con una mano y levantando el pie morcillón de Clotilde con la otra.

—Señorita —corrigió Clotilde con ampulosa coquetería.

—Será porque usted quiere. —Sonrió levantándose y pidiendo disculpas una vez más antes de volver a su mesa.

Arturo era tosco pero con buen fondo, como decían sus trabajadores. Había aprovechado su genuflexión, con Clotilde sentada, para observar las bragas de la dama. Deformación profesional y perversa. Negras. Clotilde casi siempre llevaba la ropa interior negra. Y en las fiestas señaladas, roja.

Cuando ella abandonaba el restaurante, el *maitre*, un señor alto, rancio y obsoleto a más no poder, le entregó una caja blanca con un gran lazo rosa.

—Lo ha dejado para usted el señor La Mata.

—¡Gracias! —exclamó aún perpleja, abriendo la caja con la avidez de una adolescente.

Envuelto en papel de seda descubrió un exquisito *déshabillé* francés de chantilly negro. Una tarjeta rezaba: «Negro, como a usted le gusta, como sus ojos».

—Negro, como a usted le gusta —repitió en voz alta Clotilde sin poder dejar de sonreír. El *maitre* también lo hacía, mostrando los pocos dientes que le quedaban en sus ancianas encías.

Esa noche, con el *déshabillé* embutido en su generosa anatomía y una sonrisa resaltada en carmín frutal, Clotilde descolgó el teléfono y marcó.

—Arturo, querido, no tengo palabras para agradecerte el detalle. Soy Clotilde.

—Querida Clotilde, ha sido un simple gesto ante mi torpeza. Nada me gusta más que vestir su intimidad.

—Tutéame, por favor, no concibo otra manera de hablarnos.

—Tuteada quedas. Suerte que en mi coche siempre llevo un surtido perfecto para cualquier mujer.

—No lo estropees, hombre, pensé que era exclusivo para mí.

—Nena, y todo lo que hago es exclusivo para las intimidades de una mujer.

Una semana más tarde Clotilde y Arturo La Mata revolvían las sábanas de una de las suites del histórico hotel Ritz de París. Ella se había vestido para cenar con lo más escueto que había encontrado, con la única intención de demostrar a su comensal que el *déshabillé* regalado cubría su íntima piel. Él se había pasado la noche devorando su escote con miradas lascivas y piropos manidos, algo que no solo no molestaba a Clotilde, sino que la excitaba hasta enloquecer. Medio año después, Clotilde adoptaba para el mundo el apellido de su marido. La Mata. Un año más tarde volvían a esa misma habitación del Ritz, Arturo era de rituales fijos, para celebrar su primer aniversario de boda.

—Cariño, ¿sabes que Marcel de Cotagge ha mandado retratar a Bárbara desnuda?

—¿Y quién la ha pintado? —preguntó él con curiosa envidia.

—Lamotté, esa pintora pija que se quedó viuda por unas puñeteras ostras —sentenció ella.

—Pero seguro que tú no quieres posar desnuda para un cuadro —ronroneó él.

—A lo mejor sí —respondió ella, ladeando la cabeza y haciéndose un caracolillo en el pelo con un dedo regordete con la uña roja sangre.

Arturo La Mata permanecía sentado. Su traje marino con raya diplomática blanca, que en cualquier caballero de mediano gusto habría quedado elegante, parecía un disfraz de mafioso italiano en su recortada arquitectura. Se había insertado un clavel tan grande en el ojal que podría haber pasado por un repollo. Leía el periódico con aires de pseudointelectual cuando entró Marie Lamotté llenando el *hall* del hotel Ritz de París de un suntuoso perfume y del impoluto blanco de la lana merina de su abrigo con solapas de armiño, tan blanco como sus dientes. Marie recorrió el *hall* con la vista sin percatarse siquiera de la presencia de su nuevo cliente.

—Buenos días, señorita Lamotté —pronunció con pomposidad en un francés irregular, tendiendo su mano hacia Marie, que se había quedado estupefacta ante la visión de aquel caballero pequeño y regordete.

—¿Usted es *monsieur* La Mata? —preguntó extrañada, sin querer demostrar descortesía, aunque no lo consiguió.

—¿Lo duda? —respondió Arturo con la ceja levantada y la mirada clavada en la boca de su interlocutora.

—No, por Dios, solo que le imaginaba más... —Marie dudó un segundo antes de meter la pata de nuevo—, más mayor —zanjó con un suspiro y una sonrisa tan grande que notó cómo se le desencajaba la mandíbula.

—Vaya, gracias, supongo que es un piropo —dijo él, recuperando esa chispa

que a Clotilde le encantaba, pero que atufaba a mal gusto. Por mucho poder económico que tuviera.

—Tómelo como quiera —susurró ella, quitándose el abrigo y mostrando un vestido impecable de lana gris perla, sin escote pero corto, muy corto, sabiendo que aquel tipo forrado pero de escaso gusto se perdería en la longitud de sus piernas, vestidas con medias de cristal.

—¿Qué toma? —preguntó él mientras levantaba un brazo y chascaba los dedos para llamar al camarero.

—Té con nube, de leche, no vaya usted al cielo a por nada —respondió ella con tanta ironía que La Mata ni siquiera supo que era una burla.

—Con las nubes del cielo también si así lo desea, *mademoiselle* —sonrió él con ojos de cordero.

—No es necesario, no se preocupe, algunas alturas me dan vértigo —dijo ella con exagerado desdén.

—Necesito un cuadro muy especial —cambió de tercio.

—Usted dirá de qué se trata, estoy hasta arriba de encargos, pero sabiendo que le ha recomendado *monsieur* de Cotagge, haremos un esfuerzo. —Marie le miró fijamente.

—Se lo agradezco, es un detalle por su parte hacer un hueco en su agenda para darme el placer de poder contratarla.

—No me contrata a mí, querido, simplemente compra mi talento —lo corrigió ella, celebrando que el camarero traía ya el té. En París la mañana era soleada pero fría y en el *hall* del Ritz se notaba.

—Quiero que mi esposa pose desnuda para usted y que saque lo mejor de todas sus curvas —dijo antes de beberse de un trago casi medio vaso del whisky con hielo que se había pedido.

—¿Toma whisky a estas horas?

—Solo cuando quedo con mujeres con talento —respondió Arturo, guiñando un ojo.

—¿Para cuándo lo necesita? —preguntó Marie, cortando el tema; no había visto a un tipo tan tosco en mucho tiempo. ¿Y este era el empresario del que todo el mundo hablaba? No entendía nada. Poderoso caballero es Don Dinero, pensó, recordando aquel refrán que le habían enseñado unos conocidos de Madrid en una de las fiestas parisinas de la condesa de Muspeliú.

—Para antes de ayer —sentenció él, depositando en la mesa un fajo de francos tan gordo que Marie no supo ni calcular su valor aproximado—. Tiene usted ahí el doble de lo que le ha cobrado a mi colega Marcel de Cotagge por pintar a su mujer. A cambio de ese desliz que tuve al contar los billetes me gustaría tener su obra para final de mes.

Marie miró el calendario en su agenda, cogió el fajo de billetes sin inmutarse y soltó sobre la mesa un tarjetón con sus datos.

—Dígale a su esposa que la espero el lunes en mi taller. —Se levantó, sonrió levemente y, poniéndose el abrigo por los hombros, se dio la vuelta para alejarse por el *hall* del hotel con paso firme y sensual, sabiendo que aquel tipo, tan podrido de dinero como vulgar, vigilaba su caminar con ojos pecaminosos.

Salió a la calle y respiró el perfume helado y potente de París, la place Vendôme resplandecía bajo el sol a pesar del frío.

Marie Lamotté adoraba el color de sus paletas y sus pinceles, pero no soportaba que cuando tenía una cita importante el contorno de sus dedos y sus uñas tuviesen restos de óleo imposibles de disimular. Se había pasado media mañana frotándose los dedos con aguarrás hasta levantarse la piel, pero en su índice, como un presagio de desamor, un pequeño borrón de óleo púrpura, que parecía un corazón roto, seguía gritando al mundo que amaba pintar. Era buena, muy buena. Pero Francia no se había rendido a sus pies hasta que en plena exposición de sus *Meninas* desnudas, y estando casada con Philippe Garnier, el hijo del mayor empresario de la ciudad, su marido había sufrido una intoxicación de ostras que le había mandado al otro mundo. «La pintora Marie Lamotté se queda viuda por unas ostras malditas», había titulado frívolamente la sección de sociedad de *Le Monde*. Sus cuadros pendían de las mejores casas de París. Su caché se había disparado y, aunque Marie se juró que jamás volvería a comer ostras en su vida, reconocía que esos pequeños frutos marinos le habían abierto las puertas del nuevo mundo.

Había elegido para esa noche un vestido cóctel de cristales dorados y gris humo, Chanel, que había comprado a Bárbara de Cotagge en primavera. Su madre le había dicho que cómo podía seguir gastándose el dinero así siendo viuda. Ella entendía que la pobre, una anciana no mucho más mayor que Candela Montalbán pero infinitamente más decrepita y atolondrada, jamás entendería que cada cuadro le reportaba un pasaporte al lujo. Cómo iba a entenderlo, si antes de que las ostras le provocasen el éxito, se las veía y se las deseaba para colocar uno de sus lienzos de gran formato. Y cuando lo hacía, tardaba meses en cobrarlo. Era habitual que las grandes casas burguesas de París comprasen artículos de gran valor sin pagar al contado, a veces incluso sin llegar a pagar nunca. Ahora jamás salía un lienzo de su estudio si no recibía de antemano un talón nominativo por una escandalosa cifra. Así era el mercado, pensó. Así era la vida. Había estado tentada de viajar en avión y después coger un taxi, pero su madre, que a veces tenía pequeños destellos de lucidez, la convenció para que contratase un coche con chófer que la llevase de puerta a puerta. Y eso hizo. Mientras el conductor permanecía pendiente de la carretera, ella iba pintándose las uñas, granate, tan oscuro que parecía negro, y observando

el paisaje que atravesaba Francia de norte a sur, camino de los Pirineos.

Philippe Garnier era el clásico imbécil de las fiestas de sociedad de París. No había evento social al que no fuese invitado, no por su exquisita educación, que la tenía, ni por su belleza, que era evidente, sino porque pelotear a su padre era el mejor pasaporte al éxito. Como el niño era bastante simple, hueco y deshumanizado, la mejor manera de pelotear a su padre era invitando al vástago a cualquier lugar y agasajándole con detalles que pudieran captar la atención paterna. Es decir, que cuando doña Esmeralda, la condesa de Muspeliú, una mujer exquisita de la burguesía catalana afincada en su palacete de París pero más pelada de *cash* que las cerilleras de la Ópera, invitaba a Philippe a sus fiestas en casa, no había más intención ni objetivo que don Philippe padre pusiese sus ojos en ella y la recordase para cualquier negocio, evento o trato comercial futuro. Porque Philippe padre era el dueño de una reputadísima galería comercial y lo que él decidía que se vendiese en su galería era éxito asegurado. Doña Esmeralda luchaba por sacar adelante, tras siglos familiares de negocio, su fábrica textil de lanas importadas de todo el mundo para sastrería de caballeros.

Philippe llegó a la fiesta con un traje marino de cuadros ingleses, camisa blanca desabrochada y un pañuelo rojo intenso en la solapa. Nada más verlo, Marie Lamotté centró su mirada en sus ademanes. Philippe sonreía a todo el mundo, solía quedarse quieto en algún lugar de la fiesta porque sabía que no le faltaría compañía ni conversación. Y así era. Un ir y venir de moscones de todo pelaje le rodeaba continuamente para entregarle una tarjeta, un obsequio o conseguir dos minutos de atención y gloria.

En la distancia, Marie notó cómo él preguntaba un par de veces por ella. Se había puesto un vestido champán corto y unos tacones rojos de vértigo. Verla caminar sobre las alfombras paquistaníes de doña Esmeralda era un exquisito regalo.

—¿Molesto? —preguntó casi en un susurro por la espalda, sobresaltando a Marie, que estaba sirviéndose en un plato tres cucadas del minimalista bufé que la condesa había preparado.

—Buenas noches. No le había sentido y me ha asustado —respondió ella con coquetería, dándose la vuelta y mirándole a los ojos.

En la distancia corta era aún más guapo. Mirada intensa, sonrisa blanca y optimista, cejas rubias y tupidas y un flequillo natural y volátil que él se encargaba de manejar a su antojo con pequeños soplidos. Tenía un lunar junto a la nariz, recuerdo de una infancia de pecas y piel transparente.

—¿No nos conocemos? —preguntó él sonriendo.

—Seguro que no. Vengo poco a este tipo de fiestas, no tengo tiempo y no me gusta trasnochar con desconocidos —respondió ella, haciendo un barrido sutil del

salón con su cabeza.

—¿Hoy ha hecho una excepción, supongo? —preguntó él, sin perder un ápice de su vitalista sonrisa.

—Hoy estoy trabajando —afirmó justo antes de meterse en la boca, con dos dedos pícaros, una croqueta de perdiz.

En las paredes del *hall* del palacete de la condesa colgaban esa noche algunos de los cuadros de Lamotté. A Esmeralda Muspeliú le gustaba potenciar sus festejos con exposiciones de pintura, ópera en vivo, baile de exhibición, libros o cualquier otra expresión artística porque amaba esos mundos y sabía que agasajar así a sus invitados le había granjeado una fama exquisita en París.

—Ya he visto su obra. Magnífica. Un día tiene que retratarme. —No dejaba de mirar a los ojos. Philippe era de esos tipos que mantenía la mirada siempre, fuese por coquetería o por pura simpleza.

—¿Y usted es? —preguntó ella como si no supiese con quién hablaba y consciente de que a él no solo no le heriría en su orgullo, sino que le provocaría un placer infinito.

Nada le divertía más a Philippe que una joven como Marie, que era capaz de echar pulsos a un «desconocido» conocido en una de esas fiestas tan aburridas y llenas de mediocres a la caza del éxito.

—Yo soy lo que usted quiera que sea —soltó aplastante, mangando sin pedir permiso la croqueta que quedaba en el plato de Marie y mordiéndola con cara de niño travieso sin dejar de sonreír.

—¿Ha traído usted coche? —preguntó ella, paciente, cuando él terminó de masticar y de tragar.

—Siempre hay un coche para una escapada furtiva cuando el tedio se ha apoderado de una fiesta —dijo él, señalando las puertas de cristal que daban al jardín, encendido con macetas de fuego—. ¿Le gustaría ver las estrellas conmigo? —preguntó doblando un brazo, haciendo un ademán señorial para que Marie se agarrase de él y poder atravesar juntos el dibujado paisaje que separaba la terraza de las cocheras. La noche estaba llena de estrellas.

Marie se cogió de aquel brazo esa noche y supo al instante que él, como en las novelas de Pamela Norton, sería el hombre que mejor le haría el amor en la cama y peor en la vida. Y sin pensarlo, como harían los personajes de Pamela, se dejó llevar por su turbulento río.

Pamela Norton había cerrado su bloc de notas justo cuando aterrizaban en Madrid. El viaje desde Nueva York se le había hecho corto, inmensamente corto, porque la personalidad de Candela la tenía tan cautivada que andaba escribiendo cosas sobre ella para su próxima novela. En esta aventura de verano, casi como si de una adolescencia resucitada se tratase, había puesto ilusión y sonrisas, dejando atrás el dolor que le provocaba ese tipo apuesto y caradura que, a pesar de haber fallecido, seguía llenando de celos sus recuerdos. No era fácil saber que una era siempre la «otra», porque cualquier alumna de la universidad, algún alumno también de cuando en cuando, eran los portadores de las caricias y besos de su difunto marido. No quería pensarlo. Ahora su vida estaba envuelta por las excéntricas y lujosas compras que hacía por internet a París y por un puñado de mujeres europeas a las que llevaba dentro del alma desde hacía meses. Cuando llegó la invitación de Candela Montalbán sintió que la vida estaba también ahí afuera. Lejos quizá de su idolatrada América, en esa vieja Europa de la que tanto había estudiado durante años de carrera y de profesión, hasta convertirse en una reputada novelista neoyorquina. Cervantes, Víctor Hugo, Shakespeare... Europa y sus ilustres glorias eran los culpables de todos sus éxitos y, ahora que pisaba el continente que los trajo al mundo, un desmesurado escalofrío de placer recorrió su cuerpo en cuanto pisó tierra. Esa noche vestiría de oro. Lacroix.

Madrid olía a terraza de verano, a fiesta al sol, a vino con fruta. Eso escribió en su libreta cuando el taxista emprendió el camino que su clienta le había encomendado.

—Quiero ir dando un paseo tranquilo hasta el hotel Palace. No corra.

Pamela había quedado a desayunar allí con Eugenia, una escritora española a la que admiraba hacía años. Ambas se admiraban. Después alquilaría un coche y recorrería con placer la geografía española que separaba Madrid del Pirineo aragonés. Nada le podía causar mayor placer en este momento que conducir en libertad.

Tom Blass era un tipo fibroso, amable, facilón y guapo. Muy guapo. Tenía un culito duro y respingón que encandilaba a toda la facultad. Cuando se paseaba por el campus, no había ni un momento en que los universitarios no le rodeasen.

Daba clases de historia ante unas aulas repletas de jovencitas acicaladas a conciencia y embobadas con sus potentes brazos bajo esas camisas de cuadros, una talla menos de lo habitual, que Tom se remangaba hasta los bíceps, sabedor del éxito que causaban en sus alumnas y en muchos de sus alumnos. Algo que, como a tantos hombres, le satisfacía especialmente.

Pamela se topó con él de frente al entrar en el claustro de profesores, el primer día de curso universitario, una mañana fresca y lluviosa de septiembre. Él la miró sonriendo, le plantó un beso en la mejilla y le cogió los libros que ella portaba contra el pecho.

—¿No te pesa ir cargada por la vida con todos estos tipos tan antiguos? —preguntó, atisbando los tomos de *Hamlet*, *El Quijote*, *Los miserables* y sin perder un ápice de esa sonrisa que le hacía el profesor más popular y querido del campus.

—Pesan más algunas miradas que todas las letras del mundo —respondió ella sin dejar de contemplar esos dientes blancos, medianos y casi rectos que brincaban de alegría en la boca de Tom cuando sonreía.

—Yo sería capaz de aprenderme de memoria todas estas letras por seguir mirándote siempre.

Pamela supo al momento que Tom Blass sería su tormento durante todo el curso escolar. Pero poco le importó, y pocas noches después, tras el cortejo travieso y arrebatador al que la había sometido durante una semana, cenaba con él langosta gratinada en un destartado porche lleno de velas que había en la masculina y curiosa casita de verano que Tom tenía en Long Island. El rumor del mar de septiembre, el vino y la luna tuvieron la culpa de casi todo.

Tom resultó ser un marido envidiado y un amante perfecto de día. Solía preparar desayunos llenos de embutidos, tortillas y frutas de todo tipo, café, chocolate caliente y bollos caseros, y cuando Pamela despertaba y presenciaba semejante placer, Tom la chantajeaba.

—No probarás ni medio bocado hasta que hagamos el amor salvajemente. Mira cómo me tienes —afirmaba travieso, abrazándola por la espalda, mordisqueándole el cuello y las orejas y restregando su pene erecto dentro del pijama contra sus glúteos.

—Eres malvado —respondía ella con una sonrisa medida, pero nada le provocaba más placer que hacer el amor con este toro cada mañana de domingo antes de sentarse a disfrutar de los despampanantes desayunos festivos que preparaba su marido. Sin embargo, las noches se convertían en momentos de llanto y desolación. Tom casi nunca llegaba a cenar. Pamela se resignaba a desmontar la mesa entre lágrimas y dejar en la nevera los platos con la comida ya fría sabiendo que él volvería borracho, sudado y con algún resto de carmín detrás de las orejas. Muchas noches dibujó con los ojos los caminos que habían sembrado en la piel de su espalda otras uñas mientras él dormía y roncaba, ajeno

a todo el silencioso dolor que eso provocaba en su mujer.

El día que Pamela encontró en el bolsillo interior de la americana de Tom aquella foto de Paul —ese alumno rubio imponente con pectorales de soldado eslavo y cálidos labios latinos—, dedicada a su profesor favorito con un corazón y un número de teléfono, todo cambió.

—Te juro por nuestro amor que no tengo nada con él. ¿Estás loca? Solo es un adolescente enamorado que me deja notas en mi mesa cada vez que puede. Pobre, entiéndele, Pam, no hace daño a nadie —se justificaba él con tanto empeño que Pamela acababa confusa.

—A mí me hace daño. Eres tú quien no lo entiende, Tom.

—¿Cómo puede hacerte daño un adolescente imberbe? —preguntó él, abrazándola con fuerza.

—Porque él también te hace sentir —susurró ella, derramando sobre el hombro de su marido todas las lágrimas del mundo.

Tom empezó a dormir en el sofá porque cuando llegaba a casa la puerta de la habitación de matrimonio estaba cerrada y si intentaba entrar, se encontraba a su mujer dormida, atravesada en la cama, ocupando todo el espacio. Sobre el suelo de su lado de la cama, hurtado a conciencia, los zapatos de tacón rojo de su mujer. Y la almohada, como un mensaje alto y claro, expatriada al brazo del sofá del salón.

Pamela terminó su desayuno con Eugenia, que le había contado con lágrimas en los ojos cómo se había enamorado de un actor israelí y se había ido a Tel Aviv, a la aventura, con una niña pequeña colgada del brazo y la maleta llena de nuevos sueños por cumplir. Había algo en Tierra Santa que la había vuelto tan loca que hasta se había casado, dejando en España un pasado sentimental que necesitaba olvidar para poder seguir respirando.

—¿Eres feliz? —preguntó Pamela sin darle más importancia a la locura de su amiga.

—Ahora sí y espero serlo por mucho tiempo —respondió Eugenia con los ojos vidriosos.

—Sea por siglos o por semanas, disfrútalo amiga, te lo mereces.

—Las dos nos lo merecemos —añadió Eugenia, sabiendo que Pamela llevaba tiempo necesitando huir también de su pasado.

Se despidieron con un efusivo y silencioso abrazo. Pamela admiraba tanto la pasión por la vida de su amiga que aquel corto encuentro le había devuelto las ganas de gritar al cielo. Salió por la entrada principal del hotel Palace con paso firme y una sonrisa de libertad en el rostro. En la Carrera de San Jerónimo —el sol bañaba los leones del Congreso de los Diputados y su espectacular escalinata — estaba ya arrancado el descapotable impoluto, encerrado a conciencia por la

empresa de alquiler, con sus maletas dentro. España y sus carreteras, flanqueadas por aquellos inmensos toros metálicos de ébano, pensó, la esperaban borrachas del sol de julio.

Candela entró en la cocina respirando hondo. Del horno y de los fuegos salían olores a brandy, a curry, a canela, a carnes dorándose... Nando esperaba impaciente a que algo se fuese terminando para rebañar un molde, una fuente o una cacerola con chocolate...

No era mediodía aún y la casa ya olía a fiesta. Los jarrones de cristal estaban llenos de calas blancas, de hortensias azules y de lilas, de muchas lilas. Candela había revisado minuciosamente cada detalle para recibir a sus amigas bajo el lilo. Era julio y, un año más, el lilo estaba preñado de flores. Su perfume invadía el jardín, su intenso color llenaba la casa y detenía la vida en esa finca vasta y envidiada de los Montalbán.

Cuando Adela terminó de planchar el inmenso mantel de hilo, lo depositó con mesura, como si fuese de cristal, sobre la mesa del comedor de invierno. Allí permanecería hasta que al caer el sol vistiese la mesa que se montaría en el jardín, bajo el lilo. Después entró en la cocina, le gustaba supervisar todo, probarlo todo, escrutarlo con mimo, como si fuese una obra de ingeniería. Tres chiquitas del pueblo, que Candela contrataba en verano cuando la casa tenía que llenarse de huéspedes y en cenas importantes, rellenaban pimientos rojos con bacalao, confitaban tomates *baby*, envolvían croquetas de jamón, amasaban hojaldre y embadurnaban con mantequilla y tomillo los *coquelets* que se servirían esa noche con una salsa española de vino tinto y puré de patatas con tomillo. Subido a un taburete alto de madera, descalzo, con las bermudas muy cortas y la mirada muy viva, Nando veía pasar las bandejas con los manjares semipreparados. Le gustaba rebañar los restos de bechamel que quedaban en la sartén —lo hacía con el dedo—, igual que las cacerolas con los fondos del chocolate sobrante de bañar las fresas y cubrir las tartas. Adela le miraba embobada.

—Ay, mi niño, lo bien que me come, desde bebé —exclamaba mientras apretaba a Nando contra su pechera y lo llenaba de besos.

—Adela, me vas a sacar el cerebro por las orejas —respondía el niño, con los carrillos aplastados contra el mandil de aquella señora que le había visto nacer, sin dejar de chuparse los dedos pringados aún del chocolate de las cazuelas.

Cuando entró Candela en la cocina, el olor de los manjares ya llenaba toda la casa.

—Abuela, abuela, no sabes lo rico que está todo. ¿No podemos tener invitados todos los días? —Nando balanceaba los pies descalzos y sonreía, la cara llena de restos de chocolate.

—Podríamos, pero entonces ya no sería tan excitante —respondió Candela, abriendo el horno y aspirando el perfume que soltaba el bizcocho de zanahorias.

La cocina era a esa hora un laboratorio en plena actividad.

—Te voy a enseñar a hacer piruletas de chocolate, verás —anunció Candela, poniéndose un mandil y lavándose las manos en la antigua pila de piedra que había en la cocina del caserón.

—Ay, sí, abuela, qué divertido, yo quiero ayudarte. —Nando cogió otro mandil y se lo puso con manos torpes y ojos radiantes de entusiasmo.

Candela abrió un armario, bajó la caja de las recetas —una antigua caja familiar de latón de galletas inglesas— y sacó un libro. Escritas a mano, como en ese otro libro rojo donde anotaba la vida, con letra limpia y recta, estaban apuntadas las recetas ancestrales de los Montalbán.

—Ves, aquí pone que las piruletas de chocolate tienen que picar un poco para que una o dos sean suficientes y nos dejen las ganas de otra fiesta futura —leyó Candela.

—El chocolate no pica, abuela —dijo extrañado Nando.

—Ya lo verás —advirtió la abuela, acercándose a la cacerola metida en el baño maría donde Adela había fundido más cobertura de chocolate y añadiendo cinco bolitas de pimienta rosa machacadas y la punta de un cuchillo con un polvo rojo intenso que había sacado de una cajita de madera.

—Abuela, estás loca, ¿le has echado pimentón al chocolate?

—Es un polvo mágico que alguien me trajo de muy lejos —respondió la abuela, cerrando la cajita de guindilla seca mexicana sin dejar de ligar el chocolate.

El último baño del día, cuando ya casi nada se oía en el jardín y los pinos habían dejado en penumbra el agua de la piscina, era el que más le gustaba a Candela. Solía hacerlo desnuda cuando Jacinto estaba de viaje, porque si se enteraba ya tenían la bronca montada para el resto de la semana. Se tumbaba bajo el lilo a media tarde, leía, escribía en su libro rojo, dormitaba. Pasaba las horas observando las nubes, los juegos de los mirlos en las ramas, a Matías arreglando las rosas en la distancia... Cuando reinaba el silencio, se despojaba de la camisola, se hacía una coleta y se metía en el agua, extasiada de placer. Siempre el mismo ritual. Después salía del agua desnuda, se deshacía la cola de caballo, se agitaba el pelo y lo envolvía en una toalla haciendo una toga antes de secarse y volverse a tumbar. Con la última luz de la tarde abría el libro rojo y volaba.

La Piñonera, 15 de julio de 1960

Me he dado cuenta de que soy más feliz cuando Jacinto está de viaje. Me gusta la sensación de libertad que me da el bañarme desnuda, pasar las horas bajo el lilo o salir a caminar por la noche por La Piñonera sin tener que cronometrar mis pasos para volver a una hora que entre en la estimación que tiene mi marido sobre la decencia. ¿Qué coño es la decencia? He dicho coño. Me ha parecido oír a mi madre en mi cerebro gritando: «Niña, te voy a lavar la lengua con estropajo». No puedo evitar hacer eso que los hombres hacen sin que nadie se lo reproche. Estoy tan harta de esta falsa sociedad. Mi marido puede fumar, beber, escupir, follarse a una puta de París, bañarse en pelotas... Eso parece ser que le hace más hombre ante el mundo. Qué lástima de mundo, pues.

Ayer me dijo mamá que Matías era un peligro para Adela. Que se había fijado en cómo observaba con ojos de deseo en la distancia a todas las mujeres. Qué estupidez. Todos miramos con ojos de deseo lo que nos gusta. ¿O es que ella no se ha visto los ojos cuando mira las tarrinas de helado de chocolate que trae Jonás el heladero? Porque parece que entre en trance. Si hubiese mirado así la entrepierna de mi padre, si se la hubiese comido con la misma intensidad con la que devora el helado, su vida habría sido mucho más divertida, dónde va a parar.

Matías es un tipo curioso, la verdad. Siempre anda con algo entre manos. Me gusta que no se aburra nunca, me enterece su exquisita forma de limpiar las rosas. Un hombre que trata así las rosas no puede ser un peligro para nadie. Mamá no tiene ni idea de hombres.

No sé qué día vuelve Jacinto, tendré que preguntarle, pero espero que tarde un poco. ¿Qué traerá esta vez de regalo? ¿Una caja de té? Tengo ya cuatro. ¿Un ridículo adorno para el salón? Ni caben. Que se lo meta donde le quepa. Dios mío, ¿cómo pueden ser tan simples algunos hombres?

Se había instalado la noche casi sin darse cuenta. Adela salió al jardín y berreó.

—Va a coger una pulmonía si sigue ahí con el pelo mojado, señora. Le dejo la cena en el horno. Si no quiere nada más, me voy.

—Gracias, Adela. Que descanses —contestó en la distancia Candela, levantándose de la hamaca, deshaciendo su toga, el pelo aún húmedo, y recogiendo sus bártulos de un césped en el que empezaban a cantar los grillos de julio.

De casa de Matías siempre salía música, a todas horas. Cuando las tardes de verano caían vencidas, las ventanas abiertas de par en par, ponía sus óperas favoritas, se sentaba en el pequeño porche de la cabaña con una botella de vino y pan con queso, encendía una pipa y se dejaba llevar por el trance de la música. Lo hacía cada noche casi como un ritual, justo antes de ponerse a pintar. En aquel rincón del mundo, su rincón, pintaba para sí mismo sus miedos, sus fantasías, cada uno de sus anhelos. El salón estaba lleno de lienzos con mujeres desnudas, torsos, nalgas, pechos descubiertos... Matías admiraba la anatomía humana. Decían en la cantina que no había mujer hermosa en el valle que no hubiese posado alguna vez, aunque fuese en secreto, ante sus ojos azules. Y que muchas de ellas acababan nadando en su sexo potente y generoso. Quizá por eso Adela, que era bruta pero bella y generosa de pechuga, moría por descubrir un día si su pene era tan grande y fuerte como decían las cotillas del pueblo y si sus manos sabrían dibujar cada una de las curvas de su piel, encendida cuando pensaba en él.

Candela decidió esa noche tumbarse en el suelo de piedra del cenador del jardín y escuchar en la distancia las notas de *La Traviata* que envolvían el mundo de Matías y que salían vigorosas de las ventanas encendidas de aquella cabaña, al otro lado del puente. Le oyó moverse entre las hojas. Le intuyó fumando su pipa. E imaginó su vida con curiosidad casi infantil.

Matías había nacido en Panticosa, una noche nevada de febrero, en una casa humilde donde nunca habían faltado ni el amor, ni el pan, ni la leche. Su madre era limpiadora. De las buenas, decían en la comarca. Su padre, guarda forestal del Alto Aragón. Todo un símbolo de la virilidad, contaban en aquellos pueblos. Ambos murieron jóvenes y Matías se quedó al cargo de una tía viejecita y roñosa que le escatimaba hasta el último duro. Así que el joven aprendió a sacarse las castañas del fuego arreglando los jardines pudientes de aquellas casas señoriales del Pirineo aragonés donde la maleza era frondosa y necesitaba mano dura. Cuando llegó a casa de Federico Montalbán, ya era un hombre de brazos potentes y cuello recio. Sus piernas parecían de gladiador, y su mirada... Su mirada era el tormento de todas las chicas solteras del valle. Y Adela, pensó Candela, no iba a ser menos.

Adela Navascués dormía, desde que se habían casado Candela y Jacinto, en el viejo pabellón de invitados que Federico Montalbán había mandado reconstruir en el otro lado de la finca, a la misma distancia de la casona y la casa grande, las dos construcciones majestuosas que conformaban La Piñonera.

—Mamá, yo adoro a Adela, pero no pienso estar todo el día vigilada como si fuese una adolescente, entiéndelo. Si me caso, quiero disfrutar de mi vida y de mi casa, no necesito tener una niñera instalada aquí todo el día.

—Hija, Adela lleva toda la vida en casa con nosotros, tiene su habitación en la casa grande desde hace tantos años... ¿dónde quieres que la mandemos a estas alturas de la vida? —preguntó compungida doña Orosia.

—No pretendo desterrarla, pero podría vivir en el pabellón de invitados, está lo suficientemente cerca para venir cuando la necesite y lo suficientemente aislada como para no vigilar mis gemidos nocturnos maritales —afirmó Candela con una sonrisa al ver que su madre torcía la boca espantada.

—El pabellón de invitados está en ruinas hace años, hija —suspiró.

—Pues que papá lo mande arreglar.

—¿Crees que accederá? —preguntó, sacando un pañuelo de su escote y sonándose sutilmente la nariz.

—¿Adela? —preguntó extrañada.

—No, hija, tu padre —aclaró, guardando de nuevo el pañuelo en la entretela del sujetador.

—Tiene dos opciones, mamá, o lo arregla, o mandaré a Adela a dormir a la calle. Bueno, también te la puedes llevar tú y alojarla en la casona.

—Hija, hablas de Adela como si fuese un fardo de paja. Es como de la familia, la pobre.

—Pues ya sabes, te toca convencer a papá, espero que no venga cabreado —observó Candela con una carcajada. Su madre torció la sonrisa. Se levantó y

desapareció del salón sin hacer más ruido.

Aquella primera vez que Federico Montalbán dio un puñetazo sobre la mesa que hizo que todas las copas estallasen y que a su mujer se le quebrase la mirada, Candela, que ya tenía edad para plantarle cara al destino, reprimió el impulso de levantarse y abofetearle. Sabía que eso no habría mejorado las cosas, todo lo contrario, pero lo deseaba fervientemente.

—Aquí se hace lo que yo digo, joder —gritó Federico, llenando la estancia de un viscoso odio que casi se podía tocar con las manos. Candela le sostuvo la mirada desafiante, su madre la bajó, presagiando el desastre—. Y tú, niña, ¿qué coño miras? Vete al baño ahora mismo y lávate esa cara, que te has pintarrajeado como las rameras.

Candela permaneció en la silla, mirándole un instante más, y cuando a su madre se le cayeron dos lágrimas, por no verla sufrir y apaciguar la ira descontrolada de su padre, se levantó sin rechistar y se encerró en el baño hasta que le oyó salir de la casa grande de La Piñonera con un portazo. En ese momento corrió en busca de su madre que permanecía rota, llorosa, junto a aquella mesa que se había convertido en un campo de batalla lleno de cristales de bohemia.

—Hija, él es así cuando se enfada, no lo puede evitar, no le retes porque perderemos las dos —sollozó Orosia Montalbán, su moño intacto, sus perlas rozando unas mejillas exquisitas y tersas.

—Mamá, ¿cómo puedes aguantarle? No lo entiendo.

—Porque es bueno, me quiere a su manera y ha construido esta finca y toda esta vida para nosotras.

—¿Es bueno? Mamá, no es bueno un hombre que nos grita de esta forma, que se va de pingo cada vez que quiere, que me llama ramera como a esas con las que se acuesta, que llega y se sienta a la mesa para que le sirvamos, que bebe cuando le da la gana, pero ojo como nosotras nos tomemos dos vinos ni para celebrar su cumpleaños, que está todo el día gruñendo y escupiendo ira, que...

—Es buen hombre —interrumpió Orosia a su hija—, bruto, descuidado en sus afectos, pero buen hombre, de verdad, hija. De verdad. Cree en él.

—Es un cabrón egoísta que se pasa el día gritando, mamá. Ahora se ha empeñado en que me case con Jacinto, el hijo de los Laguarda, porque quiere comprar las tierras por las que cruza el río. Nos maneja a su capricho. ¿No te das

cuenta?

—¿No quieres casarte con Jacinto?

—A ver, mamá, Jacinto me gusta, es amable y divertido, nos llevamos bien aunque tampoco nos conozcamos tanto y creo que es buen chico, pero de ahí a que desee aguantarle toda la vida... Pues no sé, la verdad. Estas cosas no se deciden así como así en una comida, con un contrato de intereses.

—Tu padre pretende dejarte La Piñonera como regalo de boda. Está arreglando la casona del otro lado de la finca para nosotros, estaríamos muy cerca, hija.

—¿Papá te ha dicho que me deja La Piñonera? ¿Le has creído? —preguntó Candela incrédula.

—Sí, yo sé cuándo dice la verdad.

—¿La Piñonera? ¿Entera? —Candela levantó la mirada por encima de los candelabros de cristal que su padre no había conseguido reventar con los golpes y miró por el inmenso ventanal del comedor hasta donde alcanzaron sus ojos, más allá de sus tierras, casi al infinito.

—Enterita para ti, hija, con todo lo que eso conlleva —resumió doña Orosia sonriendo, acercándose por la espalda al ventanal y pasando sus manos suaves por la melena alocada de su única hija.

Candela no volvió a hablar con su madre de aquel asunto, aprendió a callar cuando su padre se calentaba, pero no por sumisión, necesitaba agarrarse las manos bajo la mesa para no estallar en golpes, sino por puro amor a su madre y a esa finca familiar que su padre había hecho renacer tras muchos años de abandono. Si su madre, que era la mujer más buena y comprensiva del mundo, aguantaba enamorada al cabrón de Federico Montalbán, estaba claro que el amor era un estado complicado, pensó, en el que no saben navegar ni siquiera los que están enamorados. No estaba segura de si ella podría aguantar a Jacinto Laguarda, recapacitó en silencio, pero saber que La Piñonera, que guardaba la memoria de todos los Montalbán varones que habían vivido allí desde que recordaba la historia del valle, podía ser suya la hizo sentirse triunfal. Quizá su padre, a pesar de ser un canalla, quería darle por fin su sitio. Quizá su madre tuviese razón. O quizá le daba igual todo y solo actuaba en su propio beneficio, pero ella no iba a perder la oportunidad de no escatimarle ni una peseta en ese negocio que se traía entre manos con los Laguarda y del que Candela Montalbán era la moneda de cambio más preciada.

Federico Montalbán accedió a los deseos de las mujeres de su familia, por primera vez en la vida, y mandó reconstruir el pabellón de invitados para que

Adela Navascués se instalase en él. Remodeló la casona para irse a vivir allí con Orosia y dio carta de libertad a su hija para que hiciese obras y rededorase hasta el último rincón de la casa grande, su nuevo hogar. Candela Montalbán se convertía así en la primera mujer propietaria de La Piñonera y de la explotación de sus tierras. Se convertía también en la protagonista de la nueva historia de su familia.

El mismo día que terminaban las obras de la casa grande, a pocas semanas de su boda, Candela se sentó en la escalinata del porche junto a su madre. El sol de la tarde empezaba a teñir de oro la piscina y a llenar de sombras el extenso pinar.

—Aún no me puedo creer que todo esto sea ya mío, mamá.

—Te dije que tu padre accedería. Si se le sabe manejar, es como un títere, por mucho que grite.

—Pero ¿dónde está el truco? —preguntó Candela, sujetándose la cara con las manos mientras su madre tomaba aire.

—En su orgullo, hija.

—No te entiendo, mamá.

—Tu padre lleva años luchando por comprar la explotación de la vereda del río. Pertenece a los Laguarta desde hace más de un siglo. Ellos nunca quisieron venderla, aunque ni la usan, ni la aprovechan.

—¿Y para qué quiere papá gastarse toda su fortuna en esas tierras a estas alturas de la vida?

—Porque no le cuesta un duro. Casándote con Jacinto, esas tierras son su dote y la tuya La Piñonera. No hay ni un céntimo en metálico invertido en este matrimonio.

—¿Y dónde coño está el negocio?

—Cuida esa boca niña —protestó doña Orosia—, no hay negocio, ya te dije que el truco era el orgullo.

—¿El orgullo de ganar lo deseado?

—El orgullo de salirse con la suya y que gran parte del valle lleve por siempre su apellido. Tu padre ha conseguido que Laguarta, el viejo y testarudo Laguarta, se baje los pantalones ante él y que todo lo que alcanza esta vista —señaló más allá del pinar— lleve el nombre de los Montalbán.

Candela suspiró. Recordó a aquella niña no tan lejana que soñaba con los zapatos rojos de tacón de la *boutique* de don Romualdo, esos que un día la convertirían en la dueña de su vida. Eso le hizo sonreír y sentirse poderosa.

El vuelo de Bárbara había llegado tan puntual que cuando salió del aeropuerto Clotilde aún andaba por la plaza de la basílica de Nuestra Señora del Pilar comprando dulces y algunas medidas de la Virgen. Era media tarde, pero el sol seguía azotando y la ciudad era un lugar fantasma, sin un alma que se atreviese a plantar un pie en las abrasadas calles de Zaragoza.

—¿Se puede saber dónde estás, hija de...? —preguntó Bárbara con un acento tan francés que dos señoras que esperaban un taxi se dieron un codazo antes de contener la risa.

—Comprando las medidas, coño, ¿en qué has venido, en reactor? —preguntó Clotilde en un susurro desde el interior de la basílica.

—Las francesas somos así de puntuales —sentenció muy digna mientras las dos señoras y a no podían contener la carcajada.

—Ah, ¿pero Trujillo está en Francia? —preguntó con sorna Clotilde La Mata.

—Vete a la mierda.

—Cariño, en cinco minutos estaré en ella. Voy a por ti.

Clotilde y Bárbara siempre que se veían se abrazaban saltando y dando gritos absurdos. Algo que no concordaba nada con el carácter sólido que ambas tenían, pero que ya no sabían dejar de hacer. Actuaban así desde que enviudaron, sin un motivo aparente de cara a la sociedad por el que saltar de alegría, pero con todo el esplendor de dos niñas que emprendían, juntas, un eterno campamento de verano lleno de nuevas libertades. Mientras saltaban gritando, Sebastián, una gota de sudor recorriendo su patilla, esperaba de pie junto a la puerta abierta del Rolls. Zaragoza era una sartén al sol de la tarde de julio. Dentro del coche, abierta, la cesta de picnic de Clotilde emanaba efluvios de cocina tradicional y generosa.

—¿Comemos en ruta? —preguntó Clotilde a su amiga mientras Sebastián, discreto, arqueaba las cejas alucinado de que en aquel cuerpo embutido en tan diminutas faldas cupiesen todos los emparedados de una fiesta escolar de fin de curso.

Se habían quedado viudas el mismo año. Casi en parecidas circunstancias. Y ambas habían decidido tirar millas con humor y buenos alimentos, como decía Clotilde, porque para las dos, enamoradas hasta la médula en sus inicios matrimoniales, sus esposos se habían convertido en un engorro. Viajes, ausencias, fama de mujeres, seguramente prostitutas de todos los rincones del mundo...

Cuando Arturo La Mata se estrelló con su deportivo en aquel acantilado de la Costa Azul, con el coche lleno de rosas y el pescuezo apestando a perfume, Clotilde supo que aquellas flores no eran para ella, así que, sin derramar ni una lágrima innecesaria, se enfundó en un vestido negro y corto lleno de volantes, se calzó una pamelita gigante llena de plumas negras que impedía que la multitud descubriese la vitalidad de sus ojos y se puso todas las perlas de su joyero para acudir a un sepelio en el que ni pensaba llorar ni pretendía dejar que sus adversarias se comiesen ni un gramo de un pastel que era única y exclusivamente suyo. No había nada que discutir. Nada. Todo aquel imperio era suyo. Por ser, lo era hasta el último destino de su difunto marido. Arturo odiaba el fuego y no sabía nadar. Clotilde mandó incinerar su cuerpo y esparcir sus cenizas por el Sena. «La viuda de La Mata hereda el mayor imperio de lencería del mundo». Así titulaba la prensa amarilla sus rotativos el mismo día que se abría el testamento, con media docena de señoritas de dudosa reputación acudiendo a esos periódicos reclamando una parte de lo que, según ellas, les correspondía tras mantener relaciones sentimentales con el finado durante tantos años. Clotilde nunca más volvió a abrir un diario. Se limitó a invertir en banca, a comprar locales por el mundo para ampliar más si cabía el imperio textil que le había donado su marido y mandó hacer obras en todas las casas que mantenía abiertas el matrimonio desde hacía tiempo. En todas dispuso chimeneas para que el fuego se hiciese presente en cada momento. En todas se construyeron piscinas descomunales para nadar a cualquier hora, que permanecerían abiertas todo el año hiciese calor o viniese una glaciación. Era hora de redecorar su nueva realidad. Poco importaba si el alma de su difunto llegaba a retorcerse en cualquier rincón del cielo, del infierno o del mismísimo limbo.

Bárbara de Cotagge eligió para el entierro de su marido un vestido corto de Balenciaga salpicado con lunares blancos y una pamelita negra con puntilla de plumeti blanca. Fue un escándalo verla tan radiante después de que la prensa hubiese estado especulando días y días sobre el infarto que quitó la vida a Marcel de Cotagge en un burdel de París.

—Que me quiten lo *bailao* —se dijo Bárbara al mirarse al espejo minutos antes de bajar a la calle y sumarse al cortejo fúnebre del cabrón de su marido.

—Me ha dicho la portera que la puta es negra, que tiene los labios como dos hamburguesas y los pechos como dos melones —susurraba una vecina a otra cuando el cura comenzó su responso.

—Pero, entonces, ¿es verdad que ha muerto debajo de las carnes de una señora de compañía? —murmuró horrorizada la más vieja.

—Mira que eres antigua, mujer, una puta es una puta, esa no le acompañaba, esa se lo tiraba por un buen puñado de francos cada vez. De qué sino iba a vivir

esa mugrienta como vivía —sentenció la más joven, que tenía la cara pálida y gélida como si no le hubiese subido el rubor a las mejillas en su vida.

—¿Cómo puedes saber cómo vivía? —La vieja no daba crédito.

—Lo sabe todo el barrio. ¿No recuerdas aquella Navidad que vinieron cuatro o cinco apestosas a buscarle, rondando el portal durante horas por turnos hasta que Marcel apareció de madrugada? Pues venían a decirle que la puta estaba embarazada y que no dejaba de manchar, que necesitaba un médico porque creían que iba a perder el niño.

—¿Pero cómo puedes saber todo eso? Estoy anonadada.

—Porque el médico que la atendió después de que abortara —Marcel lo pagó todo para callar su delito— era un viejo conocido de mi familia.

—Madre del amor hermoso, no quiero saber más, no me lo cuentes, no quiero ser cómplice de todo eso —suspiró la vieja, santiguándose compulsivamente media docena de veces.

—No seas tan pía, mujer, ya te lo he contado todo. No eres cómplice de nada. Lo sabe todo París.

Nada más adquirir el control absoluto de los bienes y negocios de Marcel, que tampoco era un escándalo ya que llevaba años dilapidando por el mundo las cantidades ingentes de dinero que ganaba, Bárbara de Cotagge despidió a los empleados con su mejor finiquito y montó un negocio que le reportaría poco esfuerzo y mucho dinero. La alta costura nunca está en crisis, siempre hay ricas en el mundo con necesidad de vestirse para epatar, se dijo ufana, sabedora de que comprar vestidos que llegaban a costar verdaderas fortunas y venderlos en su piso estupendo de París sería un negocio más que rentable. El viejo piso de avenue Victoria se convirtió en lugar de peregrinaje de todas las ricachonas de Francia, de las viejas glorias del arte francés y de las mujeres de todos los diplomáticos del país de la igualdad, la libertad y la fraternidad.

—¡Que viva Francia y sus franceses, coño! —exclamó Bárbara victoriosa cuando solo en la primera jornada del nuevo negocio en su caja registradora había más dinero que el que había invertido para poder abrir aquel tinglado.

Marie Lamotté cerró el último *best seller* de Pamela justo cuando llegaban a la frontera con España. Atravesar los Pirineos era una de esas experiencias de infancia que recordaba con emoción. En el maletero del coche descansaba el retrato que le había hecho a Candela, desnuda, cubierta exquisitamente por una túnica de gasa, al contraluz de la tarde. Ella sabía que en La Piñonera iba a toparse con tantas cosas que le hacían sentir como si hubiese vivido allí décadas antes. Eso la embriagaba. Tanto que, cuando en la cuneta apareció el cartel que rezaba « Territorio de España » , una lágrima rodó por su mejilla hasta perderse.

Su infancia había sido demasiado aburrida. Una casa llena de caprichos y de cultura pero desprovista de cualquier divertimento. La primera vez que Marie se había besado con un chico, a escondidas, ya tenía edad de haber pelado la pava cientos de veces. Fue torpe y no le gustó. Se habían metido las lenguas bruscamente y las habían agitado como si fuese una lavadora, llenando huecos.

—La culpa la tiene mi madre, que nunca me deja hacer nada y estoy aquí amustiada en esta casa mientras mis amigas hacen y deshacen con sus novios cada vez que les apetece. ¡Qué injusto! —pensó Marie desesperada.

La llegada de Philippe Garnier, a pesar de ser el clásico imbécil niño de papá con conversación de besugo, supuso toda una revolución en el mundo emocional de Marie. Por fin alguien la contemplaba por lo que era y no por quién era. Por fin sentía calambres sexuales de los verdaderos cuando alguien le apoyaba una mano en su pecho y apretaba, le susurraba una tontería al oído o simplemente la miraba desnudándola. Philippe tenía la capacidad de conseguir que se excitara solo con mirarla con deseo en un evento social. De hecho, habían cogido la costumbre de hacer el amor en silencio, tapando gemidos, en los baños más pintorescos de las fiestas más comentadas de París. Marie nunca recordó cómo fue la primera vez, pero sí sabía que esos revolcones, con el bullicio de la fiesta y sus amigos al otro lado de una puerta, le habían reportado los mejores momentos con Philippe, un tipo que en cuanto llegaba a casa parecía dejar toda su hombría y diversión bajo el felpudo de la calle y se convertía en un ser casi vegetal. Y no digamos cuando volvía de visitar a su madre. Esa señora estirada de la sociedad parisina conseguía sacar de Philippe al tipo más absurdo y detestable del planeta. Le llenaba la cabeza de pájaros y llegaba a cenar con un humor de perros y menos gracia que los caldos que se tomaba su madre para mantenerse en la talla

34 casi en la tercera edad. Era todo ridículo, aburrido y gris. Nada que ver con las carcajadas que le provocaban en la actualidad las conversaciones nocturnas por teléfono con Bárbara y Clotilde, a tres bandas.

El entierro de Philippe fue un acontecimiento en la ciudad. Su madre había organizado un *brunch* en la mansión familiar, sin ostras por supuesto, para agasajar y agradecer a cientos de personas las muestras de condolencia. O eso hacía creer, porque en realidad lo que había organizado era una fiesta para que toda la ciudad la viese llorar desconsolada sin derramar ni media lágrima para no estropear su carísima mascarilla de maquillaje francés. Una fiesta para ser, una vez más, el centro de todas las miradas, aunque su hijo estuviese de cuerpo presente. Marie se había vestido de blanco y lunares negros. «Me niego a parecer una cucaracha esta mañana», se había dicho, descartando todos sus vestidos cortos negros y decantándose por un exquisito Chanel blanco con topes negros que había combinado con unas bailarinas negras de reluciente charol. Cuando su suegra, vestida con un dos piezas de chaqueta y falda tubo en gris antracita y salones negros, la vio, no supo qué decir, tan solo la abrazó ligeramente dejando en su oído un susurro impertinente.

—Supongo que esto lo haces porque él odiaba el negro, querida, ¿no? Es la única explicación coherente que admitiré a tan embarazoso comportamiento, la única. —Cuando se apartó de su cuello, notó sus ojos llenos de odio, mucho más que de aquella absurda reprobación.

Marie contuvo un segundo la respiración, el perfume de aquella mujer era aún más estirado y chirriante que ella, si eso era posible, y observó la inmensa mesa blanca donde el *catering* había colocado, con dibujada precisión entre las copas de impoluto cristal llenas de rosas blancas, las bandejas de plata con los chupitos de *taboulé*, los *petits pains* de salmón con queso batido, los exquisitos miniemparedados de rosbif y mostaza dulce, las tartaletas de compota de perros, las quiches de gambas y cebolla dulce... Una docena de camareros, de negro riguroso y con guantes blancos, qué antiguo todo —pensó—, flotaban por la sala sirviendo vinos y recogiendo copas vacías. El alcohol regaba la viscosa mañana. Parecía una fiesta más que una desolada despedida.

—¿Te has quedado muda, querida? —interrogó de nuevo su suegra con una sonrisa fingida que a Marie se le antojó repugnante.

—¿Perdón? —respondió escuetamente.

—Te he preguntado, niña estúpida, que si te has vestido así porque él odiaba el negro o porque quieres que me enferme —insistió con una voz cada vez más pastosa e histérica detrás de su sonrisa fingida para todos los que les pudieran estar observando en la distancia.

Alrededor de ese festín los invitados hablaban alborotadamente, comían y

bebían como si a medianoche fuese a bajar del techo una inmensa bola dorada al son de infinidad de campanas para despedir un viejo año. Junto a las puertas de cristal que daban al jardín, un pianista de rigurosa etiqueta tocaba romances, tan suaves que se perdían en el bullicio de aquel ridículo sepelio. ¿Y aquella estúpida mujer le iba a reprochar a ella que llevase un sencillo vestido blanco en vez de haberse disfrazado de cucaracha aunque luego caminase por la sala con la boca llena de carísimos aperitivos y se carcajease como una loca entre los grupos de invitados que llenaban los salones de la mansión? Sintió una arcada, agria, profunda, tuvo que contenerse para no vomitar en los carísimos zapatos de salón en los que había metido las pezuñas su suegra. Quizá debería haberlo hecho. Tomó aire, la miró a los ojos sin miedo y pronunció lenta y meticulosamente cada una de las palabras.

—Esto lo hago porque me sale del mismísimo coño, se ha muerto él, no yo. ¿Tú te has mirado en el espejo ese moño que llevas de fiesta? ¿No te parece ridículamente exagerado? Igual te habría cabido alguna perla más en tu cuello arrugado... —respondió tajante con todo el valor que nunca había tenido para decirle a su suegra que no la soportaba y que ella no era partidaria de los paripés sociales que se traían entre manos en esa familia fría y calculadora que había convertido a Philippe en un tipo triste y sin color, que en los últimos tiempos ya no le hacía el amor ni en los baños de las fiestas de postín. Se sintió liberada. Cogió una copa de champán justo en el momento en que pasaba fugaz un camarero y bebiéndola de un trago miró a su suegra con todo el desprecio del mundo, cogió su cartera y sus guantes y salió de esa casa para no volver a ella nunca más.

Marie volvió a nacer el mismo día que desde Nueva York empezaron a llegar encargos de sus retratos y de sus *Meninas*. Las mejores galerías de la Gran Manzana comenzaron a disputarse sus exposiciones. Y todo porque Pamela Norton había utilizado como portada de su última novela un lienzo suyo en el que una mujer de zapatos rojos recorría la ciudad mojada, bajo la lluvia, con la sombra líquida de la Torre Eiffel marcando su caminar. El libro se había convertido, como todo lo que escribía Norton desde que enviudara, en un *best seller* internacional. Gracias a esa portada, Marie y Pamela forjaron una amistad virtual difícil de romper.

Pamela se enamoró de los días de lluvia en París y del pulso vital y soñador de los pinceles de Marie. Esta se quedó prendada para siempre de las mañanas limpias de Nueva York y de las historias de Pamela, su novelista revelación.

Pamela Norton había alquilado un descapotable, se había calzado una pamelita con lazada al cuello y se había lanzado a la carretera con los ojos ávidos de una joven en plena adolescencia. El tiempo era un tesoro del que hacía años que no disfrutaba. Ahora lo palpaba sin prisa, intentando saborear cada instante de vida como si se fuese a acabar al terminar el día. Quería vivir, lo tenía claro. Quería reírse del destino porque nada le parecía más premonitorio de su felicidad que haberse quedado viuda antes de cumplir los cuarenta. Al pasar por Zaragoza, como le había explicado tantas veces Clotilde en sus charlas telefónicas, se santiguó mirando las cúpulas brillantes, a los lejos, de la basílica del Pilar.

—Maravilloso *skyline* —dijo en voz baja—. Adoro este país —gritó a un cielo limpio de julio, azul, muy azul.

Con la radio a todo pasto cruzó la línea entre Zaragoza y Huesca. Estaba a punto de entrar en el corazón de la tierra de su querida Candela Montalbán. Ya nada había más importante en su vida que todas aquellas mujeres europeas a las que le unía mucho más que un puñado de historias comunes.

El primer pueblo antes de subir el puerto de Monrepós era Nuño, parada obligada para repostar, pues no había detenido su marcha desde que salió de Madrid. La gasolinera se encontraba junto a un inmenso restaurante de carretera, de hormigón pintado, que rompía la maravillosa fisonomía del inicio del puerto. Pamela se tomó un vino antes de proseguir la marcha. Con él, una mesonera gorda y sonriente le puso una cazuelita de migas.

—Yo no he pedido nada, señora, solo el vino —informó a la mujer que le servía.

—Es regalo de la casa, mujer, en España —no necesitó escuchar su acento para saber que era guiri y americana, para más señas— se pone siempre un aperitivo cuando un cliente pide un vino o una caña.

—Ah, lo celebro mucho —respondió Pamela con tan exagerada gratitud que la mesonera miró al techo y suspiró—. Disculpe, ¿qué es? —preguntó, escrutando la cazuelita sin atreverse aún a meter el tenedor.

—Migas. Con su tocinito frito, su longaniza... Muy ricas. Muy *spanish* —respondió la cocinera.

—¿Tocinito? ¿Longaniza? —preguntó, intentando pronunciar cada sílaba.

—*Pig*, coño, *pig* —añadió la señora gorda, soltando una risotada.

Pamela clavó el tenedor, se lo llevó a la boca con precaución, los camareros de la barra vigilaban curiosos, y cerró los ojos masticando en un gesto de placer infinito.

Al llegar a la cumbre, guía en mano, paró de nuevo para cumplir con la leyenda en la Fuente de la Manzanera. Decía esa leyenda: « Si bebes de esta agua, volverás a estas montañas. Tu alma quedará impregnada con la esencia del monte y permanecerá para siempre en tu corazón». No tenía ninguna intención de contradecir a las leyendas y sí muchos deseos de que aquellas montañas la cobijasen muchas más veces camino de casa de su idolatrada Candela. Así que paró y se calzó, siempre conducía descalza y con los zapatos en el asiento del copiloto, se bajó del coche ante la inmensidad de esas montañas, respiró hondo y gritó:

—¡*Niceeeee!*

Gritó tanto que aquella cordillera imponente le devolvió un eco de energía que la poseyó por completo. Y volvió a llorar. Dos mujeres de pueblo, sentadas cerca de la fuente, se miraron sabias y sonrieron.

—Estas turistas de hoy en día —sentenció la más vieja.

Toda la universidad había acudido en masa al entierro de Tom Blass en una mañana gris y lluviosa de septiembre, como cuando se conocieron. Las escaleras de entrada se habían cubierto de una alfombra húmeda de hojas de roble y mucho dolor. El sonriente e idolatrado Tom había muerto joven y guapo, ahogado en las frías aguas de Long Island en una fatídica noche de juerga. La casa, aquella vieja construcción clásica americana de madera gris tostada, con sus escaleras sobre la fina arena de la playa, su porche con butacas de madera que miraban al mar y sus ventanas cubiertas con visillos cortos calados en algodón blanco, se había quedado muda aquella madrugada. Muda para siempre. Antes de cerrarla e intentar olvidar, Pamela había mandado a su señora de servicio a recoger sus vestidos de verano, algunas fotos, un juego de tazas rojas inglesas de té de su abuela que un día llevaron allí para desayunar en las mañanas de los domingos y pocas cosas más. Pamela no quiso volver a pisar aquel que había sido el nido de amor de su primera cita con el hombre de su vida y que años después se había convertido en el clandestino rincón de otras tantas historias de amor que la herían profundamente. Quizá no lo había demostrado nunca, no soportaba tener que llorar a sus amigas neoyorquinas un drama que ella encubría con mil excusas mirando a otro lado, como si así el dolor, como hacían los niños pequeños con el miedo tapándose los ojos contra la almohada y apretando fuerte, desapareciese.

Entre las filas de aquella atiborrada misa estaban Paul, su alumno rubio de

pechos eslavos y labios latinos; Samantha, esa niña morena y aplicada en sus estudios que firmaba sus exámenes con un « Te amo, Tom » ; y Brenda, una rubia oxigenada de Dakota, de pechos generosos y faldas cortas sin bragas que había colmado de fuegos y besos a media universidad y, si la hubiesen dejado, a gran parte del claustro. Ellos representaban a un centenar de alumnos que veían en Tom al portador de caricias, falso amor, más que de sabidurías históricas. Con ese festín de sentidos se plantó Pamela en el púlpito, arrugó un papel que iba a servirle de discurso metiéndoselo en el bolsillo de su *blazer black*, que se había puesto con pantalones de talle alto, también negros, y se dirigió a la multitud sin derramar ni media lágrima.

—No voy a reprocharle a la vida que Tom fuese tan guapo y tan encantador, que se comportara como un conquistador sin rivales. No lo voy a hacer porque no quiero que algunos de vosotros os sintáis hoy incómodos por su culpa. Tan solo voy a agradecerle que me hiciese sentir el flechazo real, el amor, el deseo y que después, con sus huidas, me dejase descubrir el alma de otras muchas personas que estuvieron ahí cuando él desaparecía. Gracias a esas personas, hoy soy alguien que valora la libertad y la amistad sin fronteras. Hoy abandono esta universidad con dolor, pero con muchos y buenos recuerdos. He decidido que en mi vida solo quiero escribir. Gracias, Tom, donde estés, por hacerme amar la literatura, a Shakespeare, a Cervantes, a Victor Hugo, a todos esos tipos aburridos y pesados que tú nunca comprendiste porque habitabas en un alma de continuo niño. Gracias por repartir amor en estas aulas que tanto te han querido; hoy me acompañan todos esos a los que también dejas viudos y tristes en alguna medida. A todos os dejo mi cariño, porque también habéis sido mis alumnos, y por eso, porque os conozco bien, siempre he sabido lo que sentís. El amor es a menudo una herida abierta que únicamente deja de doler cuando asumimos que nos sangra y seguimos caminando sin estancarnos en ella. —Rompió el silencio el llanto hondo de Paul. Pamela le miró, alzó la mirada al cielo, volvió la vista a la multitud y sonrió con ternura. Descendió del púlpito y cruzó, entre los aplausos vigorosos de toda la iglesia, el pasillo central de aquel templo al que nunca más volvería. Fuera había salido el sol y el cielo estaba más azul que nunca.

A primera hora de aquel sábado de julio de 1960 llegaron a La Piñonera las mil quinientas rosas inglesas, blancas y rosa palo, que Federico Montalbán había encargado a Londres para el día de la boda de su hija. La finca estaba maravillosa. Se habían dispuesto las mesas, redondas, vestidas de hilo blanco y bajo inmensos mosquiteros de gasa blanca traídos desde la India, alrededor de la nueva piscina. Dos leones de piedra, gloriosos, custodiaban la impecable lámina de agua. A sus espaldas, un pabellón de invitados, con vestuarios y baños para hombres y mujeres, separaban el jardín y la piscina del vasto pinar. Todo estaba calculado para esa boda. Las obras recién terminadas, el jardín dibujado, las copas italianas de piedra que bordeaban el camino, llenas de flores de portentosos colores. Matías se había pasado la semana recortando los bordes del camino para que el césped pareciese un tapiz. Las mesas se habían adornado con centros antiguos de porcelana inglesa llenos con las rosas, hojas de eucalipto y velones de cera virgen metidos en jarrones de cristal de bohemia. El menú fue contundente, como diría Adela. Crema tibia de almendras, migas con huevos de granja, rape braseado con *tempura* de borrajas, ternasco al horno y una tarta nupcial de nueve pisos hecha con cincuenta kilos de nata montada y veinticinco kilos de fresas sobre un milhojas capaz de cortar la respiración de golpe de los trescientos invitados que esa noche de julio respiraron la magia de La Piñonera.

A Candela la vistió de novia el taller de Cristóbal Balenciaga. Se empeñó en que no quería ir de blanco y, tras muchas semanas de acalorada discusión con su padre, don Federico, por primera vez en la historia, claudicó el mismo día que firmaba con Laguarda la compra-venta de gran parte de sus tierras en Sallent de Gállego. El vestido, que llegó a la finca desde San Sebastián la noche anterior, se confeccionó en raso marfil, con un bordado de Manila en flores rojas y verdes. Sobre él, para la fresca noche de julio en Pirineos, un abrigo rosa de faya con reminiscencias de las batas francesas de principios del siglo XVIII. En los pies unos tacones rojos de vértigo, altos, brillantes, seguros.

—¿Rojo con rosa? —preguntó murmurando la mujer del alcalde a su cuñada, que llevaba un tocado de plumas tan grande que podría haber escondido un reloj de pared en su cabeza sin que nadie lo viese.

—Es divino y extravagante, como ella —respondió esta con un leve movimiento de cabeza que hizo que las plumas flotasen suavemente en el aire.

Cuando la novia atravesó el pasillo de la nave central de la catedral románica de Jaca, un murmullo sordo recorrió la iglesia hasta el altar. Las damas susurraron. Los varones fruncieron el ceño. Una niña de tirabuzones negros y mejillas enrojadas sonrió. El sacerdote miró al cielo y se encomendó a Dios. Don Federico había donado al obispado el importe íntegro de las últimas obras de restauración del templo, así que nadie censuró jamás aquel grito de libertad que lanzó Candela a los vecinos de su comarca, el primero de tantos. Ni era virgen, ni ñoña, ni pretendía casarse de puro blanco como si fuera una comulgante.

El banquete transcurrió con algarabía. El vino corría por las copas, los cortadores de jamón no descansaban, los hornos de la inmensa cocina de la finca funcionaban a destajo y en la parte trasera del jardín, junto a la puerta de la cocina que daba a la zona de servicio, media docena de reposteros montaban las capas de la tarta nupcial sobre un inmenso carro de forja negra con ruedas, adornado con rosas blancas y tul, que después recorrería las mesas para servir una porción, en vivo, a cada uno de los comensales invitados.

La generosidad y la alegría bañaron de sonrisas la noche de julio en aquella España franquista tan poco acostumbrada a la opulencia. Jacinto, cuando terminó la cena, se puso en pie con desmesurada pompa y esa media sonrisa que siempre mantenía ante la vida, izó su copa de champán y mirando a su suegro pidió permiso para decir unas palabras. Estaba guapo, pero su discurso resultó, casi como su vida, calculado y frío.

—Buenas noches a todos. Seguro que hoy es uno de los días más importantes de mi vida y no solo porque Candela haya aceptado colmarme de sueños, llevo toda la vida enamorado de esta maravillosa mujer —miró a su esposa con arrobo y esta sonrió como si hubiese contado un chiste—, sino porque, después de muchos años, mi familia, los Laguarda, y su familia, los Montalbán, enemigos históricos en tantas batallas, se han hermanado por fin. Hoy no solo se han casado Jacinto Laguarda y Candela Montalbán —Candela odiaba cuando Jacinto hablaba en tercera persona—, lo han hecho dos estirpes que habitan en este valle desde que recuerda la historia de Aragón.

—¿Estirpes? —se preguntó Candela en voz baja, disimulando una cara que podría haber escupido fuego si no fuese porque habrían salido ardiendo los dichosos mosquiteros indios que a saber lo que le habrían costado al patrimonio familiar.

—Dos estirpes —repitió Jacinto con pompa— que han sabido hacer de estas tierras un lugar productivo y rico que da trabajo y acoge a multitud de familias aragonesas. Eso es lo que se ha unido hoy señores. Así que, si ustedes me lo permiten, hoy quiero brindar por mi nueva esposa, artífice de esta unión, y prometerle que la amaré siempre, porque para mí será toda la vida como una rosa nueva y fresca que me perfume las mañanas. —Decía nueva como el que se compra un coche, un caballo o un superlujoso equipo nuevo de tenis, pensó

Candela, haciendo esfuerzos para no levantarse y perderse por el pinar de la finca—. Por mi nueva esposa y por mi padre y mi suegro, dos señores que ya nunca más serán rivales, sino amigos, familia y empresa.

Jacinto alzó la copa justo cuando su padre y Federico Montalbán se levantaban y se daban un abrazo con golpes secos y sonoros. De esos que acostumbraban a darse los hombres, como si un mínimo roce de más supusiese un agravio.

—Santo Dios, que alguien me saque de aquí antes de que vomite —susurró Candela con la mirada perdida en las flores de los centros de mesa, lo único vitalista de esa noche.

—¿Cómo dices, querida? —preguntó su suegra, sentada junto a ella en la mesa.

—Que si ya ha terminado el brindis y el convite —respondió lo primero que se le vino a la cabeza, consciente de que sus pensamientos en alto a veces se podían escuchar, aunque su suegra estuviese todo el día en la parra, seguramente porque el papagayo imperial que se había puesto en su tocado, casi un buitre leonado, le estaba picoteando el cerebro hace horas, pensó conteniendo una risita ofensiva.

—Sí, sí, parece que sí —dijo la suegra cuando vio que su hijo bebía el champán de su copa y todos los invitados prorrumpan en un aplauso extendido.

—Muy bien, porque necesito ir al baño —soltó sin más, levantándose y disculpándose con otra de sus sonrisas fingidas.

—¿Adónde vas, hija? —preguntó doña Orosia.

—Al baño, mamá. No me escaparé, no temas —replicó con toda la sorna del mundo.

—¿Ahora? —preguntó incrédula.

—Bueno, si quieres me programo las siguientes meadas de la noche, mamá, pero esta vez ya no, porque me meo encima.

—Cuando te pones grosera, te lavaré la lengua...

—Sí, mamá, con lejía —interrumpió Candela el discurso de su madre. Le dio un beso, le guiñó un ojo y cruzó entre las mesas hasta el porche de la casa grande. El farol de cristales ámbar ni se inmutaba. Eso aseguraba una noche serena. Al menos en cuanto al clima.

—¿Hija, puedo entrar? —preguntó doña Orosia, tocando la puerta del baño con los nudillos.

—¿Qué pasa, mamá? —Candela abrió, ajustándose el Balenciaga mientras se subía las bragas.

—¿Estás bien?

—Claro. No te preocupes, mamá. Estoy feliz. El amor no siempre es

inmediato. Si tiene que llegar, llegará. Y si no, pues tampoco será un drama. Me hace feliz La Piñonera.

Su madre la miraba con los ojos vidriosos.

—Anoche estuve pensando que igual había hecho mal arrojándote a todo esto. Solo quiero que sepas que voy a estar siempre, hija, cuando me necesites.

—Mamá, no te preocupes, todo está bien. Es la mejor decisión que podíamos tomar —sentenció, abrazándola.

Nada de lo que dijo aquella noche Jacinto en su pomposo discurso llegaría a cumplirse, pero a Candela le dio igual, ni siquiera le prestó atención, ya era dueña y señora de La Piñonera. No era una cuestión de tierras, no le quitaba el sueño ese nuevo poderío económico. Era una cuestión de arraigos, de historia, de hitos conseguidos, del honor de las mujeres Montalbán. Lo que ahora pasase en el futuro, pensó, le importaba menos que un bledo.

Cuando Candela consiguió que el polvo de la guindilla ligase por completo en el chocolate caliente, metió el dedo meñique y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos y se dejó llevar por aquel intenso sabor que la transportaba a la cajita mexicana de colores y a todos los secretos que había guardado en ella durante años.

—Abuela, no seas abusona, que yo también quiero probar —protestó Nando de puntillas, intentando asomar los ojos al fondo de esa cacerola que hacía que la abuela entrase en trance.

Candela sacó una cucharilla de café y metiéndola en el chocolate se la tendió a su nieto.

—Sopla, que quema. Y luego retén el chocolate en el paladar con la punta de la lengua hasta que toda la boca se impregne de su sabor.

Nando obedeció, imitando a su abuela, cerró los ojos y mantuvo el chocolate en el paladar durante un rato. Luego tragó y gritó:

—Quiero más, está buenísimo, abuela, buenísimo. Excelente —sentenció pomposamente, provocando las carcajadas de las mujeres que seguían con las manos en la masa sobre la inmensa mesa de la cocina.

—¿Excelente? —preguntó riendo la abuela.

—Excelente —repitió el niño, cerrando los ojos teatralmente, levantando las manos al aire como dando énfasis a su afirmación y relamiéndose los labios.

—Eres de lo que no hay, niño —dijo Adela, que entraba y salía de la cocina sin perderse la conversación.

—Por eso me queréis tanto, porque os hago reír. ¿A que sí? —Y todas las mujeres volvieron a romper en carcajadas.

—Ahora pondremos estos palitos sobre la encimera limpia y bañaremos su punta con una cucharada de chocolate haciendo la forma de una galleta. Mira, Nando, es muy divertido. Cuando se enfríe, tendremos un montón de piruletas —le explicó mientras seguía untando los palos desiguales con el chocolate caliente.

—¿Piruletas como las de la feria?

—Mucho mejores, porque estas picarán un poco y nos dejarán con las ganas de volver a probarlas otras muchas noches.

—¡Qué guay! —exclamó el niño, observando atento cómo su abuela extendía sobre la encimera de azulejo, impoluta, los palitos, separados unos de otros por unos centímetros y alineados como si fuesen un batallón.

Apenas quedaban unas horas para que llegasen sus invitadas y la cena iba viento en popa. Pamela, Clotilde, Marie y Bárbara se sentarían esa noche, por primera vez todas juntas, bajo el lilo. Candela había deseado esta cita durante años. Meses y meses en los que las risas y las lágrimas con estas cuatro mujeres, a lo largo del mundo, habían ido fraguando una pandilla no solo de amigas, sino de sentidos, de corazones, de secretos compartidos y de muchos otros por descubrir. Candela recordó, mientras extendía el chocolate palo por palo, aquella noche en la que Marie llamó, ya sin lágrimas, para contarle la intoxicación de Philippe por las dichosas ostras. Habían estado horas al teléfono. Marie lloraba con rabia contenida, después de haber discutido con su suegra y haber salido de la casa sabiendo que nunca más volvería a verles porque no lo necesitaba ni quería. A pesar de haber tomado ella la decisión, Marie era así de sentimental, los acontecimientos la entristecían. Atrás dejaba los buenos años con Philippe, las noches de baños y jadeos, las sonrisas de aquel pícaro que conquistaron sus primeros momentos juntos. La mitad del batallón de los palos ya estaba bañada con aquellos discos irregulares de chocolate. Recordó también las lágrimas de Pamela, estas amargas, cada vez que un pequeño detalle le descubría que Tom amaba a decenas de personas sin inmutarse y en sus noches de desesperación descolgaba el teléfono para establecer una conferencia Nueva York-Pirineos y sanar su alma con las dulces y sabias palabras de su querida amiga aragonesa. La madrugada que Tom murió, Pamela estuvo más de una hora llorando al otro lado del teléfono, sin hablar, solo escuchando la voz cadenciosa de Candela Montalbán a miles de kilómetros. El mar de Long Island había devuelto a la arena el cuerpo pétreo pero bello de aquel hombre tan cálido y tan desconocido para su propia esposa. Candela escuchó con amor y paciencia cada sollozo de su amiga, pudo sentir cada lágrima recorriendo su mejilla inocente, moteada de pecas, como la de la niña que hubiese querido volver a ser.

—Abuela, esta piruleta te ha salido enorme. ¿Me la podré comer yo? —Nando la miraba embobado dibujar con delicadeza cada palito, uno tras otro; lo hacía de manera irregular pero en eso, pensó, también radicaba la belleza de su abuela. Todo en ella, todo, escondía siempre una gratificante sorpresa.

Candela recordó cada insulto de Clotilde a su difunto marido cuando supo que llevaba flores a sus amantes, como aquellas que quedaron presas bajo el descapotable volcado en aquel precipicio de la Costa Azul francesa.

—Es un bastardo, un bastardo malnacido que no se merece haber muerto en un sitio tan precioso. Tendría que haberse despeñado por un vertedero, lleno de mierda y desperdicios, que eso es lo que es él, un desperdicio. Pura basura.

Basura —gritaba Clotilde mientras Candela la intentaba serenar al otro lado del teléfono de su mesilla.

—Abuela, abuela, que esta te ha salido enana, ponle un poco más, no seas roñica.

—¡Huy! Roñica, dice, ¿a que te quedas sin piruletas? —amenazó Adela a Nando con una sonrisa al pasar por su lado, soltándole una palmada en el culo.

—Lo he puesto duro porque sabía que ibas a darme —gritó el niño riendo. Adela refunfuñó risueña.

Candela seguía en su mundo, absorta, bañando los palitos y pensando. Recordó la irónica desesperación de Bárbara cuando llamó para contarle que tenía que ir a un burdel para reconocer el cadáver de Marcel. El muy pervertido había muerto con las manos en el culo portentoso de una prostituta del París más sórdido. Decían en el barrio, le contó Bárbara horrorizada, que solía juntarse con tres o cuatro putas amigas y que jugaban a las cartas hasta que lo desplumaban, el dinero y la ropa. Después montaban sus juergas carnales hasta dejarle exhausto.

—Abuela, estás en el limbo, mira, mira, unas piruletas te han quedado gigantes y otras enanas —protestó Nando, sacando a su abuela de su ensimismamiento—. ¿No te das cuenta?

—No pasa nada, niño, no todas las piruletas tienen que ser iguales. Tampoco somos iguales las personas que nos las vamos a comer. En eso consiste la magia de la vida, Nando, en que cada persona es un mundo diferente, aunque nos unan espacios comunes. Unos somos grandes, otros pequeños, unos bondadosos, otros canallas...

—Estás fatal, abuela —respondió el niño sonriendo, mirándola con ojos de total idolatría.

—Tú sí que estás fatal. Anda, vamos a lavarnos las manos, que esto ya está listo, en cuanto se enfríen las despegaremos de la encimera y las pondremos en unas copas de colores, verás qué chulas —sentenció.

Nando se encaramó a la pila y se embadurnó de jabón hasta los codos mientras su abuela se quitaba el delantal y salía de la cocina con las manos en alto camino del cuarto de baño. En pocas horas todas llegarían hasta el lilo. Atrás quedaban las infinitas lágrimas y sonrisas compartidas en la distancia. El horno seguía dorando los pequeños pollos de granja, en el fuego lento seguían ligando las salsas y rellenos, sobre la encimera abuela y nieto habían ido conformando un mapamundi de chocolate y vidas... Todo marchaba.

A Federico Montalbán se lo llevó de este mundo un derrame cerebral masivo una mañana de mayo en la que Candela se había tumbado en el diván de su terraza, colgada sobre el jardín y la piscina, para disfrutar de un sol que ya empezaba a calentar a mediodía. No había terminado de tumbarse y de abrir su libro rojo cuando el inmenso Mercedes de su madre atravesó el pinar hasta detenerse silencioso, tan negro como la muerte, delante del porche de la casa grande. Candela se levantó, se arrimó a la barandilla y miró hacia abajo. Su madre, vestida ya de riguroso negro, salió del coche sin prisa, su chófer compungido sujetando la portezuela, y miró hacia la terraza para encontrarse con los ojos de su hija.

—Tu padre ha muerto —afirmó tranquila. Y a Candela la mañana se le antojó serena. Se le escapó una lágrima, solo una. Bajó las escaleras hasta el *hall* y cuando salió en busca de su madre se encontró a una mujer rejuvenecida, bella, radiante de piel y con la mirada más limpia que aquel cielo azul de mayo.

Los días posteriores al entierro, multitudinario y murmulado, doña Orosia había decidido poner patas arriba la casona convirtiendo las horas en un ir y venir de operarios que cambiaron habitaciones y muebles de lugar. Lo primero que desfilaron, como en un ansioso destierro, fueron los espesos cortinajes de terciopelo burdeos que enclaustraban las salas de estar. Fueron sustituidos por ligeros visillos de hilo crema que dejaban que la casa se incendiase de luz cuando caía la tarde. Los espejos que tanto odiaba Federico Montalbán, a pesar de ser vanidoso y ególatra al máximo, regresaron del pabellón de los trastos viejos para volver a cubrir las paredes de los pasillos y las repisas de las chimeneas. La casa volvió a llenarse de candelabros de cristal, de velas blancas, de flores naturales, de luz y de vida. Doña Orosia no pretendía provocar un escándalo, así que siguió guardando liviano luto para bajar al pueblo, pero en la intimidad decidió que en aquella casona, a escasos kilómetros de La Piñonera, no iba a volver a instalarse el invierno. Pintó de beis toda la casa, tapizó con telas cremas los sofás y los historiados butacones que amueblaban las estancias y compró dos docenas de cojines llenos de flores, pájaros y optimismos que diseminó por la salita de estar. Las tardes de té en la casona, en *petit comité*, vestía faldas tubo negras con tacones rojos.

Poco más de un mes después, una mañana de junio, Jacinto Laguarta era engullido en el Alto de Monrepós por un camión ovejero. El valle entero creyó que una maldición dejaba viudas de golpe, en pocos días, a doña Orosia y a su hija Candela. Fue un drama que recorrió las entrañas de esos pueblos de montaña como los alocados y vivos ríos del deshielo. Ellas, sin embargo, calzadas en sus tacones rojos cuando la serenidad se torcía por cualquiera cosa, pensaron que el destino venía como venía y que las mañanas de mayo y junio siempre eran azules y cálidas, amables y festivas, aunque se empeñase la vida en lo contrario. Y ese mismo mediodía, mientras la funeraria se encargaba de todos los trámites y antes de tener que enlutar su tarde, madre e hija almorzaron con tranquilidad y sin dramas bajo el lilo —el sol apretaba a mediodía— pollo asado, patatas al horno y una ensalada tan verde como optimista podía llegar a ser la vida.

Si conseguir su pretensión de no ser lapidada por las malas lenguas de la comarca, Candela Montalbán eligió el blanco como símbolo de pureza en su luto y llenó su hogar de flores blancas, como siempre, porque no sabía vivir sin ellas, sin la luz que bebían los ventanales de la casa grande, ni sin sus baños desnuda. Después de una tarde de visitas y velatorio, el ataúd se instaló en el jardín porque hacía calor y en el cielo no había ni una mínima nube. Candela y su madre encabezaron la comitiva que siguió al coche fúnebre hasta el cementerio. El cielo estaba rosado y romántico cuando las paladas de arena golpearon duras y secas contra la madera de la caja que cobijaría de por vida a Jacinto Laguarta.

Pocos días después, muy pocos según las viejas del valle, Candela había desmantelado lo que quedaba de su difunto esposo. A ella poco iba a cambiarle la rutina. Tan solo notó la ausencia de Jacinto, que se pasaba la vida de viaje, trabajase o no, en el espacio infinito que había quedado en los armarios cuando Adela hubo empaquetado toda su ropa y su colección de zapatos. Cajas llenas de mocasines, de zapatos de cordones, de botas, de trajes de lana, decenas de *blazers* de todo tipo de cuadros y cientos de camisas, corbatas y pajaritas esperaban en el porche a las monjitas del convento de San Agustín. Ahora todo el espacio era para ella y no pensaba dejarse apretujar, se dijo, nunca más en la vida.

—Si ha de entrar alguien en esta casa, que tenga un lugar propio para dejar sus trastos y sus perezas —gritó Candela al cielo, bajando de dos en dos los escalones de la impresionante escalera curva de la casa grande.

La hermana Catalina, que ya había llegado con su séquito para llevarse el botín textil que dejaba el finado Jacinto Laguarta, se santiguó mirando al cielo al escuchar el grito desde el porche.

—Hermana, qué bien que haya venido con la furgoneta. Hay cajas como para vestir a todos los pobres de Europa.

—Lo vamos a mandar a Sudamérica, allí lo necesitan más que en Europa — corrigió la monja más joven, mirando atónita los zapatos rojos de tacón sobre los

que caminaba Candela.

—¿Sudamérica? ¿Quiere que enfermen?

—No la entiendo —dijo la monja con el gesto extrañado.

—A ver, hermana, es la ropa de Jacinto, ¿no le recuerda? Casi todo es tartán, lana, cachemir, punto... Vamos, que no quiero yo contradecirla, Dios me libre, pero no creo que vaya a serles muy útil esta ropa en un clima tropical.

—Hay gente que no tiene nada, ni una camisa para taparse el cuerpo cuando llueve —añadió la monja tajante.

—Como usted diga. Si quiere provocar la pandemia del sofoco, mándelo usted a Sudamérica. Pero luego que nadie nos reclame daños y perjuicios —sentenció Candela con una risotada frívola. Adela contuvo la suya a sus espaldas, tapándose la boca con las dos manos.

—¿Lo encuentra usted gracioso? —preguntó la hermana Virtudes, más vieja y avinagrada, que siempre conducía la furgoneta por las estrechas carreteras del valle como si el diablo las persiguiese.

—Lo encuentro irónico, pero a mí como si la ropa se la ponen ustedes, la verdad. Me es indiferente. Lo que quiero es que salga de aquí este cargamento antes de que le prenda fuego —zanjó Candela la conversación, sacando un mechero de su bolsillo y encendiéndolo al aire, harta ya de tanta moralina.

Pidió a Matías que ayudase a cargar las cajas en la furgoneta para terminar cuanto antes con aquel asunto y se apoyó sonriente sobre una de las columnas del porche mientras sor Virtudes rebufó montándose al volante. Sor Catalina juntó las palmas en un gesto piadoso y soltó un casi insonoro suspiro.

—Gracias, Dios se lo pagará.

—De nada, hermana, si Dios tiene que pagar algo, que se lo pague a ustedes, que lo necesitan más que yo.

Sor Virtudes aceleró la furgoneta con tal cabreo que la gravilla del camino saltó por los aires dejando una estela de polvo en suspensión, algo que más que volientar a Candela la hizo carcajearse.

—Pero qué coño comerán estas monjas para tener tan mala leche.

Matías, sonriendo discretamente, volvió a sus tareas entre los rosales. Adela sacudió las manos en el aire, como matando moscas y estornudando, en un intento baldío de despejar la inmensa nube de polvo. Candela sonrió, entró en la casa grande y subió la escalera hasta su habitación. Se descalzó sus tacones rojos, se tiró en la cama y se sintió como sus vestidos en aquellos armarios abiertos, descomprimida.

El camino desde el pueblo hasta La Piñonera era un paseo verde y luminoso, de poco más de tres kilómetros que, parejo al río, cruzaba la pendiente más suave del valle antes de llegar a la cuna del Serrablo. Adela hacía ese camino una o dos veces cada día, se negaba a que Matías la trajese y la llevase cuando hacía los recados, por mucho que este insistiera.

—¿Señora, qué hace tan pronto despierta? —Adela entró en la casa grande con la prensa, los huevos frescos y el pan recién hecho. El trayecto desde el pueblo le encendía las mejillas.

—Salí a pasear por el jardín. No tenía sueño. Esta noche he dormido poco —respondió con una sonrisa boba, como de adolescente.

—Pues la veo muy contenta —apostilló mientras soltaba todo lo que traía en las manos sobre la encimera de la cocina.

—Será porque estoy feliz —dijo, apoyándose en el quicio de la puerta, la mirada dulce y perdida en cada pliegue de unas blancas sábanas en algún lugar.

—Recuerde que hoy viene su madre a comer —anunció Adela con una sonrisa maliciosa.

—¿Hoy? —La dulzura se fugó por un instante.

—Sí. Hoy es domingo. Ya sabe que desde que murieron don Federico y don Jacinto viene todos los días del Señor. ¿Está segura de que se encuentra bien?

—¿Qué Señor? —preguntó con sorna Candela cogiendo la prensa y saliendo al jardín.

La idea de aguantar a su madre esa mañana se le antojaba tan tediosa que sin pensarlo dos veces se despojó de la camisola y se lanzó, desnuda, a una piscina aún sombreada a esas horas. Adela, desde el porche y con los brazos en alto como si quisiese parar una guerra, gritó:

—Ahora cójase una pulmonía, verá qué gracia le hace a su señora madre.

Un grupo de mirlos alarmados emprendió el vuelo.

Doña Orosia apareció antes de la una de la tarde con un vestido corto y blanco de piqué, manoletinas grises y una pamelita parisina gris con flores rosas que Candela le había regalado en su último cumpleaños. Venía cargada de bultos. Pastas de chocolate, libros, ciruelas de sus frutales y un ramo de hortensias frescas que

había cortado de su jardín minutos antes de salir hacia casa de su hija. Cuando llegó, Candela estaba metida en el agua de nuevo, nadando, intentando ahogar la pereza absoluta que le provocaban las charlas de su madre. Que si comes bien, que si duermes lo que debes, que si supongo que no sales por ahí, que si qué dirían, que si ya eres mayorcita para hacer tantas tonterías, que si aún es pronto para estar bien, que si le extrañas... Que si mierdas, pensó bajo el agua. La sola idea de pensar en la murga que le daba su madre cada vez que aparecía por la casa grande la hacía retorcerse. No es que no la quisiese, al contrario, pero le resultaba cansino tener que estar luchando siempre por cualquier cosa que a ella le pareciese ridícula y a su madre un mundo. Doña Orosia era experta en hacer grandes montañas de minúsculos granos de arena. Si había un mínimo problema en la vida de los que la rodeaban, parecía que todo se tambalease al borde de un precipicio. Así que con los grandes problemas y a era un sinvivir.

Hacia un año ya que su padre y Jacinto se habían muerto. Recordó a Adela entrar corriendo aquel viernes de junio por el camino de tierra que atravesaba el pinar de La Piñonera, como si la vida fuese a acabarse en ese instante.

—Señora, señora, señora, qué desgracia más grande, qué desgracia. Ay, Dios mío, ay, Dios mío, el señor, el señor...

Detrás de ella venían dos guardias civiles con mucha pompa y caras de funeral. El Morris de Jacinto se había empotrado con un camión de ovejas en el Alto de Monrepós esa madrugada. Nada había que hacer.

—No ha sufrido, señora, eso se lo digo yo. Ha muerto en el acto —informó el mayor de los agentes del Cuerpo.

La vida, pensó Candela aún bajo el agua, no se detuvo nunca. Fue triste pero no pensó en ningún momento hundirse en una tragedia que no iba a amargarle la eternidad. Las cosas eran lo que eran. Y ella, Candela Montalbán, la joven viuda de Jacinto Laguarda, siempre había campeado las tormentas con el mejor de los paraguas, el de la serenidad y la paciencia. Nadie entendió en aquel valle esa serenidad ante las desgracias. Al menos de cara a la galería. Nadie, menos quien ahora robaba sus sueños.

—Hija, tenemos que hablar —dijo doña Orosia, circunspecta, sujetando con delicada firmeza una taza inglesa de té hirviendo. Siempre tomaba el té hirviendo, aunque fuese verano e hiciese un calor infernal. No importaba. El té, decía, tiene que quemarte la garganta, si no es como agua de aclarar los platos.

Candela miró al techo del porche, el farol que pendía de sus vigas estaba inerte. Eso implicaba que la tarde era de calma chicha y que le daría un soponcio escuchando a su madre.

—A ver, mamá, ¿qué problema hay ahora para que le pongas tanta pompa al asunto?

—Pues que la gente comenta mucho —dijo ella, dando un nuevo sorbo.

—Comentan mucho, ¿el qué comentan, mamá? —preguntó Candela con teatralidad.

—Pues que últimamente estás muy contenta, que bajas al pueblo con vestidos ligeros y sonrisas descaradas, que no pareces una mujer viuda, que...

—¿Y eso te quita el sueño? Pues sí que duermes mal tú, mamá, por tan poca cosa.

—No seas impertinente, Candela. No me gusta que la gente piense que te da igual que Jacinto haya muerto o que...

Candela soltó un bufido cortando a su madre.

—Mamá, te lo voy a decir una sola vez. Una sola. Me importa un bledo lo que comente la gente, me importa menos aún lo que crean y, sobre todo, me importa una mierda que tú estés todo el día preocupada por lo que dirán los demás. Estamos viudas hace más de un año, mamá, no estamos muertas. Y no hago nada reprochable por estar feliz, por celebrar cada día que el que está muerto es Jacinto y no yo.

Un golpe sobre la mesa rompió el tedio de la calurosa tarde. El té se derramó por el cristal dejando dibujado un mar viscoso y sucio.

—No te entiendo, hija, no te entiendo —sollozó ahora, como si el mundo se le viniese abajo.

—Yo no entiendo, mamá, que tengamos que pasarnos la vida mirando a nuestro alrededor para ver si lo que vivimos está bien o mal valorado por los demás. Vive, disfruta de que estemos vivas, de que tengamos estas casas, este valle, salud y corazón para aguantar lo que nos echen. Deja de vivir de cara a los demás y dormirás mucho mejor. —Cogió a su madre una mano antes de que esta se levantase muy digna y se despidiese con un ligero beso.

—Tú sabrás lo que haces, hija, tú sabrás.

Ya de espaldas, hurgó en su bolso, abrió su polvera, se miró en el diminuto espejo para comprobar que su piel seguía siendo lo que era y sus ojos no delataban ni media lágrima y se alejó por el camino de gravilla, recta, digna, con su pamela de rosas, con todo ese porte elegante que la genética le había dado y que la convertía en una mujer hechicera y exquisita.

Adela salió sigilosa con una bandeja y una bayeta para recoger el estropicio del té sobre el cristal de la mesa. La taza había perdido su asa en el golpe.

—Señora, no le tenga nada en cuenta a su madre. Ella no entenderá nunca que usted sea feliz estando viuda. Cree que lo hace por su bien —dijo la chica con ojos de ternura—. Yo voy mucho al pueblo y sé a qué se refiere doña Orosia.

—Pues dímelo tú.

—La gente es muy envidiosa, señora, creen que usted es una niña consentida

que lo ha tenido todo y que no guarda el luto que debería a don Jacinto. En estos pueblos la gente, cuando enviuda, se viste de negro durante años y dejan de bajar a las verbenas.

—Adela, ¿tú crees que hago algo mal? —preguntó con un atisbo de duda.

—Sí, bañarse desnuda por las tardes cuando deja de apretar el sol, no será bueno para su salud vaginal —sentenció sonrojada.

Las dos se abrazaron y se echaron a reír. Y la brisa volvió a hacer bailar, suavemente, el antiguo farolón del porche.

El día que murió doña Orosia, a pesar de ser junio, la mañana se había levantado plomiza, fría y ventosa. Todo el valle había acudido a un sepelio multitudinario en recuerdo a la que había sido la mujer más elegante, amable y generosa del Alto Aragón. No había ni un alma que pudiese poner un pero en su intachable vida. Allí estaban sus vecinos de siempre, los alcaldes de todos los pueblos de la comarca, empresarios, comerciantes, Adela, Matías y toda una cuadrilla de personas de todas las edades que habían servido históricamente en La Piñonera antes de que esta pasase a ser propiedad de Candela como regalo de boda de sus padres. La ciudad del Ebro también se había levantado triste con una noticia que había recorrido en pocas horas todos los rincones de Aragón.

Candela se negó a vestirse de invierno, por frío que hiciese ese primero de junio, y llegó a la capilla con una falda lápiz en gris antracita, una blusa blanca y un tocado sencillo de casquete y red en gris humo y sus salones negros de taconazo. Atravesó el pasillo central, silenciosa, triste, agarrada a la mano de Adela, pero sin denotar abatimiento. Un murmullo sordo recorrió las bancadas. El altar estaba lleno de mudas rosas blancas.

Cuando salieron de la iglesia había empezado a lloviznar. Se subieron al coche sin mirar atrás. Matías conducía. Candela abrió una caja pequeña de nácar, sacó dos medallas idénticas de la Virgen del Pilar. Colocó una en la mano de Adela, cerrando después su puño con un gesto certero que implicaba que le encomendaba su custodia, y se colgó la otra al cuello. En la entrada del templo quedó la multitud, con un millar de paraguas que se abrían al cielo, negros, enlutados, tan tristes como aquella mañana.

En La Piñonera estuvo todo el día la chimenea encendida. Candela se había echado la siesta junto al fuego después de comer la deliciosa y reconstituyente sopa de almendras y pollo que había preparado Adela, como la del día de su boda. Cuando despertó, avivó el fuego que se había consumido y se puso a escribir.

La Piñonera, 1 de junio de 1970

Hoy va a ser el día más triste de mi vida, mamá. Más que cuando se fue el abuelo, pues aún no tenía la madurez de valorar las ausencias. Más que

cuando se fue papá, porque eso supuso nuestras nuevas primaveras. Mucho más que cuando Jacinto no volvió de sus viajes. Si te digo la verdad, fue un respiro. Tú nunca quisiste saber de mi liberación, pero sé que en el fondo me protegías. Lo he notado en cada una de tus regañinas, en las lágrimas que robaste a tu propio dolor para verterlas por todos los míos. ¿Sabes? Nunca he soportado verte llorar, se me hacía un nudo canalla en la garganta que me angustiaba hasta el ahogo.

Jacinto se fue queriendo a otra persona. Vive en París. No he llegado a conocerla, pero intuyo que sufrió más que yo la pérdida. Nunca podré reprocharle nada porque nada sabía de mí. O eso creo. Si no fue así, sentiré sus desvelos, yo solo puedo decir que duermo tranquila porque a nadie hice daño conscientemente. Lo único claro es que su amante y yo fuimos dos seres engañados. Tampoco le reprocho nada a Jacinto, era bueno, aunque no fuese fiel. Era cariñoso, aunque no fuese honesto. Sé que si hubiese sido consciente del dolor que provocaba en nosotras, no lo habría hecho. O quiero pensar que así hubiese sido, ya no lo sé. A veces me inundan las dudas, otras tengo tan claro su calvario que puedo perdonarle todo. De una manera o de otra, mamá, su marcha solo dejó en nuestra casa —nuestra, porque nunca fue suya— un remanso de paz y de libertades. Y yo sé que tú has sabido aceptarlo en silencio todo este tiempo. Siempre noté tu mano, mamá. Siempre.

No sé cómo explicarte el agujero que dejas en mi alma este junio que debía de ser alegre y soleado y se ha vestido de gris, como para despedirte, aunque llevo dentro de mí una bienvenida. Mamá, vas a ser abuela. Con la ilusión que te habría hecho pasar este proceso conmigo. Y sí, no me digas nada, que imagino tu bronca porque voy a ser madre soltera, o viuda, o yo qué sé. Tampoco me preguntes de quién es, es mío, mío, como mi libertad. ¿A que ahora estás sonriendo?

Sé que no hemos tenido nuestros mejores momentos desde que murió Jacinto. Sé también que tus reproches a menudo eran fundados y por mi bien. Pero, mamá, lo que más he admirado de ti siempre es que, a pesar de todo lo que dijese unos y otros, estabas orgullosa de mí.

Seguiremos viviendo, nada se detiene nunca, eso fue lo que me dijiste tú todas las veces que la vida nos puso un muro en el camino. Seguiré, pero sin ti ya nada va a ser igual de dulce, de sencillo y de elegante.

Te quiero, mamá, tanto que hoy el corazón me duele de verdad, físicamente, como si alguien despiadado me lo estuviese apretando con dos manos rudas sin dejarme coger aliento.

Candela se levantó del sofá, cansada, notaba un peso nuevo dentro de ella. En pocas semanas se acabarían de momento los zapatos de tacón. Recordó aquellas tardes de lluvia pegada al escaparate de los zapatos rojos mientras su madre se

probaba dentro los últimos modelitos de don Romualdo. Salió al porche y respiró profundo. Había dejado de llover. Los leones de piedra de la piscina vigilaban en silencio, poderosos. El aire olía a limpio, como había sido siempre la vida de su madre.

Pegó la nariz al cristal lloroso, no había dejado de llover en todo el día, y volvió a quedarse embobada con aquellos zapatos rojos de altísimo tacón que vivían, descarados, en el escaparate de don Romualdo, el modisto de su madre. En él un traje dos piezas de *tweed* en rojo y blanco, un abrigo capa en rojo encendido y un juego de maletas rojas de charol guateado parecían abrirse hueco en la ciudad bajo un cielo plomizo y húmedo, desde ese escaparate lleno de hojas secas de atrezo y piñas de infinidad de tamaños.

Don Romualdo era un tipo amanerado, bajito y rechoncho, calvo y con un bigote grande y grisáceo bajo su portentosa nariz, que parecía una rata agazapada bajo un alero al resguardo de la lluvia. Sus manos eran gordas y peludas, sus pies anchos y cortos. No era precisamente el tipo de hombre que Candela se encontraba en las revistas femeninas que hacía traer de París doña Orosia, pero tenía un gusto impecable para confeccionar todo tipo de prendas con las telas que su madre elegía cada temporada. Era capaz de sacar un vestido de noche de un pequeño retal de lamé o un abrigo impecable de mañana de un tartán escocés que había sobrado de algún patronaje. A doña Orosia siempre se le antojaba aquella tela que ya no existía, el final de un rollo de seda, el último bies de un chantilly. Don Romualdo respiraba como un búfalo, refunfuñaba, se encendía y sudaba desesperado, pero siempre acababa alabando el buen gusto de su clienta y la dulzura con la que le convencía de todos sus caprichos.

—¿Cómo quiere que le haga un vestido de este minúsculo guipur, doña Orosia? Elija usted mejor otro —protestaba gruñón el modisto.

—Me gusta este, es rojo apasionado, los demás están como apagados, como si no sintiesen nada —afirmaba ella.

—Pues con esto es imposible sacarle más allá de un fajín. ¿No se da cuenta? —preguntaba desesperado, haciendo el ademán de intentar estirar entre sus manos el exquisito encaje encendido.

—Entonces hágame un cuerpo palabra de honor con él y una falda larga de mikado de seda del mismo tono y listo —sentenciaba gloriosa mientras don Romualdo dejaba de bufar y se quedaba convencido, pensativo, imaginando el portentoso dos piezas de noche que su clienta acababa de sugerirle.

Cuando doña Orosia salió de la *boutique*, con las dos manos llenas de bolsas y una sombrerera de cartón de rayas grises y rojas, Candela seguía pegada al

cristal, los rizos de su flequillo mojados, la mirada encendida de sueños.

—Hija, se te va a caer la nariz del frío.

—Mamá, yo quiero unos zapatos rojos de tacón.

—Pero si tienes nueve años, cariño, ¿adónde vas a ir con ellos?

—Los podría guardar para cuando cumpla los once. No queda tanto.

—Ah, que con once años ya serás toda una señorita con tacones, ¿no? —Doña Orosia se echó a reír.

—¿No me dijiste que podía pedir lo que quisiese por mi cumpleaños?

—Te lo dije, cariño, te lo dije. Pero me refería a algo que puedas usar ahora, no dentro de cuatro temporadas. ¿Ya no te gustan las manoleínas que vimos el otro día?

—Sí, me gustan, pero prefiero los zapatos de tacón. Te hacen ver el mundo desde el aire.

—¿Y tú cómo lo sabes, niña?

—Porque me subo siempre a los tuyos en casa, mamá, vaya a preguntas.

—Te prometo que antes de lo que crees tendrás tus primeros zapatos de tacón.

—Pues quiero los zapatos rojos del escarpate de don Romualdo. No quiero otros.

—¿Unos zapatos rojos para saltar en los charcos? —preguntó doña Orosia, mirando las botas de su hija, caladas de agua turbia hasta el tobillo.

El chófer de Federico Montalbán cogió todas las bolsas y las colocó alrededor de la sombrerera, ordenadamente, en el maletero. Candela volvió a pegar la nariz al cristal, ahora del coche, mientras este se alejaba de la *boutique* por la calle del Obispo. Soñó despierta que cruzaba esas calles, ya con edad de ruborizar a los muchachos, subida al mundo en sus tacones rojos. Con ellos todos los charcos podían ser menos húmedos. Se imaginó el sonido de sus tacones en los soportales de la plaza de la catedral de Jaca. Las confiteras de Echeto, la pastelería más antigua y exquisita de todo Aragón, pegando sus narices a los cristales, sobre los empiñonados y los jaqueses, para ver cómo atravesaba la ciudad con aquel sonido sobre el adoquinado del suelo. La lluvia languideciendo todo menos sus pisadas.

El cielo rugía sobre el valle, oscuro y amenazador. Las campanas de la catedral se perdían en cada trueno. La gente corría de un lado a otro bajo el aguacero. El chófer frenó al paso de un anciano con dos pavos colgados de un brazo. Doña Orosia suspiró. Candela volvió al presente. Seguía sonriendo pegada a la ventanilla. Desde el lejano escarpate de don Romualdo sus zapatos rojos encendían la tarde empapada.

—*Stop, stop*. Paremos donde esa cruz de piedra. —Sebastián detuvo el coche al grito histérico de su jefa justo cuando llegaban al Alto de Monrepós.

Bárbara y Clotilde bajaron del Rolls, la tarde caía sobre el valle dejando una luz misteriosa, rosada y dulce. El aire olía a limpio, a pinos verdes, a fresco. Desde aquel punto, la vista se perdía en un valle inmenso y frondoso cobijado por montañas y punteado con las luces que ya se encendían en las casitas diseminadas de sus pueblos. Bárbara se acercó al borde de la carretera, se inclinó levemente sobre aquel espectáculo natural y respiró profundamente con los brazos en cruz y los ojos cerrados, como abrazando la vida, hasta que el oxígeno llenó de frescura cada centímetro de su ser.

La cruz de piedra al borde del camino, sin que ellas lo supieran, la había mandado instalar allí Candela Montalbán cuarenta y cinco años atrás, vigilando la vasta e imponente vista, en el mismo kilómetro donde el Morris verde de Jacinto había sido devorado por aquel camión ovejero. Era simple, de granito color crema con vetas ocre, sin inscripciones. Solo en el valle sabían su significado y la autoría de aquel recuerdo, pero algunos viajeros dejaban a sus pies pequeños ramilletes de flores silvestres. Esa tarde descansaban sobre su pedestal tres rosas de color marfil que el calor había arrugado en los extremos de sus pétalos hasta rizarlos.

Bárbara y Clotilde estiraron las piernas unos minutos, pisando con firmeza la verde tierra de su querida amiga, y se sintieron reconfortadas por el perfume de aquel lugar. El silencio hasta sonaba. Antes de volver al coche las dos dibujaron sus labios con el *rouge* de París que tanto les gustaba. Lo hacían excitadas por la cercanía de semejante encuentro.

Pegado a esa imponente cordillera que formaban los Pirineos, el chófer contratado por Marie Lamotté anunciaba a su clienta que en breve llegarían a la finca. El río Gállego, ese mismo que cruzaba el corazón de La Piñonera, ya serpenteaba a ratos junto a la carretera, coqueto y revoltoso, escondiéndose y mostrándose. Marie abrió su bolso y sacó un espejo para comprobar que las lágrimas no le habían estropeado el *eyeliner*. Después se potenció el *rouge* de sus labios. Todo estaba correcto. Todo permanecía en su lugar salvo su corazón, que cabalgaba desde hacía un buen rato según aquel coche iba avanzando y dejando

atrás kilómetros e historias.

Pamela Norton pasó fugaz con su descapotable alquilado cuando coronaba el Alto de Monrepós. La música a todo volumen, cantando a grito pelado bajo el cielo imponente y limpio del Pirineo, una mano al volante y la otra acicalando de *rouge* sus morros, casi a tientas. No quedaba nada para abrazar a sus amigas. Bárbara y Clotilde la observaron pasar, fugaz, se miraron y sonrieron antes de subir de nuevo al coche, Sebastián esperaba paciente, para agotar los últimos kilómetros del camino.

Atrás dejaban las cuatro, por unos días, sus vidas, sus tedios, sus dramas, sus inquietudes, sus aburrimientos. Esa noche empezaba para todas una nueva y excitante andadura. Nada importaba más ese fin de semana que ellas y esa red invisible pero sólida que habían tejido durante años, con cartas, horas de teléfono, muchas risas, algunos llantos e infinidad de confidencias de vida.

El valle, generoso, verde, perfumado, profundo e inmenso, las recibía glorioso.

Olivier Bernard era fuerte y moreno, de ojos profundos y labios pecaminosos. Era de Normandía, pero vivía entre Madrid, donde estudiaba comunicación, y París, donde había crecido y conocido las clandestinas juergas francesas de la moda y a una decena de mujeres de buena casta y liviana conversación. Juillet Montignac era rubio y de rostro delicado, pero alto, fuerte y fibroso. Era de Marsella y vivía en París, donde estudiaba filología española. Olivier y Juillet eran amigos del bar de la universidad, donde jugaban a las cartas y bebían cerveza, y colegas de juergas nocturnas y ligoteo, aunque Olivier siempre supo, sin que su amigo se lo confesase, que no le gustaban las mujeres.

Candela conoció a Bernard en el Louvre, no en el museo, obvio, sino en el piano-bar de uno de los hoteles históricos de la ciudad. Les había presentado Esmeralda, una antigua amiga catalana de su familia, hija del conde de Muspeliú, que años después heredaría como hija única el título y el imperio textil de un padre millonario y roñoso. Eran cada vez más habituales las veces que se escapaba de La Piñonera para salir a cenar con algunos amigos que mantenía en París desde que Jacinto había muerto. Aunque era más que un escape. Significaba salir de ese valle familiar donde los pueblos hablaban de todo y donde su madre se subía por las paredes cada vez que alguien cuestionaba por qué o por qué no una viuda no debía salir a cenar con caballeros que no fuesen de su misma familia. Con la única intención de no incomodar a su madre mientras vivió, más que por unos vecinos que le tocaban la peineta, literalmente, Candela viajaba disimuladamente a París en organizados fines de semana de compras, cenas y alguna fiesta donde bailar un rato y dejarse querer por sus amigos franceses.

El hotel Louvre tenía alfombras rojas mullidas, inmensos y exquisitos *chandeliers* de cristal y unos cócteles a los que Candela se había hecho adicta. De fresas y de moras; de chocolate y pipermin; de granadina, naranja y vodka. La primera vez que se emborrachó con ellos notó cómo los labios de Olivier, tan mullidos o más que las alfombras del Louvre, hacían caracolillos en la rosada piel de su cuello y los ojos se le llenaban de estrellas.

Esmeralda Muspeliú había sido novia de Olivier nada más desembarcar este en

París, con tan solo diecinueve añitos. Por eso, porque sabía perfectamente de sus artes para la seducción, se empeñó en hacerle coincidir con su amiga Candela en un fin de semana de mayo, cuando la ciudad estaba pletórica de luz y de endorfinas sobrevolando el aire.

—Tienes que salir al mundo de una vez, Candela, vente a vivir a París, aquí hay habitaciones de sobra. ¿No te aburres encerrada en La Piñonera? —preguntó Esmeralda con un afectado aire de desidia, mientras se sentaba en una de las butacas Luis XV que flanqueaban la inmensa sala de estar del palacete familiar de la rue Sant Simon, en Saint-Germain-des-Prés.

—Me gusta estar en mi mundo, cuando me aburro ya vengo a París —sentenció Candela con otro gesto afectado, imitando a su amiga y poniendo voz de estar comiendo medio kilo de chicle.

—¿Me estás imitando? —preguntó ofendida la hija del conde.

—¿Yo? No, por Dios. Cómo puedes pensar semejante vulgaridad —se defendió ella mientras se dejaba caer en un sofá de terciopelo azul Prusia y suspiraba con sorna.

—Pues lo parece, querida mía —apostillaba Esmeralda, insertando un cigarrillo largo y fino en una boquilla francesa de marfil.

—No digas tonterías, mujer, estoy de buen humor, eso es todo. ¿No querías que me lo pasase bien y me distrajese? Pues eso hago, amiga. Dame una calada anda, que no sé si me gusta demasiado el sabor, pero me hace sentir masculina.

—¿Ahora te gusta sentirte masculina? —Encendió el cigarrillo y soltó una bocanada que llenó el salón de un humo dulzón y mentolado.

—Me gusta sentirme libre. Estoy hasta ahí... —dudó un segundo antes de soltar su nube de humo— de tener que estar justificando lo que ellos no hacen.

—¿Quiénes son ellos?

—Los hombres, Esmeralda, los hombres.

—Ay, los hombres —suspiró su amiga, levantándose del sofá—. Son tan simples que podemos usarlos a nuestro antojo. ¿No te parece? Mira, Olivier no hace más que preguntarme que si estaría bien que te pidiese relaciones. Para todo lo que hace en su vida, a pesar de que París crea que es un *bon vivant* que pasea resuelto por el mundo, me pide consejo. A veces hasta permiso. ¿No te parece entrañable?

—Entrañable no es precisamente lo que me parece, la verdad. —Soltó Candela el humo de nuevo tosiendo esta vez.

—Aspira con cuidado, niña, o te acabarás ahogando. Hay que hacerlo como si fuese un beso. Suave, dulce y profundamente. Si lo aspiras así, entrará solo y te dará placer.

—¿Sigues hablando del humo? —preguntó Candela con una sonrisa maliciosa, observando el perfil de su amiga, que fumaba ahora apoyada al ventanal observando cómo caía la noche parisina.

—*Évidemment, cher* —respondió sonriendo sin dejar de mirar la calle—. Olivier ya está aquí, en cuanto le digo que has venido cruza la ciudad como un relámpago. Viene corriendo por la acera como un loco. Ay, los hombres — repitió.

—Es ideal —afirmó Candela.

—Me alegro, querida amiga, de que te lo parezca; si le rechazas, le romperás el corazón. En el fondo, lo tiene blando. Demasiado blando.

—¿El corazón? —Candela seguía sonriendo—. Creo que el humo se me ha subido a la cabeza.

—El corazón, claro. ¿Qué si no? Me temo que sí, que se te ha subido a la cabeza el dichoso humo, estás muy tontita —respondió Esmeralda justo cuando Olivier tocaba el timbre.

—¿No le habrás metido nada a este cigarro, no?

—¿Por quién me tomas, querida? —susurró, acercándose a la puerta para recibir a su amigo.

Olivier llegaba sonrojado y con el pelo revuelto.

—Parece como si hubieses venido corriendo. No pensábamos huir, no temas —soltó Esmeralda, ruborizando aún más las mejillas de su exnovio.

—Vine dando un paseo —respondió él, como quitando importancia al sofoco de su piel.

—¿Ahora los paseos te ruborizan los mofletes? Qué cosas.

—Será el frío —replicó Olivier, sonriendo con la mirada a Candela, que se había levantado suave para dejarle en esos mofletes tres besos; los franceses siempre daban tres, dulces y delicados.

—¿Nos vamos a tomar un cóctel? —preguntó Esmeralda, cogiendo su cartera de mano.

Los suelos del palacete, de mármol italiano, formaban un perfecto damero en blanco y negro. Sobre ellos, alfombras gigantes de Pakistán en crudos y beis hacían destacar los rotundos muebles traídos de todo el mundo. Candela miraba con pereza aquella decoración que se le antojaba tan densa como tediosa. Ella adoraba sus sofás crudos y cómodos de La Piñonera, llenos de cojines de algodón donde sumergirse toda la tarde a leer mientras la lluvia empapaba el jardín. Pero reconocía que hospedarse en el palacete de los Muspeliú, cada vez que iba a París, tenía un punto chic que le agradaba. En el pequeño jardín que daba a la calle, una hilera de cipreses cobijaba esculturas romanas de piedra blanca. Uno de aquellos robustos romanos era clavado a Matías, su jardinero. Cada vez que pasaba contenía una carcajada. Adela moriría por tocarle sus partes. Pensó aguantando la risa y tamborileando delicadamente en el pene pétreo de la escultura cuando salían hacia el hotel Louvre.

Adela había dejado toallas limpias con un ramillete de lilas frescas encima de cada una de las camas de las cuatro habitaciones de las invitadas. Cuando llegaron, todas casi a la vez, las acomodó —Candela estaba ya en la ducha— y las dejó refrescarse del viaje y arreglarse con tranquilidad. Habían quedado, dándole emoción al histórico momento, en verse las cinco a la vez bajo el lilo a las nueve de la noche, cuando aún no habría anochecido y el jardín tendría la luz idónea para ese ansiado momento. Tenían casi una hora por delante para estar perfectas y bajar al encuentro del grupo. Todas, como en un ejercicio telepático, habían abierto sus balcones para asomarse sobre el jardín y observar las curiosas lilas azules de julio de las que tanto les hablaba Candela. Su perfume, intenso, dulce, expansivo, era todo un espectáculo.

Clotilde desparramó sobre la cama la ropa de su maleta. Sabía lo que se pondría esa noche, pero quería estar segura de que era lo perfecto. La falda azul tinta de Balenciaga estaba impoluta, así que la separó y la dejó sobre una butaca. La blusa blanca tampoco se había arrugado demasiado, pero Adela insistió en llevársela para darle un repaso. Mientras esperaba, Clotilde sacó una chocolatina del bolso y la devoró.

—Es por no llegar a la mesa con tanta hambre —pensó en voz alta.

Bárbara abrió la ducha y colgó al vapor del agua hirviendo su vestido de muselina en oro. YSL lo habría cosido con mimo, bordando cada cristal, en alguna otra época gloriosa. Lo miró con placer y salió del baño para que el vapor no rizase su melena. Sacó una petaca de su bolso y se puso un whisky solo en el vasito que había sobre la mesilla de noche.

Marie colgó toda su ropa en el armario, no soportaba llegar de viaje y dejar la maleta sin abrir. Fuera, estirado con primor sobre la cama, su Chanel gris humo bordado exquisitamente con cristales dorados. Sacó de su bolso de viaje un esmalte de uñas color guinda y se sentó en un butacón, delante del balcón, a pintarse las de los pies.

Pamela se tumbó en ropa interior sobre la cama con el balcón abierto de par en par. Desde el jardín llegaba el hechizante perfume de las lilas. Sobre una silla, las lentejuelas diminutas de su vestido recto de Lacroix llenaban el techo de estrellas. Sacó de su bolso un lápiz y una libreta de notas, la abrió y se puso a anotar sensaciones y detalles.

Candela estrenaba esa noche un exquisito Dior de ese *New Look* de los cincuenta que tanto adoraba. Una falda negra con volumen y cintura altísima y marcada colgaba en su vestidor al lado de una blusa blanca de mangas abullonadas. En el suelo unos salones de tacón altísimo en rojo cuajados de cristales de colores.

Bajo el lilo ya estaba preparada la mesa. Candela la había montado sobre una alfombra de hojas de hiedra que Adela y ella habían recortado para darle a ese suelo la viveza y el frescor que la ocasión merecía. El mantel arrastraba con delicadeza, las copas verdes portuguesas lo llenaban todo de chispeantes destellos. Los centros de mesa brillaban frescos, preñados de lilas, de hortensias, de rosas rosadas, de ramilletes de eucalipto. El jardín ya estaba encendido, macetas de cristal con velas, antorchas de aceite por todos los rincones. El cielo malva, naranja y rosa untaba los pinos centenarios de La Piñonera con un barniz dulzón que lo inundaba todo. Ese mismo color de tantas tardes en las que ella se bañó desnuda sin saber que un artista la vigilaba.

La vida las reunía esa noche por fin a todas. Candela Montalbán, Clotilde La Mata, Bárbara de Cotagge, Marie Lamotté y Pamela Norton. Las reunía a ellas y a todos sus equipajes de vida.

Antes de que empezase a notársele la barriga, Candela entró un día en la cocina y se sentó en la mesa de madera en la que tantas veces habían charlado Adela y ella de la vida. La chica estaba embadurnada de harina, preparando un bizcocho mientras en el fuego se guisaba un pollo para comer. Candela tamborileó con sus uñas sobre la madera oscura, mirando con cariño a la joven. No se llevaban muchos años, así que estaba segura de que no solo la entendería, sino de que la ayudaría en todo momento según fuese avanzando el embarazo.

—Estoy embarazada de cuatro meses —soltó a bocajarro.

Adela ni se inmutó.

—Lo sé, señora —respondió sin dejar de batir los huevos con el azúcar.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó con tranquila curiosidad—, y no me llames señora, no me gusta. Ahora estamos las dos solas en esta casa, somos como hermanas. —Sonrió.

—Porque ha dejado de usar algunas faldas, porque tiene cara de nueva madre, porque la oigo levantarse a mitad de la noche para abordar la nevera, porque ha dejado de usar compresas hace semanas... Lo descubrí el día que despedimos a su señora madre, que en paz descanse. Noté sus náuseas y el contorno de su falda gris.

—Voy a necesitarte mucho estos meses que vienen. El bebé nacerá, si todo va bien, para final de noviembre.

—Vamos a mimarle mucho, pensaremos los nombres, haremos la canastilla, va a nacer en la mejor casa del mundo, y verá.

Candela se levantó, se abrazó a aquella mujer generosa de alma que se había criado en La Piñonera y rompió a llorar. Adela la acunó y susurró.

—Doña Orosia velará para que todo vaya bien.

El otoño fue frío y ventoso. Candela se pasaba las tardes comiendo castañas asadas delante del fuego y leyendo novelas francesas que compraba en sus viajes a París invitada por Esmeralda Muspeliú. En cuanto la barriga no se pudo ocultar, decidió, para bien y para mal, no esconderla. Y empezó a bajar al pueblo con total naturalidad. Pronto en todo el valle corrió la noticia. Candela Montalbán, la hija de doña Orosia, estaba en estado de buena esperanza. Los

corrillos empezaron a preguntarse quién era el padre.

—Es un señor de París —decían algunas viejas del pueblo.

—Me han dicho en la cantina de la estación que cuando vuelve de Francia le acompaña un hombre muy apuesto hasta Canfranc y desde allí ella termina sola el viaje —aseguró la panadera.

—Pues yo creo que es del valle. A mí me parece que esa barriga tan gorda no la puede hacer un gabacho —sentenció la pescadera, una señora muy descarada y guapa que limpiaba las merluzas con destreza y llevaba los ojos perfilados de negro con precisión como una diva de la Ópera de París.

Las mesas de la comarca ya tenían conversación para especular hasta las Navidades. Candela no se ocultó, se paseó ufana cada vez que quiso, sin poner reparos en saludar afectuosa a la panadera cuando recogía el pan, o en devolverle la falsa sonrisa a la pescadera cuando entraba a pedirle que le preparase cuatro besugos generosos porque tenía gente a cenar.

—¿Tienes invitados, Candela? ¿Del valle? —preguntaba sin dejar de mirarle a los ojos y ante el estupor de Candela, que veía cómo seguía limpiando los besugos casi sin mirar, con aquel cuchillo capaz de rebanar el pescuezo a un gigante.

—¿Eso importa para elegir el pescado? Tenga cuidado con sus dedos, podría dejarse uno de ellos en el intento —soltó con ironía, haciendo enmudecer por primera vez a la pescadera.

El 17 de noviembre de 1970, con una nevada intensa que solo podía presagiar fortunas y bienes, Candela Montalbán dio a luz a una niña preciosa en su habitación de La Piñonera. No había querido ir al hospital, y don Leocadio, su médico de siempre, dos expertas comadronas y la ayuda de Adela habían obrado el milagro de traer al mundo a Orosia Montalbán. Porque en esa casa, a pesar de todo, las mujeres nunca iban a dejar de tener su apellido. Candela rindió así el mejor homenaje a su madre. Tres generaciones de mujeres nacidas en la misma cama, en la misma habitación, en ese caserón que Federico Montalbán había mandado construir años atrás para cobijar a su familia venidera.

El encuentro fue tan hechizante como ese jardín lleno de velas bajo una noche de julio estrellada y tibia. Cinco mujeres llenas de promesas se sentaban por fin a la mesa, juntas. Los abrazos, las risas, los besos sonoros y la emoción lo habían llenado todo. Adela, apoyada en el quicio del portón del porche, se secó dos lágrimas. Veía a Candela en la distancia radiante, feliz, más joven que nunca. Recordó el día en que don Jacinto trajo a la finca el lilo, los hombres en aquel camión, Matías sudando junto a la zanja, el sabor de sus labios en el vaso de agua, las galletas mordidas. Recordó también muchos otros momentos que habían marcado para siempre la historia de sus vidas. El día que don Jacinto no volvió más y aquellos dos agentes de la Guardia Civil les acercaron la desgracia y a la vez, curiosamente, la libertad. La mañana fría de junio en la que despidieron a doña Orosia bajo una lluvia lenta y triste. La noche de nieve en que nació Orosia, el llanto del bebé llenando cada rincón de la casa grande. La mañana suave en la que al amor de sus vidas se le paró el corazón. Todos los grandes momentos de su existencia y de la de Candela se agolpaban ahora en la memoria en esa noche de confidencias en la que ella participaba en alguna medida, en la distancia era testigo mudo y fiel.

Nando había llegado reptando, entre las lavandas, hasta la espalda del lilo, allí donde el jardín se separaba del extenso pinar a través del pabellón de los vestuarios de la piscina y del cuarto de las sorpresas, como él llamaba a esa casita trastero donde se guardaban las colchonetas, los aperos de la piscina, el cloro, los quitamoscas, las pelotas, los viejos juguetes... Si revolvías con esmero, podías encontrar desde juegos de mesa que el tiempo había ido decolorando hasta unos manguitos infantiles de a saber qué niño, pasando por faroles de jardín, libros viejos, alguna revista de otras épocas. Nando bordeó de rodillas todo ese territorio y llegó cerca del lilo cuando las cinco mujeres terminaban ya de cenar y entre vino y vino comenzaban la noche de las confidencias.

Clotilde devoraba aún uno de los últimos pollitos trufados y rellenos sin dejar de gemir. Sus amigas miraban entre risas.

—Es que apenas hemos merendado —exclamó sin soltar el pollo, ante el asombro de Bárbara, que tuvo que toser dos veces antes de que un pedazo de hojaldre se le atragantase.

—Querrás decir que apenas has dejado nada en la merienda, querida. Solo espero que tu falda divina no reviente antes de que termine la noche. Si te viese don Cristóbal Balenciaga, ¡Madre de Dios! —sentenció y todas rieron de nuevo.

Bárbara abrió el fuego de las confesiones.

Bárbara bebió de un único trago su copa de champán antes de comenzar su relato. Notó las burbujas subir hasta el cerebro y llenarle la vista de estrellitas, como una plaga de luciérnagas minando la profundidad de la noche.

—Marcel siempre iba de putas. Hubo un tiempo en que me dolía, lo reconozco, pero llegó un momento en que ya ni pensaba en lo que hacía. Estuvimos los últimos dos años de su vida durmiendo en habitaciones separadas. Me daba asco meterme en la cama con él. No sabéis lo mal que olía cuando llegaba de aquellos burdeles. A sudor, a perfume barato, a rancio. La primera vez que lo hizo fue tan torpe que volvió a casa con el cuello de la camisa lleno de carmín. Las siguientes fue mejorando en sus mentiras, pero como ya ni le tenía en cuenta, pues tampoco necesitaba esforzarse mucho en justificar sus ausencias. La puta que le tumbó —dijo Bárbara con fría sorna mientras Pamela levantaba una ceja horrorizada— me estuvo chantajeando durante años para que le pagase el piso mugriento ese que tenía cerca del Moulin Rouge. Estuve dudando si hacerlo, aunque solo fuese para que me dejase en paz. Pero Clotilde se plantó un día en su casa con un conejo pelado y limpio que había comprado en la carnicería de la esquina y sujetándolo por la cabeza con una mano erguida y firme, se lo puso en la cara a la puta y le dijo: « Soy la tía más hija de puta de todo París, si vuelves a llamar a mi amiga la señora De Cotagge, te dejaré como este conejo, te lo juro. No podrás ni ejercer tu oficio porque no te distinguirás el agujero cuando estés toda pelada como este capullo». Y agitó el bicho sanguinolento e inerte, levantándolo delante de su cara.

—Dios mío —exclamó Pamela horrorizada, con una mueca de entre pavor y asco al imaginar la carne rosada del bicho—. ¿Y qué hizo ella?

—Se meó encima —sentenció Clotilde.

—¿Y qué hiciste con el conejo, querida? —preguntó Marie.

—Guisarlo, ¿qué crees? —respondió Candela, adelantándose.

—Con tomate y tomillo, que marida bien con la caza —añadió Clotilde con una carcajada sonora.

—El caso es que la puta no volvió a molestarme —prosiguió Bárbara— y meses después me dio lástima pensar que a aquella pobre mujer Marcel le habría estado racaneando sus servicios y sin ponerle quién se lo hacía le dejé en su buzón, con su nombre, un sobre con tres mil francos. Semanas después recibí

una carta sin más frases que un « Gracias, señora» y su nombre garabateado en el anverso de una postal del Moulin Rouge. Ese mismo día volví a dormir. Había tenido pesadillas por el remordimiento que me causaba el haber deseado la muerte fulminante de Marcel durante tantos años. Tras aquella postal, nunca más volví a saber de ella. Pero supe que Marcel se merecía haber acabado de manera tan inmundada. Por cabrón.

—Fuiste muy generosa —calificó Marie.

—Fue muy gilipollas, pero una gilipollas con corazón y eso la engrandece —interrumpió Clotilde.

Todas sonrieron asintiendo, la brisa envolvía con el perfume de las lilas la noche tranquila.

—Cuando llamó el notario para abrir el testamento —continuó Bárbara—, me puse los zapatos rojos de tacón que me regaló Clotilde, pensé que Marcel habría ido acumulando una fortuna, pero mi sorpresa fue que gran parte del dinero se había esfumado. Quedaba mucho, sí, pero nada de esa fortuna inmensa que tantos habían imaginado. No sé exactamente, aunque no era complicado de adivinar con la vida disoluta y espléndida que llevaba, adónde fue a parar el resto de los millones de francos que al casarnos había en la vieja cuenta de Credit Suisse. El caso es que dejó el dinero suficiente para hacer una necesaria obra en el piso de la avenue Victoria, adquirir dos docenas de grandes vestidos históricos de la moda internacional que habían pertenecido a algunas divas trasnochadas y montar ese negocio que ahora todas conocéis. Después quedó poco líquido, pero dos buenos pisos parisinos y las ganas de trabajar y de olvidar.

—Y conseguiste que todas nosotras llegásemos a un punto de encuentro a través de tu piso y de la moda. Eso es muy grande —concluyó Candela.

—Trabajar he trabajado mucho, lo sabéis bien. Olvidar no sé. El negocio creció enseguida, gracias a Dios, y Marcel ya solo es una sombra lejana que no he querido olvidar, lo reconozco, pero que ya no me mueve nada por dentro.

—¿Te ha dolido? —preguntó Pamela.

—Me dolía en vida, al principio. Me costaba asimilar que con todo lo que me había idolatrado en los primeros años tuviese la necesidad de irse de putas. Si hubiese tenido una amante elegante y tetona, no me habría dolido tanto, creo. Pero pensar que necesitaba frecuentar a esas zorras de baja estofa y sus vaginas vete a saber en qué estado me hería en lo más íntimo de mi orgullo. No sé, llamadme loca, pero cuando tu rival es una pobre mujer que folla por unos francos para poder alimentarse, la infidelidad se hace más cruda y violenta.

—No estás loca, todo lo contrario —asintió con la cabeza Candela—, cuando un hombre se va porque algo le vuelve loco tiene un sentido, aunque nos rompa por la mitad. Pero cuando lo hace por puro vicio, sin más explicación que el hecho de picotear de aquí y allá, es despreciable y nos hace sentir minúsculas.

—Así es exactamente como me sentí, pequeña, ridícula. Y que medio barrio

supiese de sus correrías mientras yo estaba en la parra me duele más aún. Supongo que sabéis cómo son algunas mujeres con su propio género. Las peores enemigas. Sé que muchas de mis vecinas gozaban cuando alguna de las putas venía con cuentos en busca de algunos cuartos.

—No sabes cómo te entiendo, hija —añadió Clotilde—. Mi marido era igual de egoísta y despreciable.

—Qué asco de hombres —afirmó Bárbara.

—Bueno, queridas, hay hombres y hombres, afortunadamente —resumió Candela—. Si todos los hombres fuesen igual de canallas, el mundo sería un basurero, pero si todos fuesen delicados y encantadores, la vida no nos habría regalado el saber diferenciar un pastel de un estiércol.

—Mira que te pones fina, hija —dijo Clotilde.

—¿Y cómo quieres que lo diga, mujer? —preguntó Candela, dándose cuenta al instante de que a su amiga no había que retarla con esas preguntas.

—Pues mira, un pastel es un pastel y lo otro, eso que tú tan fina llamas estiércol para definir al hijo de su madre que se va de guarras porque se aburre con su mujer es un mojón.

—¿Qué es un mojón? —preguntó Marie con su acento delicado, y todas callaron a la espera de la respuesta de la inconfundible Clotilde.

—Una boñiga muy gorda.

—¿Una *boñinga*? —volvió a preguntar frunciendo el entrecejo.

—Boñiga, se dice boñiga, no *boñinga*. Una superboñiga.

—¿Eso qué es? —Todas esperaban conteniendo la risa.

—Pues una mierda, mujer, enorme y apestosa. Vamos, una mierda grande como una montaña.

Clotilde zanjó su explicación para terminar de limpiar los huesitos de su *coquelet*.

Nando, que llevaba un rato conteniendo la risa, notó cómo un brazo empezaba a dormirsele. Lo estiró sobre la tierra, fresca, y volvió a colocar su cabeza sobre él, sigiloso, intentando que ni un rastro de ruido delatase su cercana presencia.

Clotilde soltó en el plato el último hueso rechupeteado. Se limpió las manos con fingida elegancia dejando en la servilleta un rastro de aceite y miel. Bebió un sorbo y miró a sus amigas.

—A mí sí me dolieron los engaños de Arturo. Todos, desde el primero hasta el último. Pero sabe Dios que no me arrepiento de haber deseado que un día se estrellase con el coche con una de sus fulanas, incluso de haberme planteado cortarle una noche los frenos de su descapotable. —Las chicas guardaban silencio, Nando intentaba controlar ahora la agitación de su respiración—. Pero no lo hice nunca porque sabía que después no me lo perdonaría jamás y que el asunto no me dejaría dormir. Sin embargo, cuando llegué a reconocer el cadáver y la policía francesa me enseñó las fotos del coche, el acantilado por el que cayó, las flores desparramadas entre el amasijo de hierros y la sangre, más que tristeza sentí rabia, dolor, creo que sentí hasta odio. Igual pensáis que soy una hija de puta, pero os juro que nada me pudo doler más que saber que en sus viajes se tiraba a otras. Yo sí dormía con él cada noche, le amaba, le idolatraba. Era un tipo obscuro y pequeñajo, ni siquiera muy apuesto, pero yo le quería y para mí era el tipo más divertido y atractivo del mundo.

—No pensamos eso, querida, creo que te entendemos todas perfectamente —dijo Candela, recorriendo con la mirada toda la mesa mientras sus amigas asentían.

—Bueno, yo me he sentido culpable del odio algún tiempo, aunque nunca quise demostrarlo. Recuerdo que la primera noche, cuando llegué a casa desde Francia, arranqué de los marcos todas sus fotos, vacié sus armarios con furia desparramando toda su ropa por el suelo del vestidor, escupí literalmente en su memoria por haberme traicionado de esa manera. Después de aquella noche, me tocó recomponer la casa porque parecía que había entrado a robar una tribu de salvajes. No podía permitir que nadie viese eso así y antes de que llegase el servicio se quedó todo limpio. Pero las fotos no volvieron a sus marcos. Se quedaron en un cajón de mi cómoda, para siempre. Con ellas, supongo —dijo en bajito y sin levantar la mirada de los huesos rechupeteados del pollo que

quedaban en su plato—, quedaron también todas mis iras, el desamor y mucha nostalgia.

Candela se levantó de su silla justo cuando Clotilde, la grande y divertida Clotilde, con toda su verborrea, su valentía, su ironía y su arrojo, rompía a llorar. Se arrodilló junto a ella y se abrazaron. Pamela limpió una lágrima negra que recorría su mejilla. Bárbara volvió a engullir de un trago una nueva copa de champán, nada le alteraba más en su vida actual que ver llorar a su amiga Clotilde, la indestructible. Y se sirvió una más, ya había perdido la cuenta. Marie deshizo la miga de su pan y empezó a formar bolitas, nerviosa.

—A menudo la gente te juzga por lo que ve —balbuceó Clotilde entre sollozos—. Yo sé que soy muy bruta; mi abuela me decía siempre que comía como un bracero del campo, que nunca había visto a una señora con tanto apetito ni tanta fuerza. Unas Navidades, yo era muy pequeña, nadie se atrevió a matar al pavo que le habían regalado a mi abuelo en su fábrica. Yo me armé de valor, corrí detrás del bicho hasta alcanzarlo y le rompí el pescuezo de un movimiento seco y duro. Oí a mi abuela chillar en el patio. Yo debía de tener seis o siete años. El pavo estuvo coleando unos segundos hasta desplomarse.

—¿Le arrancaste la cabeza al animal?—preguntó Pamela con una mueca de pánico.

—De cuajo —respondió Clotilde ufana—. Desde entonces me llamaban en el pueblo la Matahari. Eso me ha marcado desde niña, porque es cierto que soy así, pero yo me muero por una barra de carmín, unos tacones rojos y un buen bolso. Lo sabéis, ¿no?

—Es evidente, no hay más que ver tu bolso y tus armarios, querida —respondió Bárbara, tomando la voz cantante.

—Juro que no soy bollera. Aunque lo parezca —añadió, poniéndose un poco más de salsa en el plato y untando dos barcos de pan en ella—. ¿Cómo haces esta salsa, Candela? ¡Es la leche!

—Sin prisa y con cariño —respondió la anfitriona.

—Ah, pues como debe hacerse el amor —dijo Bárbara, quitando hierro.

—¡Huy, qué va! Yo prefiero hacerlo salvajemente y en sitios insospechados. Me gustaba cuando —volvió un momento el dolor a su mirada—, cuando Arturo llegaba de viaje y me pillaba en la cocina guisando, me arrancaba la ropa y me tendía sobre la encimera para hacerme el amor con fuerza, era como un caballo desbocado. Bueno, más bien era un mamut salvaje, pero me gustaba que me lo hiciese así, sin pensarlo, soltando sus cosas en el suelo nada más entrar en la cocina y bajándose los pantalones con desmedida urgencia.

—Yo de sitios insospechados sé un rato —dijo Marie con voz pícaro.

—El caso es que un día dejó de hacerlo y mi vida se desmoronó, pero pocos se pararon a echarme un cable, porque me seguían viendo como a la Matahari que arrancó la cabeza al pavo.

—Te entiendo, amiga —dijo Candela, sentándose a su vera—. A menudo nos ven como un día imaginaron y no saben rascar nuestra piel. Pero eso solo implica que se pierden lo maravilloso que todos podemos llegar a ser.

—Muchas veces los demás me ven como el *Titanic*, la insubmersible. Ya veis, la historia nos demuestra que nada es imposible, que nada es infranqueable, que nadie es invencible. Todos tenemos nuestros puntos negros. —Calló un segundo, todas la miraban con hipnótica atención—. Puntos negros no de mierda en la piel, no. —Sonrieron—. Me refiero a puntos débiles, talones de Aquiles, lugares del alma donde a uno le duele un mínimo alfiler cuando le tocan el orgullo.

—¿Le odias? —preguntó bajito Pamela.

—A veces me intento convencer de que ya me es indiferente, aunque en el fondo, muy en el fondo, pero ahí está, sigo sintiendo el estoque que me produjo aquella imagen del accidente en la Costa Azul.

—Cuando te clavan un puñal no dejamos nunca de sentir los perfiles de la herida, por mucho que haya cicatrizado —reflexionó Candela en voz alta.

—Arturo ni siquiera usó un puñal, hundió un estoque en todo el corazón de mi orgullo. Lo hizo sin piedad.

—Bueno, querida, tú sigues aquí, disfrutando de esta salsa exquisita, deja de mojar pan o reventarás, y él está criando malvas en un acantilado francés. Míralo así, seguro que es mucho más gratificante —dijo Bárbara.

—Así es —resolvió Clotilde, hundiendo un trozo de pan del tamaño de un bocadillo de merienda en la salsa untuosa que quedaba en la fuente de los *coquelets*.

Candela volvió a su sitio, la noche levantaba de vez en cuando golpes de brisa preñados del olor de las lilas. Bebió un sorbo generoso de su copa y miró atentamente a su amiga, ya recompuesta, mientras esta se ajustaba obscenamente los pechos en su sujetador y volvía a ser, descarada, la mujer que todas ellas querían que fuera.

—Un día me levanté, menos mal, me puse los tacones rojos y mandé todo a tomar por culo. Era libre y rica. ¿Qué más quería de la vida? —zanjó Clotilde, una vez secas sus lágrimas y llevándose a la boca el trabuco de pan que había rescatado con deseo de la salsa mientras sus amigas explotaban en carcajadas.

Marie había formado un batallón de bolitas con la miga del mollete. Permanecían, en filas de dos como soldados adiestrados, sobre el mantel de hilo que Adela había planchado con mimo de repostera.

—Yo nunca amé a Philippe. Lo reconozco. Me gustó desde el primer día que nos vimos en el palacete de la condesa de Muspeliú, pero amarle, amarle, nunca le amé. La gente confunde la atracción sexual, el morbo y los deseos con el amor de verdad. Yo sé que él ha sido el único hombre que ha estado verdaderamente enamorado de mí y no pude corresponderle en ese aspecto, porque jamás llegue a enamorarme. Eso sí, me volvía loca en la cama.

—Te admiro —interrumpió Pamela—. Yo, cuando me vuelvo loca en la cama, me enamoro al instante. Ojalá supiese separarlo, otro gallo me encantaría —sentenció, en afectado español, provocando la sonrisa de toda la mesa—. ¿De qué os reis? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Es otro gallo cantaría, no encantaría, querida —explicó Candela. Y todas volvieron a sonreír antes de que Marie prosiguiese.

—Creo que nunca llegué a amarle porque Philippe y su madre solo se amaban a ellos mismos. En eso eran un calco. Odio a mi suegra, la odio con todas mis fuerzas. Desde antes de casarnos ha sido una cruz en mi vida. Creo que no he visto nunca una mujer más estirada, gilipollas y desagradable que ella. La primera noche que cené en su casa, toda la plata del mundo expuesta en aquella mesa descomunal, me fichó de arriba abajo antes de sentarnos y, sin mirarme a los ojos, susurró a su hijo: «Cariño, ¿por qué no llevas mañana a Marie de compras? Seguro que le gustan nuestras galerías. No escatimes en gastos, le hace falta un nuevo aire». «Lo haré encantado, mamá», respondió disciplinado Philippe, que antes de llevarle la contraria a su madre era capaz de arrastrarse por un lodazal y dejarse patear en él por todos los caballos de su finca. Y fuimos, claro que fuimos. Yo, que me di cuenta al instante de que lo mejor era hacerse la tonta y dejarse llevar por la tarjeta platino del hijo de aquella imbécil, esperé puntual a la hora convenida en el portal, con zapatos cómodos, dispuesta a no volver a casa sin haber dejado en la tarjeta de crédito de mi futuro marido el mayor agujero de su historia. ¿No querían comprarme el gusto? Pues lo iban a conseguir con creces.

—¿Le arruinaste el día? —preguntó risueña Bárbara.

—Fue un día interesante. Hicimos el amor por primera vez en un probador de las míticas galerías familiares. Si su madre nos hubiese visto por un agujerito, le habría dado un infarto. Y yo habría sido en ese instante la mujer más feliz de todo París. Con ese pensamiento volvimos a casa. Yo plena físicamente. Él con setenta y cinco mil francos menos en su cuenta de crédito.

—¿Te gastaste setenta y cinco mil francos en ropa? —preguntó Pamela escandalizada.

—Y en perfumes, joyas, un abrigo de piel, media docena de pañuelos de Hermès, una bicicleta que nunca usé, un juego de maletas de Vuitton, que viajan conmigo siempre, y unos tacones rojos escandalosamente prohibitivos. No sabéis el placer que fue decirle a mi suegra que había sido maravillosa su generosidad y ver su cara, como de oca con el hígado trufado justo antes de ser asesinada por Navidad.

Todas rieron.

—Nuestra vida fue siempre así —prosiguió—, compras desmesuradas, sexo en lugares públicos, una suegra tocapelotas detrás de nosotros a cada momento. Creo que aquellas ostras me salvaron la vida. No creo, lo sé a ciencia cierta. Y todo gracias a Pura.

—¿Quién es Pura? —preguntaron Bárbara, Pamela y Clotilde casi al unísono.

—Pura era la alergóloga de Philippe. Y su amante eterna. El día que Philippe le dijo que nos casábamos montó en cólera. Ella maquinó su venganza durante semanas. Philippe era alérgico a los frutos secos, a la piña, a los cítricos. Y aunque él nunca lo supo, a las ostras. Se había puesto malísimo con una sola una noche que cenamos en Niza. Pura jamás confesó el resultado de las pruebas que le hicieron, alegando una simple indigestión, y como regalo de cumpleaños mandó un arcón con trescientas ostras gallegas que los invitados disfrutaron con pasión. Y que acabaron con él de manera fulminante.

—¿Cómo supiste lo de las pruebas? —preguntó Pamela, sacando su vena de novelista.

—Pura me escribió meses después y tomamos café. Nos habíamos visto en alguna de las fiestas que frecuentábamos. Era una gallega potente, guapa, fuerte, llena de energía y temperamento. Me fascinó la primera vez que Philippe me la presentó. Iba vestida de negro, con un vestido largo de punto de seda que marcaba la rotundidad de sus curvas. Los labios rojos. La mirada penetrante. Esa otra tarde de cafés y llantos se desangró por completo relatándome el agujero emocional que le había provocado la ruptura. Se había consumido. Nada quedaba de aquella mujer imponente. Sus ojos habían perdido brillo, su cintura era ahora endeble y su sonrisa un charco pisoteado en mitad de la calle. Me confesó que seguía amándole y que aquellas ostras no le dejaban dormir. «Yo le maté, yo le maté, yo le maté», repetía sin dejar de llorar, «y su ausencia me está consumiendo la vida». Puedo oírla sollozar en mi mente todavía.

—¿No has vuelto a verla? —preguntó Candela.

—No desde hace un año. Después de aquella primera cita, nos vimos dos veces más. Ella necesitaba saber de él.

—¿Saber de Philippe? —Pamela no entendía.

—Saber de su historia, de su vida. Le gustaba que le contase cosas de nuestra relación. Le relajaba que le enseñase fotos antiguas de cuando era niño, de la familia, de sus caballos.

—Pues vaya forma más estúpida de mortificarse. No lo entiendo —aseguró Clotilde con voz ronca.

—Hay gente que encuentra la serenidad en los recuerdos; es como si con ellos tapasen todo lo malo que ha tenido un desenlace —intervino Candela.

—Yo prefiero echar las llaves del recuerdo al Sena y seguir adelante sin pensar demasiado, la verdad —apostilló Bárbara.

—Pues ella me pidió algunas fotos, algún recuerdo —prosiguió Marie—, y no pude negarme. Le dejé una cruz que Philippe siempre llevaba en una cadena finita, con un par de medallas. Yo no creo en esas cosas, ella por lo visto sí. Según se la di, se echó a llorar y la besó entre sus manos como un niño besaría y guardaría un preciado tesoro recuperado.

—Sin conocerla me compadezco de ella, tiene que ser una putada vivir con ese cargo de conciencia —dijo Bárbara sin soltar la copa de champán de su mano, que volvía a estar llena de burbujas.

—¿Pobre? —preguntó Clotilde como con un rugido—. Pobres los de Angola, coño. Esta lo que hizo fue cargarse a tu marido, Marie. De pobre no tiene un pelo. Esta es más larga que el hambre.

—Es como una Agustiana de Aragón —apostilló Pamela, quedándose tan ancha. Todas volvieron a romper la noche en carcajadas.

—Agustina, Agustina, que no te enteras, guiri —soltó Clotilde, dándole una sonora palmada en la espalda.

—No he vuelto a comerlas desde que enviudé —terminó Marie mientras las chicas se recomponían y Pamela recuperaba la sonrisa—, pero cada Navidad me dan ganas de mandarle una caja de regalo a mi suegra. Juro que un año de estos lo haré. Lo juro ante vosotras.

Las lágrimas habían dejado hacía rato un surco negro, como una autopista de brea, en la sonrosada piel de Pamela Norton, y ni siquiera había hurgado aún en su propia herida.

—Sigo enamorada de Tom. Ni sé ni quiero evitarlo. El día que salí del campus, tras el funeral, intentando no derramar ni una lágrima que delatase mi hundimiento ante mis alumnos, supe que no podría dejar de quererle mientras viviese. Él sigue siendo todo para mí. No puedo levantarme sin pensar en su olor, en sus sonrisas, en sus desayunos de los domingos. Lo que más me duele es que sé que habría estado toda la vida con él aunque me fuese infiel cada semana. Porque cuando estaba conmigo, cuando no había clases y no existían caprichos por descubrir, era el hombre más cariñoso y atento del mundo. Y el mejor amante. Ese es el Tom del que yo me enamoré. No voy a negar que desde el primer momento supe el tipo de hombre que era. Ligón, infiel, picaflor, seductor... Por eso nunca pude reprocharle del todo cada engaño. Fui yo quien se metió en aquella cueva llena de incertidumbres. Y fui yo también quien no puso límite a sus deslices aguantando esa vida. Tendría que haberle dejado la primera vez que descubrí que Samantha, nuestra alumna más aplicada, se había convertido en su amiga íntima de cabecera. Pero no supe ponerle freno, porque la sola idea de perderle me aterrorizaba. Así que tragué. Tragué hasta cuando le descubrí con el escultural Paul, nuestro alumno más sensible.

—¿Se acostaba asiduamente con hombres? —preguntó Bárbara, levantando una ceja.

—Al menos con Paul, que yo supiese. Hasta ese día que los pillé en los Hamptons nunca tuve la certeza.

—¿Los pillaste fornicando? —volvió a preguntar Bárbara, sin bajar ya la ceja en todo el relato.

—Un viernes de junio, Tom no volvió a comer a casa después de la universidad. Era raro en él no decir adónde iba, aunque fuese mentira. Le llamé varias veces, pero saltó el contestador. Al final de la tarde me telefoneó, se le trababa la lengua. Me dijo que había dejado una nota en mi escritorio. Era cierto, ahí estaba la nota y yo ni la había visto. Tenía un cumpleaños en la playa y como iba a beber se quedaba a dormir en la casita de los Hamptons para no conducir. Yo esa noche salí a cenar con dos amigos de la editorial. Una de ellas acababa de

entregar su segunda novela y la cena se convirtió en una celebración de autoras de sentimientos. Volví a casa achispada de champán y feliz. A la mañana siguiente me levanté contenta, sin prisa, pasé por Dean&Deluca y compré quesos, salmón, beicon, fresas, chocolates y *bagels* recién hechos. Tom adoraba los *bagels* rellenos de queso batido y salmón ahumado. Cuando llegué, la casa estaba en silencio, el porche sembrado de vasos con restos de alcohol, ceniceros llenos de colillas aplastadas, restos de *pizza* en algunos platos sobre la mesa baja. Dentro, el aire estaba viciado. Olía a tabaco y a humo. A humanidad. La chimenea aún estaba caliente, los rescoldos naranjas y vivos. Los pillé durmiendo, abrazados y desnudos, en nuestra habitación, tras una de sus noches de alcohol y sexo. Igual que la noche en la que se ahogó, en brazos de otros, desnudo y borracho.

Pamela se rompió en un llanto desgarrado. Todas corrieron a su silla y juntas formaron un abrazo de equipo, como de amigas fraternales de un campamento.

—Siempre que he estado triste me he puesto unos tacones rojos y he salido por Nueva York a perderme sin rumbo por la ciudad. Me gusta sentarme en mitad de Central Park, o en la ladera del Hudson, aunque la ciudad esté congelada, y observar pasar la vida sin prisa. —Su voz reflejaba más melancolía que tristeza—. Me trae buenos recuerdos. Es curioso, pero no sé pensar en él si no es con buenos recuerdos. Si me siento en Central Park, evoco nuestra imagen bajo el sol tumbados en el suelo verde, con una cesta de emparedados de salmón y bolsas de patatas fritas de cebolla, él tirando frutos secos a las ardillas, yo leyendo con la cabeza en sus piernas, me encantaba el olor de sus vaqueros y su piel, las nubes formando ideas en el cielo azul intenso. Sí, olía bien hasta cuando sudaba. Le olían bien los pies, las axilas, era como un bebé gigante, siempre olía como a bollos dulces. Si me siento en el parque que bordea el río Hudson, le recuerdo sudado pero limpio, sano, sonriente y enérgico, perdiéndose entre los árboles en sus sesiones de *footing* mientras yo le esperaba en un banco leyendo, el tibio sol de invierno dorándolo todo. Me acuerdo de aquellas tardes de invierno cruzando la ciudad sobre la nieve. Y los días de cielos limpios subiendo al Empire State Building, camuflados con los turistas, como si aquella ciudad no fuese la nuestra, comiéndonos a besos desde el mirador del piso 86, observando el horizonte. Hay un pequeño parque cerca de casa, junto al Flatiron Building, al que siempre bajo a leer cuando hace buen tiempo. No hay día que no esté allí y no le imagine aparecer entre los árboles con las manos llenas de revistas, la prensa, flores y golosinas. Le encantaba comprarme los domingos todo lo que me gustaba, invitarme a comida china. Después recorríamos abrazados por la cintura las tiendas cerradas de Madison avenue, nos parábamos en los escaparates, él se miraba y ponía muecas absurdas, como posando, reíamos, comíamos castañas asadas... No concibo los domingos felices sin él. Ni las noches sin que su piel caliente la cama. Odio acostarme con las sábanas frías.

Por más que agito las piernas bajo la manta, como hacía él, no consigo que la cama entre en calor hasta que me quedo dormida. No entiendo las mañanas sin sus mensajitos pegados en la puerta de la nevera. Ya veis, a veces basta un corazón pintado con tu nombre en un trozo de papel pisado por un imán para sonreír cuando vas a sacar la leche del desayuno.

—Tú no podrías ser otra cosa que escritora, querida —dijo Bárbara en un miniparéntesis, quitando hierro al relato de aquella mujer que suplicaba amor por todos los costados.

—Yo no podría ser lo que soy si él no hubiese estado en mi vida. Si escribo, también es por él. Estuve semanas dejando mensajes por la casa en trozos de papel de colores, por si volvía. Debí volverme loca, porque aun sabiendo que no había retorno, soñé durante semanas con que un día aparecería entre los árboles del parque para llevarme a comer a alguno de los chinos del barrio. Otros días, la imagen de Paul enturbiaba por momentos los recuerdos, pero he llegado a borrarlo de mi mente para que no ensuciase nuestros momentos felices. Él me enseñó a no guardar rencor por nada. A no enfadarme. No puedo recordarle enfadado porque nunca lo estaba, ni triste porque nunca fue así. Siempre sonreía, hasta cuando discutíamos. Bueno, si a aquello se le podía llamar discutir, porque Tom no discutía jamás con nadie. Por eso sé que me va a doler siempre.

—Está claro que le sigues queriendo —dijo Marie—. No te sientas mal por ello, es precioso que sigas sintiendo todo eso —añadió con una sonrisa protectora.

—No le quiero, le amo. A pesar de todo, le sigo amando. Creo que le voy a amar hasta que me muera. Quizá después también. —Y el llanto volvió a languidecerla, al tiempo que el *eyeliner* formaba, una vez más esa noche, un surco negro y desolador en sus mejillas nacaradas.

—Hay veces, querida —intervino Candela cuando la mesa volvió a estar recompuesta—, que no se puede dejar de amar, te hagan el daño que te hagan, te amen en la sombra o gritándolo al mundo, incluso te amen o no. El amor a menudo no tiene dos direcciones. Otras veces tiene tantas direcciones que es complicado ubicarlo. Pero sin él no sabemos vivir. Ese es el patrimonio más grande que tenemos.

Clotilde se metió otro bocado de nata para tapar la angustia. Candela abrió una nueva botella de champán con algarabía, mojóndose el cuello con sus gotas animando a la fortuna. Bárbara celebró el festín de las burbujas derramándose media copa con un aplauso casi infantil. Marie se puso en el pelo una de las hortensias que adornaban la mesa. Pamela las miró y sonrió.

Candela abrió su libro rojo, se puso las gafas y empezó a leer.

La Piñonera, 18 de noviembre de 1970

Anoche nació de mi vientre lo más importante de mi vida. No estabas, mamá, pero sentí en cada contracción tu mano sobre mi frente. Adela, don Leocadio y las comadronas me rodearon. Todo fue bien. Se va a llamar Orosia, sé que te habría encantado. Sé también, mamá, que te encantaría haber conocido bien a su padre. Él no es como papá, ni como Jacinto. El día que te fuiste yo ya estaba embarazada, pero no me dio tiempo a contártelo. Aconteció tan rápido que no pude explicarte todo lo que me pasaba por el corazón. No vas a estar para escuchar los rumores del pueblo, desde que supieron que estaba encinta, ya sabes lo antiguo que hablan aquí, habrán corrido ríos de chismes de la panadería al hostel, del hostel a la pescadería y de allí a cada comercio, a cada vecina. Sabe Dios que me importa un bledo lo que piensen y digan, pero tú te habrías puesto mala.

Orosia es preciosa. Tiene los ojos azul grisáceo, los labios gorditos y la nariz chata. Tiene tu piel, tersa, como empolvada de exquisita fragilidad. Adela me está ayudando con los biberones, la niña come como un león. Me he negado a darle el pecho, sé que tú me lo reprocharías, pero ya no tengo edad de permitir que se me descuelguen las tetas. Ya sabes.

Hoy he abierto la caja que me mandaste aquel año, por si un día la necesitaba. He descubierto la Pilarica con lazada de raso y el sonajero de plata que ya cuelgan de la cuna de la niña, los chupetes, los patucos de perlé que tejiste, con todos los conjuntos en blanco y rosa. ¿Y si hubiese nacido niño? Tan segura estabas siempre de todo...

Mamá, hoy empieza de nuevo la vida, esa que parecía que fuese a fugarse del valle cuando te fuiste.

Todas permanecían mudas. Pamela seguía llorando. Bárbara bebiendo para disimular su emoción. Candela se quitó las gafas y las apoyó sobre el libro rojo abierto.

—No sabéis lo que Orosia me recuerda a su padre cada día. En su mirada, en su vitalidad, en su libre independencia. Sé que esa noche de noviembre la nieve trajo a esta casa el equilibrio. Su padre estuvo cerca todo el embarazo. Nadie en el pueblo supo nunca de quién estaba embarazada porque no tuve la necesidad de contarlo. No importaba el modo, el porqué, solo importaba que yo era feliz. Mucho más feliz de lo que había sido en toda mi vida. Creo que infeliz nunca llegué a ser, porque he sido fuerte y dura como los muros de piedra de esta casa, pero hubo un tiempo en que las sonrisas eran escasas. Vivir el sufrimiento continuo de mi madre cuando papá se fugaba con cualquier fulana del valle y tardaba días en volver me dejó marcada en mi infancia. Por eso, cuando se empeñaron en que tenía que casarme con Jacinto Laguarda porque eso, según mi padre, traería la estabilidad afectiva y empresarial a ambas familias tras siglos de disputas de tierras y dominios, supe que mi matrimonio sería un fracaso. Jacinto era guapo y educado, no lo niego, pero no era el hombre con el que yo me hubiese casado, salvo que me hubiese enamorado locamente. Y ese no fue nunca el caso.

Nando respiró hondo. Tenía el cuerpo entumecido y frío, pero no tenía intención de abandonar su escondite, menos ahora que su abuela había abierto el cajón de sus secretos.

—Jacinto y mi padre eran el mismo tipo de hombre. Dos cabrones de manual incapaces de hacer feliz a una mujer porque lo único que les importaba en la vida era mantener su poder adquisitivo y su reconocimiento social.

—Qué asco, Philippe y sus padres eran un calco de eso mismo —interrumpió Marie.

—Así funciona a veces la vida —admitió Candela—. Por un puñado de tierra, por un patrimonio, hay tipos capaces de comprar voluntades y corazones. Yo recuerdo a mi padre con pereza absoluta por cómo trató a mi madre durante décadas, llenándola de joyas y riqueza pero mermándola como mujer. Ni siquiera le odio, porque su talante le hizo tan miserable y pequeño que dejé de perder el tiempo pensando en él. El día que él murió, mi madre se abrió, como una peonía bajo la lluvia de abril, aunque siguiese haciéndose la viuda desolada. Era otra época, yo sabía que no se permitiría la libertad de demostrar al mundo que estaba sana y serena. Pero yo veía el color de su piel, sus curvas lozanas, el brillo de su pelo, antes apagado, cuando salía de la piscina y se quitaba el gorro de baño bajo el sol y la vida brillaba. No voy a olvidar mientras viva cómo me miró compasiva el día que mi padre sentenció en mitad de la cena: « Jacinto Laguarda me ha pedido tu mano y se la he concedido, por supuesto. Va a ser un marido perfecto, hija mía, ya lo verás », antes de engullir una copa colmada de vino.

Todas permanecían mudas. Emocionadas. Expectantes.

—Jacinto y yo apenas nos habíamos metido mano bajo una higuera y nos

habíamos dado cuatro besos en la cantina de la estación alguna de esas tardes de domingo en la que los soldados, libres, bebían cerveza y cantaban marchas que se me antojaban ridículas. Era un tipo muy interesante, intelectual y elegante entre la tosquedad de los soldados, pero de ahí a ser el marido perfecto... Qué ovarios, de ahí a ser simplemente un intento de marido había un trecho. Pero yo sabía que aquella sentencia de papá en mitad de la cena no tenía vuelta atrás, y como ni tenía edad de independizarme, ni intención de llevar al hoyo a mi madre antes de tiempo, acepté, rechistando pero acepté. Bueno, por eso y por la promesa de mi padre de La Piñonera como dote de boda, el baúl de mi memoria se ha forjado desde niña en esta finca. Pero no aceptaba la férrea voluntad de mi padre a cambio de nada. Aceptaba una condena liviana a cambio de un patrimonio histórico que significaba mi vida. Aceptaba sobre todo un mandato de mi padre, pobre desgraciado, a cambio de que el corazón de mi madre sonriese. —Candela bebió agua, respiró y continuó—: La vida, que es mucho más justa de lo que pensamos cuando estamos hundidos, se llevó a mi padre de un derrame fulminante poco tiempo después. Y mi madre se convirtió en la viuda más apuesta e interesante del mundo, aunque su comportamiento social fuese del todo recatado. Ella siempre fue una señora. Yo quería al padre que recuerdo de niña. Al que reconstruyó esta finca familiar con esfuerzo y dedicación. Pero no al que se iba de guarras y dejaba a mi madre vendida a las lenguas del valle, que la idolatraban por su elegancia, pero la respetaban con lástima. Todo el mundo sabía, incluida ella aunque guardase silencio, de las andanzas de mi padre. A ese padre, al codicioso, al egoísta, al infiel, al canalla y al putero, llegué a detestarlo.

—Marcel se habría convertido en eso si no se hubiese muerto sobre la pobre puta, brindo por ellos —exclamó Bárbara, alzando irónica su copa al cielo y bebiéndosela de un solo trago.

—Y en eso se convirtió Jacinto en menor medida. Pero, como nunca le idolatré, no sufrí más de lo necesario. Intuía con quién se relacionaba, intuía lo que hacía en sus escapadas a París, pero reconozco que siempre fue discreto en su vida y conmigo cariñoso, atento y elegante. No tuve que vivir como mi madre, volviendo la cara sin que sus tocados se inmutasen. No tuve que llorar en silencio cuando la noche ralentizaba todo. Simplemente me acostumbré a relajarme y a ser feliz cuando él se ausentaba, a disfrutar de mi casa, de la finca y de las cosas más pequeñas. Aprendí a cultivar las rosas con la ayuda de Matías, a cocinar con los trucos maestros de Adela, a viajar por el mundo con los libros que escondía la biblioteca de este caserón. Aprendí a ser feliz por mí misma. Y aprendí a descubrir París con la misma clandestinidad que lo hacía él. Así, en mis estancias en casa de Esmeralda Muspeliú, antigua amiga de infancia en los veranos del valle, conocí a mis amigos franceses y al dulce y potente Olivier Bernard. Y con él descubrí por primera vez la libertad. También la sexual. Fue el primero, pero no el único. Entonces empecé a vivir.

Candela volvió a ponerse las gafas. El libro rojo esperaba.

La Piñonera, 7 de julio de 1969

Esta noche he dormido fuera de casa. Las sábanas oían a madera y vainilla. El colchón te atrapaba. Hemos cenado foie y quesos franceses comprados en Pau, con pan de pueblo tostado en la chimenea, tomates de huerta y una sopa de cebolla con costra de queso. Creo que nunca me habían hecho la cena con tanto amor. Ni el amor con tanta laboriosidad. Es verano pero no hace calor. He estrenado el déshabillé negro que compré en París con aquellas zapatillas de pompón de pluma que a Esmeralda le parecían de madame de burdel fino. Pues a mí me gustan.

Cuando volvía a casa, amaneciendo, me he tirado al agua desnuda desde uno de mis leones de piedra de la piscina. Adela a esa hora aún no se ha levantado y La Piñonera permanece serena, sin prisas. Me gusta la sensación de nadar en libertad, como los peces, sin más piel que la mía. Esa que hoy me han recorrido con las manos y la lengua hasta sentir que quemaba.

Me he pasado la mañana en la cama. Leyendo, vagueando, escuchando con placer los sonidos de La Piñonera a través de los balcones abiertos, a Matías arreglando la piscina, peinando la gravilla del camino, a Adela limpiando el polvo y trasteando por la cocina. Han hecho pollo y pimientos asados, a mediodía llegaba el olor hasta mi habitación. Adela ha entrado dos veces, pero me he hecho la dormida para que no me dé la tabarra y seguir hasta la hora de comer en la cama.

Ha debido de venir el huevero porque he oído a Matías salir a la puerta pequeña, bordeando el porche, y silbar a Adela desde allí. Lo hace cuando necesita que saquen la cesta de los huevos. Es curioso el lenguaje con el que se hablan los dos. Al momento Adela clavaba las puntillas de los pies por la gravilla del camino, con la cesta en una mano y canturreando.

También ha venido el camión del vivero, su afónico claxon ha espantado a los mirlos del lilo. He oído el revoloteo. Eso es que traen las margaritas que Matías distribuye cada verano por las copas de piedra que bordean el camino que atraviesa el pinar, hasta la cancela grande de la carretera.

No hace excesivo calor, pero yo sigo acalorada pensando en la noche y en cuántos días tendrán que pasar para que vuelva a tenerle. Dos, tres, un mes quizá... Solo quiero que pase pronto y que la vida no se detenga en este instante de felicidad, quiero vivirla así siempre, como si estuviese borracha, como si nada más importase ya que ver las estrellas desde una cama mullida que huele a madera y vainilla.

No había levantado la vista del libro rojo cuando Bárbara y Clotilde ya la estaban asediando a preguntas, excitadas. Candela sonreía. Nando permanecía inmóvil, sonrojado, detrás del seto.

—¿Quién era, por Dios? ¿Quién?—gritó Clotilde.

—El hombre que más me ha querido nunca —sentenció Candela, encendiendo una de las velas de la mesa, que la brisa sigilosa había apagado.

Juillet Montignac tocó el timbre de La Piñonera una mañana calurosa de agosto de 1969 sin avisar de su viaje. Candela y él habían fraguado ese verano una amistad sólida y cómplice a la que el joven estudiante se aferró sin saber cómo contarle un secreto que no le dejaba dormir. Llevaban tan solo un par de semanas sin verse y cuando Adela anunció que la persona que llamaba a la puerta era él, Candela bajó corriendo las escaleras de la casa grande para salir al jardín y avanzar a toda velocidad por el camino de gravilla hasta su encuentro, en mitad del pinar.

—¿Qué haces aquí? ¡Qué alegría! —Candela le besuqueaba las mejillas, apartándole con las manos el flequillo rubio de la cara.

—Quería verte. Tengo que hablar contigo. Lo necesito —susurró Juillet sin dejar de sonreír, nervioso, como un niño excitado por su primer día de colegio.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, notando el vértigo en los ojos de su amigo.

—Llevo días sin poder dormir, Candela, sin saber cómo contarte una cosa.

Candela sonrió, le invitó a sentarse en uno de los bancos que había en el camino del pinar y lo besó en la frente. Adela preparaba junto a la piscina, a lo lejos, un aperitivo de cervezas frías y encurtidos. Nada le gustaba más a Candela con el calor que darse un baño y sentarse a la sombra del lilo con una cerveza helada y los vinagrillos, como ella decía, que componían los pepinillos, las cebolletas, las berenjenas aliñadas, las zanahorias en rodajas y los ajos limpios conservados en vinagre, las guindillas y todo tipo de aceitunas amargas.

—Sé lo que te ocurre. No tienes que pasar el trago de contármelo —dijo protectora, cogiéndole una mano.

—No puedes saberlo, no se lo he contado nunca a Olivier, ni a Esmeralda. No lo sabe nadie —explicó nervioso, mirando al suelo y dibujando círculos con el zapato en la tierra, seca y dura en los días de verano.

—Juillet sé cómo miras a algunos chicos, no tienes nada que explicarme, nada. Me parece maravilloso y pienso apoyarte siempre que me necesites. Lo sabes, ¿no? —preguntó segura.

—No lo entiendes, Candela, no es eso —terminó de decir, rompiendo a llorar.

—¿Entonces, qué es? —preguntó, perdida, abrazando a su amigo sin saber muy bien qué le pasaba. Era cierto que en las últimas semanas había estado raro, a veces incluso esquivo, pero no le había dado importancia. Todo el mundo tiene

esos días raros en los que se cuestiona su vida, sus problemas y sus decisiones, pensó.

—Estoy agobiado —confesó él entre sollozos.

—Pero seguro que todo tiene un origen y un final, Juliet, no hay nada tan tan grave como para que no podamos contarlo. Nada hay más grave que la muerte, y aun así podemos contarles a otros cómo nos sentimos cuando alguien muere. ¿No? Que yo sepa nadie se te ha muerto, o sea que es menos grave de lo que crees, seguro —dijo Candela sin dejar de acunarle, como si fuese un bebé, contra su escote.

—La muerte ronda mi agobio —sentenció.

—Pues dime qué te pasa y podré ayudarte. Si no hablas, mal lo llevamos. — Se puso seria Candela obligándole a incorporarse y a que empezase a contar de una vez qué era aquello que tanto le angustiaba. Candela siempre cogía al toro por los cuernos, incluso aunque algunos toros le hiciesen que le temblasen hasta las canillas del miedo—. Ya estoy de vuelta en el camino de los miedos, hijo, suelta de una vez lo que sea, que me estás poniendo de los nervios.

Juliet respiró hondo, tomó aire y se desnudó el alma.

—Recuerdas que un día hablamos de las personas que perdemos en la vida. —Hizo un silencio breve—. Yo te conté que alguien había dejado de llamarme y que nunca más supe de su existencia. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues aunque todos creéis que aquello pasó, que mi corazón había olvidado, siempre he tenido un dolor ahí metido —dijo, llevándose la mano al corazón—. Por tanto tiempo de silencio.

—Igual ha llegado el momento de sacar esa aguja que te está pinchando. Hay un momento para todo en la vida, amigo, hasta para desprenderse del dolor, hazme caso, sé de lo que hablo. —Candela hablaba firme.

—No sé, me cuesta comprender que a veces la gente se va, aunque haya prometido que te ama, y que no vuelvas a saber de su existencia. Me cuesta creer que alguien que me trataba como si yo fuese lo único en el mundo un día se quede mudo para siempre y pueda seguir durmiendo sin que el corazón le corte hasta la respiración. Me cuesta la vida pensar en esos días en los que tanto nos quisimos.

—Era un hombre y no una mujer, ¿verdad? —Candela sonreía sin soltarle la mano, dibujando su piel con caricias protectoras.

—Claro que era un hombre. El hombre al que más he querido en mi vida y del que llevo enamorado, callado, durante todo este tiempo de silencio absoluto. Era mi novio, mi amigo, mi amante. Era mi vida, Candela, mi vida. —Las lágrimas volvieron a bañar sus mejillas.

—Todo pasa, Juliet, todo pasa siempre, es cuestión de tiempo. Te lo prometo.

Candela le cogió la cabeza y le acurrucó en su regazo, meciéndole, notando

cómo sus lágrimas tibias le empapaban el ligero vestido de algodón. Adela hizo un gesto a lo lejos como anunciando que el aperitivo estaba listo.

—Hasta esta semana he creído que se llamaba Gabriel, así estuve llamándole durante todo el tiempo que compartimos mi pequeño apartamento de París. Él nunca me dijo nada de su vida, únicamente que tenía un negocio en España que le hacía viajar entre París y Madrid y que le reportaba mucho dinero. Eso era evidente, porque jamás escatimaba en gastos, en cenas, en regalos, en la ropa que llenaba sus maletas. Yo le quise sin necesidad de saber más de él que lo que quiso contarme. No me importaba quién era, ni por qué no le gustaba hablar de su familia.

—Hay gente que vive escondida del mundo, muchas veces solo ellos saben el motivo. De eso también estoy de vuelta, Juillet. Así es la vida. —Candela le pasó una mano por la cara, él asintió.

—Nunca le reproché los días de ausencia, ni siquiera los olvidos cuando llegaron mi cumpleaños o mi santo. Siempre regresaba con una sonrisa y un regalo y me llenaba de besos.

—¿Has llegado a saber por qué se fue?

—No lo he sabido hasta hace unos días, por pura casualidad. Olivier buscaba tabaco por los cajones del palacete de Muspeliú. Esmeralda dio una pequeña fiesta improvisada, sus padres no estaban, y ya sabes cómo es Olivier cuando se queda sin tabaco.

—Lo sé, lo sé. Y sabía de la fiesta, me llamó Esmeralda, pero me dio pereza ir, así de repente; no estamos al lado. Bueno, ¿y qué pasó?

—Pues que Olivier revolvió todo lo que pudo y más hasta encontrar unos puritos.

—¿Y qué tiene que ver eso con Gabriel, o cómo quiera que se llame?

—Olivier encontró algunas fotos familiares, de viejas Navidades, de algunas bodas... En una de ellas estaba él.

—¿Tu Gabriel? —Candela no entendía nada.

—Así descubrí que todo era una mentira. No se llamaba así, estaba casado. Falleció hace un año en un accidente de tráfico.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Candela, reprimiendo un escalofrío.

—Jacinto Laguerta —gritó Juillet incorporándose y mirando a su amiga con los ojos llenos de tristeza—. Tu Jacinto.

Candela le abrazó más fuerte y lloraron los dos todas las lágrimas que ella había reprimido durante todo ese último año de su vida.

Clotilde pidió que le pasaran las piruletas de chocolate cuando todas seguían absortas, escuchando atentas la lectura del libro rojo, que Candela mantenía abierto.

—¿Cómo puedes tener hambre aún, querida? —preguntó Bárbara sin mirar sus ojos de gula y acercándole la copa con las piruletas.

—Es ansiedad, hija, no hambre, ¿qué quieres que tenga en este momento con lo que estamos escuchando? —preguntó con ironía antes de que Candela prosiguiese leyendo en voz alta.

... así descubrimos Juliet y yo ayer que Jacinto nos había estado engañando a los dos durante su último año y medio de vida. Quizá solo se engañaba a sí mismo, pero todo ese dolor lo sufrimos los demás. Jacinto siempre vivió así, egoístamente y a escondidas. Pobre.

—Así es la vida, Jacinto era una pura mentira y nunca lo supimos a ciencia cierta. Entonces entendí el empeño de los Laguarda en casar a su hijo en un matrimonio de conveniencia, dejando a fondo perdido parte de sus tierras familiares y toda una vida. El señor Laguarda, un político conservador a ultranza y reconocido en las Cortes de Aragón, no compraba mi juventud para su hijo, compraba una tapadera perfecta para cerrar un pozo que le traía por la calle de la más absoluta de las amarguras. —Candela hablaba con rotundidad, sin dolor.

—¿Nunca imaginaste que tu marido era mariquita? —preguntó Bárbara.

—Reconozco que llegué a dudar de su hombría muchas veces, con motivos tan banales como que su ropa ocupaba más que la mía en los armarios y se pasaba horas limpiando su interminable colección de zapatos, pero nunca fue más que un pensamiento fugaz. Nunca intuí que mi madre podía estar enterada de todo ese acuerdo clandestino al que Laguarda y mi padre habrían llegado en secreto y que implicaba, aunque no hubiese un duro en metal de por medio, la mayor transacción económica entre terratenientes que hubiese conocido el valle. Tengo que reconocer que saber ahora esto me libera del peso de no haber derramado ni media lágrima cuando se murió. Supongo que en la vida todo pasa por algo, nada está colocado al azar. —Candela volvió a detenerse escuchando los

gemidos de placer de Clotilde mientras devoraba otra piruleta.

—¿Qué coño lleva este chocolate, amiga, que pica y me vuelve loca? —preguntó a dos carrillos, como los niños.

—Guindilla seca mexicana. Es adictiva —anunció Candela y volvió a posar sus ojos sobre las letras de su libro.

—Sigue Candela, por favor, nos tienes en ascuas —suplicó Pamela.

Esta tarde he descubierto que el jardinero me ha retratado desnuda en mis baños tardíos. Bueno, a mí y a su colección de amantes. ¿Será verdad todo eso que siempre se ha rumoreado en el valle? Tengo que reconocer que el saber que me vigila me ha provocado un dulce escalofrío. Madre mía, si Adela se enterase de que he entrado ahí, se pondría en jarras a echarme la bronca. Me recordaría todos esos rollos que me echa mamá cuando hago algo que se supone reprochable. Sé que ninguno lo entenderíais, pero a mí me despierta ternura que un tipo tan rudo y tan callado se tome la paciencia de observarme sin decir nada y de retratarme. Los cuadros de la cabaña son increíbles. He creído distinguir al menos media docena de mujeres distintas. Sin ropa, al final, casi todas somos iguales.

Sé que he hecho mal, pero no he podido resistirme a curiosear las estanterías. Estaban llenas de cajas, de botellas, de tarros con flores y con piedras. Me gustan las personas que meten pequeñas cosas en botes de cristal, es como intentar capturar momentos de vida para que nunca se fuguen de la memoria. Recuerdo de niña cuando llenaba los botes de la mermelada con la arena de la playa. Si en invierno abríais esos botes, el olor del mar te invadía por completo aunque estuvieses a miles de kilómetros de él. O al menos eso creía. En alguna caja del desván están todos aquellos frascos llenos de arenas de cientos de sitios. A algunos no he vuelto nunca, pero de alguna manera su recuerdo se ha quedado retenido en esos tarros. Ahora sé que Matías también tiene esa manía de capturar momentos de vida y retenerlos para siempre en recipientes de cristal.

Matías colecciona, además, botellas de colores. En algunas había un rulito de papel, supongo que con mensajes por descifrar. He estado a punto de leerlos, pero algo me ha estremecido y he salido sigilosa de la cabaña. No sé si ha sido un ruido, un sobresalto o mi simple conciencia. ¿Qué dirán todos esos mensajes embotellados?

Adela está obsesionada con Matías, lo ha estado siempre. Es increíble cómo se le enciende la piel cada vez que le ve en el jardín a menos de cinco metros. Me gustaría poder compartir con ella los tesoros que guarda la cabaña, hablarle de todo lo que he visto, preguntarle qué le parece que me haya pintado en secreto. Pero temo que si lo hago, se enfade o se sienta molesta.

—Un tipo que guarda cosas tan bonitas en tarros o es marica o es el hombre perfecto. ¿No os parece? —preguntó Marie.

—Marica no sé, pero curioso es un rato —dijo Clotilde—. Este no habría podido ser amigo de mi marido, habría huido según le viese meter media concha de la playa en un tarro, por miedo a que le echase un conjuro y le convirtiese en bujarrón.

—Qué bruta eres, Clotilde, mujer —interrumpió Pamela.

—Es que él era así, no sabéis el miedo que tenía a los homosexuales. Yo creo que se pensaba que se pegaba, como si fuese un virus de la gripe. Una noche, en el casino de Montecarlo, se nos acercó un tipo muy arreglado, muy peinado, preguntando dónde me había comprado los zapatos de tacón que llevaba. Arturo le contestó con un empujón tan violento que se armó la marimorena. El tipo emperifollado sonrió y me guiñó un ojo cuando le susurré en la distancia que eran de Roger Vivier.

Todas rieron, Candela prosiguió:

He llegado a París esta tarde, como haría Matías, con un pequeño tarro de cristal lleno de esa canela en rama que trajo alguien de algún viaje y que huele distinta a todo. Esta noche Esmeralda da una fiesta de las suyas y me ha pedido la canela para sus cóteles letales. Con dos o tres de los suyos es capaz de tumbar a un gorila. Me excita el olor de la canela. Olivier también. Cuando le veo remangarse la camisa, mojarse el pelo y llenarse las manos de brillantina para moldearse el flequillo, me dan ganas de tirarme a sus pies y suplicarle que me haga el amor salvajemente encima del lavabo. Él debe de sentir algo parecido, porque le veo mirarme con ojos de cordero cuando me desabrocho un par de botones de la blusa y cómo rompe a sudar cada vez que digo que la piel me arde del calor que hace siempre en el palacete de los Muspeliú. Mucha alfombra paquistaní, mucho mueble Luis XV, pero aquí la frescura brilla por su ausencia. Me paso el día sofocada. ¿Será la viudedad como la menopausia?

—Tú lo que necesitabas, hija, era un polvo bien echado cuando se murió el bujarra de tu Jacinto —gritó Clotilde, soltando una carcajada teatral.

—¿Tú te entrenas para ser tan bestia? —preguntó Bárbara mientras todas volvían a reír.

—No sabéis cómo lo necesité durante mucho tiempo —exclamó Candela antes de continuar. Nando se tapó la boca bajo las lavandas para no gritar.

Si Olivier tuviese la misma sensibilidad que Matías, sería el hombre perfecto para ser el padre de mis futuros hijos. Pero claro, vete ahora a pedirle al

destino el hombre perfecto, tal y como está el mundo.

Creo que la canela, sin necesidad de beberme más de dos cócteles de Esmeralda, hizo anoche su efecto. No sé qué ha pasado, pero he despertado desnuda acurrucada al cuerpo caliente y velludo de Olivier. Él olía a diablo tras una noche de tabaco y alcohol, pero no me ha resultado desagradable. Es curioso. Me debo de estar haciendo muy vieja, porque he perdido muchas de las manías que tenía cuando Jacinto vivía. Ya no me disgusta el olor de tabaco, ni de algunas pieles, ni siquiera los besos con sabor a alcohol. Eso es lo único que recuerdo de anoche, los besos borrachos de Olivier. Su lengua seductora dentro de mi boca, sus miradas, sus mordiscos en mi oreja. Allí debí perderme porque no recuerdo mucho más. O lo que recuerdo me da vergüenza hasta escribirlo. Puede ser.

Mi ropa interior estaba en un rincón, tan lejos de la cama que me daba miedo salir a por ella y que Olivier despertase y me encontrase desnuda, indefensa, en mitad de la habitación con toda la luz de París entrando por el balcón y potenciando los contornos de mi piel. Le he escuchado roncar durante casi una hora. Al final me he decidido y he salido sigilosa de la cama hasta la puerta del baño. He cerrado con cuidado y me he metido en la ducha. Cuando estaba aclarándome el pelo, los ojos cerrados, el agua caliente reconfortando la piel tras una noche de excesos, he notado a Olivier en mi espalda. Desnudo. Pegando su pene a mi piel erizada. Me ha dado la vuelta y ha vuelto a besarme como anoche, pero con los ojos abiertos. Y hemos hecho el amor de pie, bajo el agua, con mordiscos y miradas. Frente a frente. Esta vez sí me acuerdo de todo.

Olivier es muy guapo, lo reconozco. Me gusta su pelo indomable cayéndole por la cara y tapándole los ojos. Me gusta su boca, sus labios gorditos y rosados. Me encantan sus manos grandes y cuidadas. Me gustan sus ojos profundos e inquietos que todo lo inspeccionan con atrevimiento. Siempre me ha gustado observarle en las fiestas de sociedad porque es un caballero. Canalla, pero muy caballero. Le gusta rondar a las mujeres y mirarlas. Siempre está dispuesto a servir un cóctel, a tender una sonrisa cuando alguien está mustio, a robar un cigarrillo para una dama solitaria en la terraza. Es experto en aprovechar los rincones en penumbra de cualquier jardín, con la excusa de echar un pitillo, para embelesar a sus presas con dulzura. Tiene buena conversación. Tiene buen porte. Tiene un desnudo de infarto.

—Sí, el rabo también lo tenía de infarto, lo digo antes de que Clotilde se adelante como una loca —soltó Candela a bocajarro, interrumpiendo un segundo la lectura.

—¡Qué gusto! —exclamó Clotilde, entornando los ojos.

—¡Qué bueno! —soltó con finura Pamela.

—¡Qué interesante! —sugirió Marie.

—¡Qué menos! —apostilló Bárbara.

Estoy volviendo en tren desde París. Hace frío. La noche ha cubierto ya el paisaje y no se ve nada por las ventanas de mi compartimento. Es extraño, siempre vengo a París con ganas de salir de la rutina, y cuando hago el viaje de vuelta, estoy deseando llegar a La Piñonera y perderme por el pinar. Seguro que Adela habrá preparado tortilla de patatas y pan de tomate y cominos para el desayuno. Me conoce tan bien que sabe leerme el pensamiento aunque esté a mil kilómetros de casa.

¿Qué habrá hecho Matías estos días? ¿Habrá pintado?

La primera vez que Candela entró en aquella cabaña, sigilosa, la vida se redujo de golpe a ese espacio, no había nada más allí fuera. Sobre un caballete, junto a una caja abierta de óleos y botes llenos de pinceles y paletas, bajo un intenso olor a aguarrás, a aceites, a pintura fresca, un lienzo sin terminar mostraba su cuerpo desnudo, de espaldas, las manos haciendo en su pelo una cola de caballo. Era ella al borde de su piscina. Sintió un calambre de placer que le recorrió las entrañas. Ese día que descubrió que Matías la observaba en silencio y que la adoraba tanto como para haberla pintado, llena de etérea belleza, supo que la vida siempre tenía guardada en un cajón secreto las llaves de la felicidad.

La felicidad no era casarse joven con un hombre elegante y guapo. Ni era tener una casa inmensa llena de habitaciones que pocas veces se utilizaban. Ni siquiera era saber que durante toda la vida no tendría que hacer nada salvo vivir, porque el destino le había regalado una familia portentosa y acaudalada. La felicidad, de repente, era saber que en el fondo de un jardín un humilde hombre la dibujaba en silencio. Era beber a morro de una botella tras un baño desnuda en un jardín sombreado. Era dormitar bajo el lilo buceando en las vidas de otros a través de un libro. Era saber que el amor no se captura en una pomposa invitación nupcial, sino en los besos robados en la adolescencia tras un seto de lavandas. Eran todas esas cosas cotidianas y dulces que hacían que la vida siempre pareciese sencilla.

Candela se sentó en un diván, supuso que el mismo en el que posaban sus nalgas aquellas mujeres que según los chismorreos habían pasado por sus manos, sus pinceles y su cama, y se recreó en observar cada lienzo, cada cuerpo desnudo. El suyo, con esa luz que la tarde pintaba en la piscina bajo el lilo, era el más sugerente, el menos burdo. Era azulado y limpio, con toques de un cielo rosado y dulce y un agua marina y profunda. Los leones de piedra de la piscina se mostraban protectores y regios. El lilo, preñado de flores como racimos de uva, era tan palpable que casi pudo oler las lilas a través del empaste de los óleos. Su piel era tersa, sonrosada. Su pelo un grito de libertades que caía en una cola entre sus manos y sus hombros. Se detuvo en observar cada detalle. La piel de su espalda tenía dibujados hasta los más pequeños lunares. ¿Cómo era posible que Matías supiese en la distancia dónde los tenía?, se preguntó. Sintió un escalofrío, pero no fue de miedo, a pesar de saberse escrutada hasta ese extremo. Si su

madre supiese esos detalles, la habría obligado a bajar hasta el cuartelillo de la Guardia Civil y poner cartas en el asunto, estaba convencida. Pero nada había en Matías que pudiese alterar su tranquilidad. Saber que estaba tan cerca, al otro lado del río, le provocaba seguridad, serenidad y un profundo placer que era difícil de explicar sin palabras ni gestos.

A la altura de la nuca, pegado al pelo de su cola de caballo, Matías había dibujado un minúsculo y exquisito pétalo de lila, azul intenso. Parecía como si todo su mundo, también para él, hubiese quedado encerrado para la eternidad en este jardín y en ese lilo. Le pareció sencillamente maravilloso. Lloró pensando en ello y entre lágrimas y ensoñaciones, casi sin quererlo, se quedó dormida. Cuando despertó ya había anochecido.

Se hubiese quedado allí toda la noche, pero no quiso que Matías la sorprendiese en ese atraco sentimental a su intimidad, y descalza, sigilosa, salió de la cabaña dejando la puerta entornada, como se la había encontrado. Deshizo el camino, con pasos saltarines como de niña a quien el guapo de clase le hubiese robado un beso antes de salir del colegio, cruzó el puente y llegó a la casa grande, borracha de felicidad, sin poder borrar de su rostro una sonrisa plena y de su mente un decorado que le aceleraba el corazón. La casa guardaba tranquilidad. Las flores llenaban la penumbra de un intenso perfume dulzón que penetraba hasta la piel. Fuera, el jardín dormía en silencio. Se sirvió un vino y se sentó en el porche, con una manta ligera, a ordenar en su cabeza todo lo que esa noche había visto. En las estanterías de Matías había botes de metal con flores japonesas, antiguos libros de viajes, de historias, de miles de literaturas. Una de las baldas estaba llena de jarrones de cristal tallado, botellas de todas las formas y colores, algunas con tapones de corcho, otras desnudas, muchas de ellas con un papelito dentro. Otro de los estantes tenía discos de jazz, ópera, todas las grandes arias de Maria Callas, y junto a ellos cajas de madera con pipas y tabaco fresco, tarros de cristal con piedras, con arenas, con flores secas. En la zona más alta del mueble media docena de atillos de rosas dormían colgadas boca abajo, atadas con pequeños lazos de esparto. Imaginó cada viaje, el lugar del que llegarían esas botellas, los tarros de cristal, las cajitas de madera pintadas con flores y pájaros de mil colores.

Candela se despertó de madrugada con los pies fríos. Las noches en el valle nunca eran calurosas ni en pleno verano. La manta se había escurrido hasta el suelo, quedándose ahí, abullonada, sobre las inmensas losas de pizarra gorda que tantos años atrás había hecho cortar en grandes lajas Federico Montalbán para forrar terrazas, porches y caminos. Se levantó, bostezó, recogió la manta y la copa vacía con los restos granates del vino y entró en la casa antes de echar un vistazo hacia la cabaña, en la profundidad del pinar. Ahora una luz brillaba en una de sus ventanas. Matías ya estaba en casa. Habría vuelto del pueblo casi con el amanecer. No podría explicar por qué, pero saber que estaba allí la hacía dormir

a pierna suelta, tranquila, protegida de todo mal. El agua de la piscina parecía un espejo, lisa, inmóvil. Un búho rompía de cuando en cuando, desde el corazón de La Piñonera, la serenidad del amanecer. Recordó la primera vez que pisó aquel pinar sola; fue cuando se enamoró del primer chaval y necesitó esconderse para leer las notas de amor que le tiraba con una pinza por encima de la tapia. Ya era adolescente, de niña nunca se atrevió a recorrer sus caminos, le daban pánico. Entonces no había un Matías viviendo en la cabaña y el pinar era más oscuro e incierto.

—¿Qué hace en el porche a estas horas? —La voz tajante de Adela la sobresaltó, la copa cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos contra la negra pizarra.

—Adela, por Dios, ¿es necesario que me des estos sustos? —preguntó, recobrando la respiración.

—Lo siento, es que no sé qué hace aquí tan temprano —dijo, justificándose—. Y no se mueva o se cortará, qué manía tiene de ir descalza por todas partes —añadió, desapareciendo unos segundos antes de regresar con una escoba y una pala de aluminio, tan antigua como ese caserón.

—¿Y tú qué haces despierta a estas horas? ¿Necesitas poner los azulejos de la cocina o qué? —preguntó Candela con ironía.

—Es viernes de final de mes —dijo ella sin inmutarse.

—¿Y? —Candela miraba pasmada.

—Pues que los viernes de final de mes vienen los cristaleros y hay que quitar las cortinas —respondió la chica mientras apuraba el suelo con los últimos cristales de la copa.

Candela suspiró, miró de nuevo hacia el pinar, la luz de Matías se había apagado, y bostezó.

—Buenas noches. Que nadie me despierte antes de la comida —susurró, desapareciendo del porche. Cuando se metió en la cama, el balcón abierto para poder escuchar a Matías cuando empezase a limpiar el jardín, sintió que aquel lugar en el que ambos vivían separados por tan solo unos pinos, un camino de grava, un puente y un río, la atrapaba. Podría vivir en esa cabaña sin que nada más importase ahí fuera, en el mundo. La Piñonera, pensó sonriendo cuando empezaba a quedarse dormida de nuevo, era mucho más que el gran caserón de los Montalbán y su vasto pinar. La Piñonera era, ahora lo entendía, donde vivía la vida.

Candela bebió un sorbo de champán, tomó aire, el lilo se mecía de cuando en cuando con la brisa de la noche, y retomó las letras claras y vivas de su libro. Muchas de ellas escritas hace tantos años que para ella era también emocionante, no solo para sus amigas, volver a bucear en los recuerdos.

La Piñonera, octubre de 1969

Esta noche he vuelto a dormir entre esas sábanas blancas que huelen a madera y vainilla. El recuerdo de ese perfume me persigue cuando no le veo. Le recuerdo tumbado, de espaldas, su pelo oscuro llenando de pequeños pero impactantes trazos las almohadas immaculadas. Es sentirle respirar, olerle, rozarle mientras duerme y me tiritan las venas. Es una sensación tan increíble que me da pánico perderla. No hay nada más reconfortante en mi universo en estos momentos que saber que está ahí, aunque no hable. No me importan sus silencios, me basta con saber que está. Qué distinto era con Jacinto. Entonces me bastaba con saber que se iba para que casi todo se volviese placentero.

Hoy me he quedado a desayunar, es domingo y no importaba el tiempo. Adela no trabaja hoy, así que no he tenido que correr para llegar a casa antes que ella sin el tedio de un interrogatorio policial de los suyos.

Le he observado desde la cama, de espaldas, desnudo y poderoso, tostar el pan en una sartén barnizada con mantequilla, exprimir naranjas en una jarra de cristal tallado, revolver huevos en otra sartén, cortar embutidos y queso sobre una tabla de madera. He olido desde aquí todos esos manjares y su piel, que aunque esté allí, junto al fuego de la cocina, sigue oliéndome porque estoy impregnada de todos sus sudores. Me excita saber que huelo a él.

—Para, para, que me estoy poniendo como una moto —gritó Clotilde.

—¡Vaya! —exclamó Bárbara—. Que suenen las campanas de Notre Dame, que la señora se ha puesto cachonda y esta vez no es por el chocolate.

—Mujer, aún estoy viva, ¿no creerás que se me ha cerrado el tesoro, no? —preguntó con mucho bombo.

—¿El tesoro? ¿El tesoro? —dijo Bárbara con ironía—. ¿Qué golpe te has dado

para llamarlo con semejante cursilada?

Clotilde pensó tres segundos mientras todas reían y volvió a gritar:

—¡Pues ole mi coño! —Nando se tapó la boca para que la risa no le delatase, su abuela y sus amigas seguían riendo. Alguien abrió otra botella de champán. El corcho salió disparado hasta aterrizar junto a las lavandas.

Hemos desayunado delante del fuego. Hace frío. El otoño se ha instalado definitivamente. Me gusta observarle comer. Es meticuloso, no solo en la cama, con todo lo que hace. Con la misma precisión que recoge las hojas del camino o perfila el césped en verano, fríe unos huevos y tuesta una hogaza de pan, recorre con sus manos la piel de mis caderas y me penetra hasta lo más recóndito y placentero de mí. Es perfecto.

Hoy he sentido por primera vez que estoy traicionando a Adela. No quiero sentirme mal, pero tampoco que ella sufra por este destino. Mamá, ayúdame, ¿qué hago? Sé que entre Adela y Matías nunca podría haber existido nada, pero qué pensará ella si se entera de que el hombre por quien suspira hace años me quiere a mí, me cuida, me mimó y me ama como nadie lo hizo jamás.

—Querida, ¿estás hablando de tu jardinero? Hasta ahora pensé que te referías siempre a Olivier. Creo que me he perdido algo importante —sentenció Bárbara de Cotage, levantando una ceja.

—Ambos vivieron en mí desde que murió Jacinto —respondió Candela, mirando a los ojos de cada una de sus amigas. Por unos momentos se habían quedado mudas. Ella recordó la tarde en que Matías y los hombres del vivero plantaron el lilo. Aquella Adela joven y racial volvió de repente en el tiempo hasta su presente. Recordó cada uno de sus suspiros, cada una de sus miradas. La vida les había envejecido la piel, pero solo eso, la piel y poco más.

—Dios mío, ¿te tirabas al jardinero? —Bárbara gritó alucinada, con una sonrisa de morboso placer que la hizo levantarse de un salto.

—Fue mucho más que sexo, queridas —dijo Candela con voz suave y toda la dulzura del mundo instalada en su mirada.

—Pero te lo tirabas, que es lo que cuenta al fin y al cabo para que una historia entre dos sea mucho más que un roneo —añadió Bárbara.

—Sin sexo nada es igual —sentenció Clotilde.

—Yo vivo sin sexo y estoy feliz —dijo Pamela con un aire de nostalgia que silenció por unos pocos segundos la noche.

—El día que aparezca un jamelgo te dejarás montar de nuevo y te darás cuenta de todo lo que te has perdido —dijo Clotilde con voz potente.

—¿Eso pasará algún día? —preguntó Pamela desconfiada.

—Mujer, no pensarás quedarte así hasta que te mueras, ¿no? Porque eso

envejece lo que no está escrito —intervino Marie.

—Nada mejor que un buen vino, un buen solomillo y un buen polvo para volver a tener la piel como a los quince años, te lo digo yo —aseguró Clotilde.

—Yo era verle apretar el culo cuando se afeitaba la barba delante del espejo y rejuvenecía cinco años de golpe —añadió Candela, volviendo al último párrafo de la página del diario que tenía abierta.

Ayer estuve diez minutos observando su culo mientras se afeitaba y se arreglaba el pelo en el espejo. Es curioso cómo contraen los glúteos los hombres cuando están haciendo algo con precisión o concentrados en intentarlo. Tengo que preguntarle a Olivier si él aprieta el culo así cuando se afeita.

Candela sonrió. Sus amigas la observaban con profunda admiración y cariño. Qué curiosas relaciones se crean en la vida, pensó. Aquellas mujeres, tan distintas pero tan semejantes, habían llegado hasta La Piñonera, a través del *atelier* de Bárbara. Y ahora, años después de iniciar aquella tela de araña que iba a unir las para siempre, parecía como si se hubiesen criado juntas.

—Por Matías —gritó de repente Bárbara, levantando su copa para brindar de nuevo.

—Por el destino —brindó Pamela.

—Por las cosas que nos hacen sentir —sugirió Marie, inclinando suavemente la copa.

—Por Matías y por Olivier, por devolverme el deseo. —Izó la suya Candela.

—Por los hombres —gritó vigorosa Bárbara, engullendo el champán.

—¡Ole tu coño, Candela! —exclamó Clotilde, antes de apurar la suya de un trago.

Nando sintió la necesidad de levantarse y correr a abrazar a su abuela. Se reprimió. Respiró profundamente y estiró las piernas con suavidad. Un pie se le había vuelto a dormir. Estiró la mano por el suelo hasta alcanzar el corcho de la botella, se lo acercó a la nariz y aspiró su perfume. Así olía también esa noche. A burbujas dulces y a amistad.

La Piñonera olía a secretos de amigos.

Cuando ya se habían quedado tumbados, exhaustos, sobre esa cama mullida de sábanas blancas e impolutas que Matías tenía siempre lista y ordenada, Candela suspiró hondo, boca arriba, desnuda, mirando las vigas de madera oscura que estriaban el techo a dos aguas de la cabaña. El fuego estaba encendido a pesar de ser julio. La puerta abierta de par en par dejando escapar al inmenso pinar de La Piñonera los sentidos de esa noche. Matías se levantó, su culo musculado se alejó hasta la estantería de sus tesoros y cogió una cajita de madera mexicana llena de dibujos de colores. Naranja, verde, azulón, rojo, amarillo... Volvió a la cama, su sexo aún sin relajar era un arma de tamaño considerable, y le tendió la caja estirando la mano. Todos los colores de México estaban concentrados allí. Candela la abrió, coqueta y sigilosa, sin dejar de observar a su amante. Una palabra que adoraba y con la que Matías nunca estaba contento.

—Yo no soy tu amante, Candela, soy el hombre que lleva enamorado de ti desde el primer día que entró en esta finca, al que robaste el corazón. No quiero ser el otro, quiero ser tu hombre, siempre.

—Eso lo decís todos después de hacer el amor, pero a las dos semanas os habéis cansado de los compromisos —explicó Candela conteniendo la risa, sabiendo que esas palabras le irritaban profundamente.

—Yo no soy así. No lo soy —se defendía Matías enfurruñado.

—Eso también lo decís todos, que vosotros sois diferentes, pero la vida me ha enseñado que no se puede confiar en un hombre que te dice eso con el pene aún erecto —añadió ella, mirando el sexo desnudo del jardinero.

—¿Así me ves? ¿De verdad? —preguntó ronco, antes de dejarle un beso suave en la mejilla, tapándose con la mano derecha la erección que aún mantenía, y levantarse de la cama.

—No seas tonto, hombre, no te enfades, te estaba tomando el pelo. Yo sé que vas a ser mi amante eterno. Lo deseo.

—Yo no quiero ser tu amante, ya te lo he dicho.

—¿Qué es lo que no te gusta de la palabra amante? No entiendo por qué te molesta tanto. Es una definición certera y maravillosa. Yo prefiero un buen amante que un esposo vagabundo que nunca está cuando lo necesitas. ¿No ves que la palabra implica amor en estado puro?

—Amantes son los que se esconden —dijo él, sacando pecho, como

queriendo demostrar que él iba a estar ahí siempre, dominando su territorio y protegiéndola, no solo cuando el cuerpo les pidiese noches de guerra.

—Amantes son los que aman —lo corrigió Candela antes de abrir la caja, mirando al jardinero con los ojos más apasionados del mundo. Su interior la hizo volar en el tiempo hasta algún rincón del Caribe.

La cajita olía a especias, a viajes, a paraísos. Dentro escondía un saco de guindilla seca mexicana en polvo y otra bolsita de terciopelo. Candela se acercó a oler la guindilla y aspiró suave, notando cómo el picor le subía por dentro de la nariz hasta los ojos, llenándose los de lágrimas. Después abrió la bolsita de terciopelo azul con emoción y sonrió con ternura al ver el destello de las piedras. Dos aguamarinas limpias, como dos trozos de mar en un día claro de verano, como los ojos de su amante en las tardes de sol, estaban montadas con platino en dos importantes pendientes de lágrima. Ese era el tesoro que Matías le había traído de su viaje a la Riviera Maya. Candela le besó. Le besó hasta notar que los labios se le dormían. Después volvieron a hacer el amor, una, dos, hasta tres veces más. Pasaron la noche amándose, hablando, viendo viejas fotos de la infancia de Matías en el balneario de Panticosa, contando anécdotas, besándose. Adela, no tan lejos, dormiría agarrada a su almohada soñando con los brazos fuertes y bronceados de Matías.

Cuando Candela se vistió y salió de la cabaña, solo se oía el río y a los mirlos en la profundidad de La Piñonera; el sol empezaba a salir.

Todas miraban con arrobada atención a Candela mientras ella seguía narrando recuerdos y leyendo el diario de su vida. Las aguamarinas montadas en platino pendían de sus orejas dejando en la noche repentinos destellos de mar. Su voz recorría, cálida y sugerente, los cercanos rincones de aquella mesa bajo el lilo.

—Pocas semanas después de morir Matías, una tarde de lluvia y viento, vino a visitarme desde París Olivier Bernard. Nunca supe por qué lo hizo, por más que le pregunté no me dio una razón convincente. Tan solo me explicó que había soñado que yo estaba triste y había sentido el impulso de venir, sin avisarme. No era posible que supiese que Matías se había marchado para siempre porque ni siquiera sabía que en mi corazón existía ese hombre. El caso es que llegó, y nada más entrar se abrazó a mí y nos echamos a llorar como dos niños. Su pelo seguía oliendo a limpio, a frutas mediterráneas, a vitalidad. Sus ojos continuaban siendo dos antorchas. Estábamos los dos en torno a los cincuenta, pero en su piel y en la mía existían todavía aquellos escalofríos de placer de las noches festivas de París. Cuando nos sentamos, el fuego encendido pintaba en su flequillo aún destellos pelirrojos, me quedé observándole, callada. Él seguía mirándome como aquellas noches en las que compartíamos besos de lenguas ardiendo, cigarrillos mentolados y decenas de miradas capaces de parar el mundo.

—¡Bebe, anda, que te vas a deshidratar con tanta lágrima! —exclamó Bárbara, llenando de champán la copa de Pamela Norton; su llanto sonoro había vuelto a interrumpir por unos segundos la noche de las confidencias.

—Olivier y yo —continuó Candela— hablamos de miles de cosas aquella noche. Saqué la caja de los recuerdos y estuvimos viendo viejas fotos de París, postales compradas frente a Notre Dame, algunas pulseras que vendían los tenderos de la plaza. Recordamos juntos las tardes rojizas de final de verano a orillas del Sena comiendo pipas, los paseos mañaneros con bufanda en el Bâton-Rouge, las fiestas de Esmeralda Muspeliú, Jacinto con sus pajaritas de lana inglesa y Orosia. Tuvimos horas para recordar a Orosia, de bebé, de niña, las fotos más recientes de adolescente. Olivier pasaba sus dedos lentos, como torpes de la emoción, por cada foto en la que Orosia sonreía, como acariciándola. « Es preciosa, Candela, preciosa. Me habría encantado que fuese mía, lo sabes, ¿verdad? », susurraba y lloraba. « En parte es tuya también, es de todos los que me habéis querido », le respondí, acariciando su cabeza; no dejaba de llorar.

—¿Alguna más va a entrar en bucle con las lágrimas? —preguntó Clotilde con sorna, intentando contener sin éxito un lagrimón que barrió su mejilla derecha de un rímel negro como el betún de Judea.

Candela se colocó las gafas y se metió en su libro rojo.

La Piñonera, 23 de octubre de 1989

Olivier llegó ayer tarde. No sé el motivo, pero volver a verle me ha hecho feliz. Es curioso cómo la gente a la que has amado de verdad nunca se va de tu corazón aunque el amor se apague un día. He vuelto a bucear en sus pupilas, como aquellas noches de París cuando el palacete de los Muspeliú se convertía, por obra y gracia de la alocada Esmeralda, en un lupanar de excitantes sentidos. No recuerdo los años que mi cuerpo ardía cada vez que pensaba en él, qué importan. Lo que importa es que ahora le veo y el corazón se me llena de ternura.

Me ha pedido una nueva oportunidad. Sí, yo me he quedado tan helada como tú, mamá, allí donde estés. Es increíble. Una nueva oportunidad para amarnos. Como si yo no le hubiese amado desde que le conocí. Le he amado tanto como a Matías. Los dos han llenado mi vida de sentido todos estos años de ausencias. Los dos han hecho que siga creyendo en el amor de verdad. Los dos me han demostrado que Jacinto solo fue, y con eso me quedo, un pasaporte para poder ser lo que soy, Candela Montalbán, la dueña de La Piñonera.

Mamá, tú los conociste a los dos, tu carta me lo confirmó, pero fui consciente de que siempre supiste lo que sentía por ellos. Orosia no podría haber tenido nunca mejores padres.

—O nos dices quién de los dos es el padre o juro que me cuelgo del lilo con una sogá antes de que acabe la noche —amenazó Clotilde, histérica, con la cara llena del bote íntegro de rímel que se había debido aplicar para conseguir tal desastre.

—No habrá sogá capaz de soportarte, querida —sentenció Bárbara, devolviendo un guiño de humor a la noche.

Nando había empezado a llorar, silencioso, la cabeza apoyada en la arena sobre la manga del jersey que llevaba al cuello. No era tristeza, o igual sí lo era, pero no quiso pensarlo. Siguió sin moverse, emocionado, mientras la voz de su abuela, ahora igual de cálida pero más lenta, lo llenaba todo.

—Nunca quise saberlo científicamente. No habría podido hacerlo sin preguntarles a ellos. Y eso habría provocado un maremoto en nuestras vidas porque sé que los dos lo deseaban. Para mí siempre han sido los dos, así lo ha querido mi corazón.

—Pero solo puede ser uno —interrumpió Pamela—. ¿Orosia nunca te ha pedido la verdad?

—Orosia sabe perfectamente quién es su padre y ha querido por igual a los dos, porque ellos me querían por igual a mí.

—Si Orosia lo sabe, tú también —afirmó Marie.

—¿Y eso importa cuando los dos podrían serlo y como tal me quisieron siempre sin reclamarme nada? —Se hizo el silencio—. ¿Importa? —insistió Candela.

—Por supuesto que no importa, Candela —zanjó Clotilde, que había vuelto a derramar en sus mejillas todo el rímel de la cosmética francesa. Candela sonrió y se ajustó las gafas con femenina coquetería.

Sé que Matías lo aprobaría, mamá. Así que voy a darle a Olivier esa oportunidad que nunca perdió. ¿Crees que hago mal? Le preguntaré a Adela, ella lleva nuestra sangre, ella sabrá decirme lo mismo que tú.

—¿Adela? ¿Tu sangre? —Clotilde estaba al borde del colapso. Bárbara no podía ni levantarse porque en cada sobresalto se apretaba de golpe una nueva copa colmada de champán. Pamela se había quedado bizca de repente, concentrados sus ojos en la llama de una vela.

—Adela Navascués es mi hermana —soltó Candela firme—. Ella no sabe que yo lo sé. Mamá lo descubrió hace tanto... y sabiendo cómo era mi padre y su reputación en el valle buscó la manera de averiguarlo, durante años, hasta que lo consiguió. A mí no me lo confesó nunca, lo leí en la carta que me dejó antes de morir.

—¡Madre de Dios! —susurró Marie—. Y yo que pensaba que mi vida era un celebrón.

Candela abrió por última vez el libro esa noche. Se aclaró la voz, ya fatigada tras las horas de lectura, y volvió a entonar.

No quiero morirme sola. No quiero pasarme la vejez pensando por qué no lo hice. No quiero ni sé dejar de querer. No sé vivir sin amarlos.

Olivier ha sido el hombre que más me ha respetado en mis años más discolos y confusos, mamá. Con él aprendí a hacer el amor, a fumar, a escribir. Con él comprendí que hay primeros besos que nunca más se repiten. Éramos torpes, pero aquellos besos sabían a vida. Él me enseñó todos esos rincones de París que hoy me siguen enamorando, como Chez Lucille, aquel bistró del Sacré Coeur lleno de lamparitas de cuadros rojos y velas derramadas donde nos inflábamos a queso con vino y a besos con mordiscos. Con él empecé a escribir en serio en este libro rojo.

Matías fue el guerrero que volvió a ponerme en el campo de batalla. El que me hizo luchar por esta tierra, por las sonrisas perdidas, el que volvió a depositar esas mariposas en mi estómago que nunca quiero dejar de sentir, por viejecita que me haga. No voy a olvidar nunca esa noche que quedé en París con Matías en el viejo bistró de Lucille. Y los besos, en otros labios, volvieron a ser rojos y encendidos.

Por fin están juntos en esta tierra los dos únicos hombres a los que he amado en mi vida. Esta noche dormimos los tres en La Piñonera.

Candela cerró el libro rojo, sacando de su interior un sobre con su nombre escrito de puño y letra de su madre y que el tiempo había amarilleado. Todas habían enmudecido. Clotilde decidió volver al chocolate, Bárbara y Marie al champán.

—¿Los tres juntos? ¿Cómo? —preguntó sigilosa Pamela.

—Matías está enterrado en La Piñonera, Adela y yo cavamos aquí su última cabaña para siempre.

—¿Dónde? —preguntaron las cuatro casi al unísono. Nando, a escasos metros, contuvo la respiración.

—Debajo de nuestros pies. Bajo esta mesa. Al cobijo del lilo —dijo Candela con los ojos vidriosos. Su nieto, escondido a escasos metros, se abrazó a la tierra sin dejar de llorar.

Candela estaba durmiendo aquella mañana del 10 de septiembre de 1989 en la que a Matías se le paró el corazón mientras podaba las lilas y a marchitas. Adela limpiaba los muebles del porche cuando sonó el golpe seco, duro y compacto contra el suelo y la escalera salió disparada, rodando por el césped hasta hundirse en la piscina. Soltó el trapo, corrió hacia el lilo y, cuando llegó, supo que estaba muerto. Sus ojos se habían quedado abiertos, azul intenso, mirando al sol entre las hojas del frondoso lilo. Su grito fue tan desgarrador que Candela despertó presagiando la tragedia.

Aquel septiembre fue tibio, pero el día que Matías se fue, el valle se nubló de repente y el cielo descargó toda la pena que quedó suspendida sobre la vieja finca de los Montalbán. Estuvo lloviendo sin parar tantas horas que la tierra, bajo las rodillas de aquellas dos mujeres que amaron intensamente al mismo hombre aunque de tan distintas maneras, se había hecho blanda, casi esponjosa. La lámina de agua de la piscina se había convertido en un mar agitado bajo la tempestad. Sus leones de piedra lloraban ríos de lluvia. En el fondo de la piscina, ahogada como la soledad que dejaba, estaba la escalera de madera. En el horizonte, tras la cortina húmeda que separaba la tierra del cielo, la casa grande de La Piñonera permanecía erguida, triste y líquida, pero, imponente, poderosa y fiel. Candela miró a Adela con dulzura después de mucho rato compartiendo el sonido de la lluvia sobre sus espaldas, abrazadas las dos al cuerpo inerte de Matías, como preguntando sin preguntar qué es lo que debían hacer. La muchacha de pronto, sin mediar palabra, se levantó del enfangado terreno, se remangó la blusa bajo el delantal, y desapareció por el camino de grava. A los dos minutos apareció con picos y palas. El lilo callaba. La tarde, llorosa, se les había echado encima.

Candela y Adela cavaron durante dos horas una fosa profunda en el barro hasta quedar exhaustas, la noche aplastando la pena. Sin rendirle más cuentas a la vida que aquello que él hubiese deseado, enterraron a Matías tal cual estaba vestido, empapado por la tormenta, frío y rígido ya, con un ramillete de las flores azuladas de aquel lilo que él mismo había plantado cuarenta años atrás, cuando las tardes eran limpias y la vida corría joven por todos los rincones de La Piñonera. Le envolvieron en una sábana blanca de hilo, aún perfumada de vainilla, que Candela había mandado a Adela quitar de su cama, y lo cobijaron

con toda la ternura del mundo, dentro de la fosa, bajo la tierra enfangada. Después arrimaron desde el camino de gravilla uno de los pesados bancos de madera y hierro que bordeaban el sendero y que Matías repasaba con pintura blanca cada primavera, dejando a su paso un surco de esfuerzos y voluntad, un adiós dibujado en la tierra como una herida profunda, y lo instalaron sobre su tumba. Se sentaron, se abrazaron bajo la lluvia, heladas y rendidas, pero serenas. Y lloraron hasta que llegó la madrugada.

Nadie supo nunca más en el valle por qué Matías se había ido con el final del verano. Ni cómo, ni adónde.

Orosia lloró con desaliento al teléfono en su habitación de la residencia universitaria, desde un Madrid que se le antojó más lejano y gris que nunca, mientras su madre le contaba el desenlace fatal y la última morada de Matías, un secreto que solo compartirían con el paso de los años esas tres mujeres tan distintas y tan iguales, por las que corría la misma sangre. Candela Montalbán, Orosia Montalbán y Adela Navascués.

Tras una noche de risas e infinidad de llantos, marcadas por las circunstancias del destino que las había unido bajo ese lilo y porque la vida no tendría nunca más sentido sin ellas, el secreto se extendía ahora a los corazones de Clotilde La Mata, Bárbara de Cotagge, Marie Lamotté y Pamela Norton. Pero Candela sabía que seguiría siendo el secreto mejor guardado del mundo.

Candela abrió el sobre de su madre, inhaló su perfume de rosas, débil pero aún latente, y sacó los folios escritos con la minuciosa letra de Orosia, viuda de Federico Montalbán. Pamela, Clotilde, Bárbara y Marie miraban mudas, emocionadas de compartir para siempre la secreta vida de aquella curiosa familia.

Villa Orosia, 17 de mayo de 1970

Querida hija:

Me he tomado la libertad de dejarte escritas unas palabras para explicarte algunas cosas que nunca tuve el valor de decirte frente a frente, pero que necesitas saber. Quizá soy yo la que necesito hacerte saber, no sé bien, pero aquí quedan expuestas, porque, si no lo hago, jamás me perdonarías y no puedo marcharme con esa losa sobre mi espalda. Dentro de poco, no sé el día exacto —la ciencia nunca ha sido exacta aunque se empeñen los eruditos—, me iré. Don Leocadio me ha diagnosticado una enfermedad letal y fulminante. Hemos ido juntos a Zaragoza, a Madrid y a Pamplona a visitar a los mejores especialistas, pero no hay solución. No tiene cura, ni esperanza alguna, y he decidido no seguir el tratamiento y marcharme cuando el Señor lo crea conveniente. Antes de que eso pase, quiero que sepas todo lo que te quiero, lo que significas en mi vida y lo orgullosa que estoy de que aceptases el fatídico reto de casarte con Jacinto Laguarda. Viniendo de tu padre tal entuerto me tendría que haber negado, haber peleado por ti, por tu libertad de enamorarte de quien quisieras, pero, hija, gracias a ello, y por eso yo también lo deseé, ahora eres la dueña de una historia, la de los Montalbán, que únicamente había pertenecido a los hombres de esta familia. Por ese motivo no solo no peleé porque no te casases con Jacinto sin amarle, sino que recé porque eso sucediera.

Jacinto Laguarda no podría quererte nunca, porque, como algunos hombres, no se quería más que a sí mismo. Yo no sé si le gustaban las mujeres o los hombres, tengo mis dudas, pero lo que sí tengo claro es que cuando se miraba al espejo se gustaba tanto a sí mismo que todo lo demás no importaba. Sé que no te hizo feliz, pero me consuela saber que tampoco te hizo infeliz,

porque supiste aprovechar cada rincón de nuestra finca en tu placer y tu beneficio, no solo económico, también personal, que es mucho más importante para nosotras. Soy consciente de que en tu vida ha habido otros hombres que te han querido, nunca quise saber quiénes ni cómo, pero supe entender tu felicidad, tu serena viudedad y tus escapadas a París. Eso, de corazón, hija mía, me reconforta.

Tu padre fue un imbécil durante toda su vida. Nos quería, te prometo que nos quería, pero no sabía demostrarlo. Fue muy injusto en infinidad de ocasiones, pero si te hace sentir mejor —sé que lo has dudado muchas veces—, nunca me puso la mano encima, no se lo habría consentido. Era burdo, agresivo en sus acciones cuando se enfadaba, pero era como un gas en una botella de refresco, lo agitas, lo pone todo perdido y luego se bufa hasta enmudecer. Así era tu padre, pequeño aunque gritase como un gigante. Yo he sido feliz de mil maneras, no quiero que te quedes con la idea de que fui desdichada. Nunca lo fui porque nunca me sentí sola. Estabas tú. A mí la dicha no me la daban sus caricias, me la daban tus sonrisas, esta finca y las cartas que me mandaba a escondidas don Leocadio.

Sí, hija, nuestro médico fue mucho más que eso. Fue nuestro vigía, mi consuelo cuando tu padre se fugaba de rameras y mi protector. Sé que ahora estarás alucinando, como tú dices, pero nunca tuve el valor suficiente para contártelo. Él ha sabido curar mis heridas, esas que no se curan con alcohol y calmantes. Él ha rozado con sus dedos sabios cada herida de mi corazón hasta sanarlas por completo. Sí, hija, sí. Leocadio ha sido en secreto el hombre que más me ha amado nunca y al único en ese terreno de los sentimientos y el placer al que voy a echar de menos cuando me vaya. Sí, no hace falta que elucubres, también ha sido un amante secreto, generoso y fiel. Le he dejado un encargo vitalicio: que sea tu faro cuando lo necesites. Es un hombre bueno y generoso, fiel y discreto, fuerte pero sensible, así que no me cabe la menor duda de que te cuidará cuando yo no esté.

Coge aire, hija, coge aire y siéntate, cariño. Que aún nos quedan cosas por compartir de nuestra vida. Adela Navascués, nuestra querida Adela, es tu hermana. De padre, pero tu hermana.

Candela detuvo un segundo la lectura justo cuando una lágrima, como un goterón de tormenta, emborronaba el papel. Seguía emocionándose al leer a su madre, a pesar de la cantidad de veces que había releído aquella carta durante tantos años. Un silencio dulce envolvía esa mesa de las confidencias, solo roto de cuando en cuando por el sollozo de alguna de sus amigas. Se limpió los ojos con la servilleta y continuó. La noche también callaba, como atenta.

Yo nunca me atreví a confesarle nada porque sé que ella adoraba a su padre, bueno, al que siempre ha creído que era su padre. No creo que tengamos nosotras el derecho a desenmascarar a ese pobre hombre y romperle el corazón a nuestra Adela. Dejo en tus manos la decisión de contárselo o no un día, yo nunca he querido hacerlo, me ha bastado con quererla y mimarla todo lo que he podido. Para mí nunca fue nuestra sirvienta, para mí siempre fue, lo sabes, una más en nuestra casa. Solo te pido que la sigas tratando así, como siempre has hecho, y que no te separes nunca de su vera, porque cuando yo no esté, ella será la única sangre que te quede en este valle.

Tè entrego otro legado, hija. Está escondido en tu casa. Debajo de la séptima baldosa de la cocina, empezando a contar desde la puerta del jardín en diagonal hacia los ventanales de la encimera, verás que tiene una pequeña muesca en su vértice derecho, tienes mi cajita de caudales. Dentro te dejo todas las joyas, las que fueron de tu abuela, las de tu bisabuela y las mías. Hay una cajita blanca de madera y nácar con dos medallas idénticas de oro de la Virgen del Pilar; fueron de mi madre y de mi abuela. Quiero que las tengas cerca siempre, sé que te protegerán. No te deshagas de la cajita cuando uses las medallas. La talló tu bisabuelo la noche que se quedó viudo. En ella han permanecido siempre los talismanes de nuestra familia. Guarda nuestra esencia. Consérvala siempre y siempre estaré cerca.

Hija mía, te quiero tanto que hasta me duele. Tè voy a echar de menos todos los días de tu vida.

Candela dobló la carta, volvió a meterla con minuciosidad en el sobre y lo insertó entre las hojas del libro rojo. Alzó la copa mientras sus amigas se enjugaban las lágrimas y cogían las suyas y, con voz rotunda y una sonrisa, sentenció:

—Bebamos hasta desfallecer, la noche lo merece.

En su cuello brillaba la medalla de oro de la Virgen del Pilar. Su gemela, pendía cerca, en el cuello de Adela Navascués.

Esa noche Nando no pudo dormir. No sabía si sus músculos recuperarían la elasticidad tras esas horas de confidencias, agazapado entre las lavandas. En su cabeza se agolpaban las letras del libro rojo que había escuchado tumbado, tieso, en la voz de su abuela. Cuando Candela le había mandado a la cama, a pesar de sus protestas, nunca imaginó que aquellas mujeres tan distintas pondrían sobre la mesa cartas tan semejantes. La vida, pensó su pequeña cabeza, era un continuo espejo en el que todos, todos, nos reflejamos de parecida manera. Recordó las lilas cortadas en el coche de su madre, de otros veranos, cuando las vacaciones terminaban y había que volver a Madrid.

—¿Mamá, qué podemos hacer para robar el olor de las lilas? Sería genial que oliese así siempre la vida.

—Hay cosas, Nando, que no se pueden encerrar en un tarro de cristal, por grande que sea. Tendremos que esperar hasta el año que viene para volver a olerlas —respondía Orosia sin dejar de mirarle por el retrovisor.

—Pero ¿y no podemos retenerlo para siempre?

—¿Se pueden retener los besos, hijo?

—En la memoria sí —contestaba Nando, moviendo la cabeza como para dar énfasis a su afirmación.

—Pues eso mismo pasa con el olor de las lilas, Nando, con el viento, con el ruido de las hojas al pisarlas en otoño, con las puestas de sol, con las estrellas... Con todas esas cosas que nos gustan.

—¿Qué es lo que pasa, mamá?

—Que no podemos capturarlas salvo en la memoria. Y ahí permanecen siempre. Ese es nuestro tarro de cristal.

—¿Es como si las lilas nos besasen y después huyeran hasta el año siguiente?

—Sí, hijo. Pero lo maravilloso es que todos los años, pase lo que pase, vuelve el beso de las lilas para que nunca olvides su recuerdo y su perfume.

Nando volvía a pegar la cara al cristal de aquel coche mientras su madre observaba sonriendo por el retrovisor. Las vacas, tiradas sobre el verde, tenían más suerte que él, pensaba. Ellas se quedaban en el valle mientras Nando volvía al encierro de una ciudad que se le antojaba cada vez más grande, más fría y más ajena. En la bandeja trasera, el olor de un ramo de lilas recién cortadas le llenaba de sueños. Iban, como él, camino de otro escenario que no les pertenecía.

Antes de dormirse —era imposible que el sueño le llegase con todo lo que había escuchado esa noche—, bajó a la cocina, descalzo, y bebió leche a morro, como hacía la abuela Candela. Antes de volver a la cama, se detuvo mirando al suelo con solo ese haz que dibujaba sobre los mosaicos la luz de la nevera. Contó las siete baldosas que separaban la puerta del jardín de la encimera, se acercó nervioso y levantó el azulejo. Ahí estaban las cartas de don Leocadio atadas con una cinta encarnada, la cajita blanca de nácar de su bisabuela y un ramillete de lilas que alguien debía cambiar a menudo porque permanecían frescas. Abrió la cajita, guardaba dos alianzas casi idénticas pero de distintas edades. El interior de la más antigua tenía dos nombres grabados. Orosia y Leocadio. En el de la otra se leía Candela y Matías.

Ahora Nando sabía quién era su abuelo. Cómo era su abuela. Lo que significaba su madre en la historia de los Montalbán. Lo que significaban él y esa finca. Ahora Nando, un niño de diez años y mirada cálida, sabía ya lo que significaba la vida.

Esa misma madrugada, después de leer algunas de las cartas de amor que su bisabuela había guardado como un tesoro en el corazón de la cocina, el lugar más transitado y seguro de toda la finca, y antes de que el sol empezase a teñir suavemente la copa del lilo, Nando salió al jardín y atravesó el pinar hasta aquel pabellón convertido hace años por Federico Montalbán en la casa oficial de Adela Navascués. Sus ventanas, de cuarterones ingleses de madera blanca, estaban vestidas por dentro con visillos ligeros de organza también blanca. Nando pensó que eran como el alma de su tía abuela Adela, puros, limpios y sin arrugas ni misterios. Bordeó la casa con sigilo, las piedras se clavaban en sus pies descalzos. Cuando llegó al portón principal, sintió que la emoción le paralizaba el corazón. Estuvo dudando si tocar la aldaba. Se sentó unos minutos en la grava, toda La Piñonera guardaba silencio y expectación, volvió a levantarse. Miró de puntillas por uno de los ventanales del salón, todo estaba tranquilo. Todo menos su corazón, que galopaba en su pecho como si fuese a salirse y fugarse entre la frondosidad del pinar.

«Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo, tengo que hacerlo». Sus palabras le retumbaban en el cerebro una y otra vez.

Cuando se armó de valor, se levantó y se acercó al portón sin detenerse. Estaba a punto de hacer sonar la aldaba de bronce y como si el destino le hubiese leído el pensamiento, la puerta se abrió dejando al niño inmóvil, con la mano aún en el aire. En el umbral, con la Virgen del Pilar brillando en su escote, Adela Navascués sonreía. Y la vida, una vez más, se detenía en aquella finca.

—Sabía que vendrías, te esperaba —dijo serena, conteniendo el deseo de abrazar al nieto de su hermana.

—¿Por qué lo sabías? —preguntó el niño con los ojos como platos y las palabras cantarinas de emoción.

—Porque te vi esconderte entre las lavandas mucho antes de que empezasen las confesiones.

—¿Tú también lo has escuchado todo, Adela?

—No me hizo falta, mi niño, no me hizo falta.

—Porque ya lo sabías de antes, claro —dijo Nando, intuyendo la respuesta de aquella señora a la que le costaba recordar sin un mandil y las manos llenas de harina y de ternura.

—Yo he custodiado los secretos de doña Orosia cuando ella dejó de tener conciencia. Sabía que estaban ahí, en la séptima baldosa de la cocina contando desde la puerta del jardín. Yo he perfumado con agua de rosas esos secretos, desde que ella murió, sin que tu abuela lo supiese.

—¿Para qué los perfumabas, Adela?

—Para que no perdiesen jamás la esencia de su propietaria.

—¿Y por qué nunca dijiste nada a mi abuela? —gritó, rompiendo a llorar.

—Porque no he necesitado verbalizar la vida, como tampoco lo hicieron ellas, para sentirme querida, respetada, amada. —Adela temblaba ahora de emoción.

—Adela, ¿no necesitas sentarte con tu hermana y sentirla? —preguntó incrédulo.

—Ya la siento, llevo en mi pecho —contuvo un segundo la respiración tocándose la medalla con infinita devoción— esta prueba de fidelidad que tu abuela me dio el mismo día que despedimos a su madre.

—Ya, Adela, pero no podéis vivir cada una en una casa, ahora solo os tenéis a vosotras cuando yo estoy en Madrid, con mi madre.

—Cariño, la vida siempre coloca todo en su sitio, siempre —dijo con la voz casi rota. Y Nando vio llorar por primera vez en su vida a Adela. Aquella mujer fuerte, que parecía indestructible y vivaz en todos los momentos duros de aquella familia, se rompía en mil pedazos de un sople, como las viejas copas de cristal de bohemia, finísimo, que limpiaba con aliento y paciencia cada vez que tenían invitados. Ahora estaba desnuda ante la verdad de la vida, tras esa madrugada de confesiones y secretos.

Nando la abrazó por la cintura. Oía como el cajón de la cómoda de su abuela, como el lilo. Nando la miró a los ojos, se le habían quedado fijos en el camino. Se dio la vuelta. Su abuela Candela venía sonriendo, un farol encendido colgando de una mano. Las cartas y la cajita blanca en la otra. Cuando apenas las separaban unos metros, Candela Montalbán y Adela Navascués echaron a correr y se fundieron en un abrazo, de rodillas sobre la grava del camino. Y lloraron. Nando se abalanzó sobre ellas. Y lloraron los tres.

Nando nunca quiso descubrir por qué su abuela sabía que había estado toda la noche detrás de las lavandas. Candela nunca tuvo que confesarle a su nieto, de su propia boca, quién era su verdadero abuelo. El farol encendido sobre la grava del camino fue el testigo para que esa madrugada hablasen todas las cartas que don Leocadio había escrito a doña Orosia durante tantos años. Y para que siguiese hablando la misma vida. A ratos leía Candela, a ratos Adela. Nando miraba de una a otra, emocionado, como borracho de felicidad. Las veía reír y reía. Las veía llorar y lloraba. Pero ya no lloraban de pena. Lloraban de emoción liberada tras muchos años contenida bajo la séptima baldosa de aquella cocina de la casa

grande de La Piñonera. Un suelo de azulejos históricos donde Candela había taconeado mil veces con sus zapatos rojos cuando parecía que se quebraba la vida.

El Museo del Prado anunciaba una mañana de julio que la colección *Meninas del mundo*, de la pintora francesa Marie Lamotté, ocuparía una de las salas de su pinacoteca durante un año tras el acuerdo alcanzado con el Museo del Louvre de París. Lamotté, según la prensa española, era el nuevo icono pictórico del arte contemporáneo francés. Nueva York, Londres, Berlín y Tokio se disputaban sus colecciones itinerantes, pero la potente influencia de Candela Montalbán, una terrateniente aragonesa octogenaria, propietaria de una de las colecciones privadas de arte más importantes del mundo, había ladeado la balanza, según los periódicos, para que la colección se quedase por un año en España. El Museo del Serrablo, en Sabiñánigo, había organizado todo el papeleo. Entre los cuadros de esa exposición, una *Menina* vestida de Balenciaga, en faya rosa y flores de Manila verdes, tenía la cara de aquella Candela que se había vestido de libertad para casarse en el corazón de Aragón en una época en la que la libertad era un bien tan escaso.

Pamela Norton recibió en su apartamento de Nueva York, en Madison avenue, el telegrama oficial en el que la Fundación de los Premios Príncipe de Asturias le informaba de sus próximos galardones. « Por su divulgación de la cultura y el arraigo español, por su prosa limpia y vitalista y por su maravilloso retrato y amor por nuestra tierra en su novela *El beso de las lilas*, la Fundación Príncipe de Asturias tiene el honor de conceder el Premio Príncipe de Asturias de las Letras a doña Pamela Norton». Pamela se acercó al ventanal con los ojos vidriosos, su parque de las ardillas en el que leía cada mañana, frente al Flatiron Building, resplandecía con el sol de julio. Sobre la mesa estaba aquella novela que había escrito años atrás al volver de su viaje por Europa. Su portada ilustraba, con los pinceles de su amiga Lamotté, a una Candela llena de juventud, escribiendo al borde de una piscina impoluta en un diario rojo, zapatos rojos sobre el césped. De techo, el beso azul de las lilas.

Clotilde La Mata vendió un mes de julio al mayor grupo textil español, por tantos

miles de millones de euros que sentía hasta vértigo, su imperio de bragas y sujetadores, como a ella le gustaba decir ante el estupor de los grandes empresarios del mundo. Parte del dinero recibido lo destinó a multiplicar la Fundación doña Clotilde La Mata, una organización internacional que construía colegios y centros educativos en más de veinte países subdesarrollados de África y América Latina. El logo de su fundación mostraba a Nando, un niño feliz lanzándose al agua de una piscina desde un poderoso león de piedra.

Bárbara de Cotagge fue condecorada en julio con la Orden de Francia por su contribución a la divulgación de la moda francesa en todo el mundo a través de una revolucionaria casa de subastas que exportaba a todo el planeta la mejores piezas históricas de los grandes diseñadores galos. Su casa de subastas se llamaba Madame Candela y en sus tarjetas de visita el rostro de Candela Montalbán, con veinte años, se escondía coqueto bajo una pamele de plato en rafia azul, tan azul como aquellas lilas que le habían inspirado.

El lilo de La Piñonera siguió floreciendo cada mes de julio, lleno de promesas y secretos compartidos. A sus pies permanecía ahora el antiguo diván de Matías, aquel en el que Candela se dejó llevar por la vida la primera vez que entró en aquella cabaña, a escondidas, para descubrir los secretos del amor.

Candela Montalbán cerró los periódicos, sonriente, y cogió el libro rojo. Se asomó al balcón y contempló durante un rato el viejo lilo. Estaba lleno de flores azuladas. Su intenso perfume llegaba hasta allí cada vez que la brisa se levantaba. Se había hecho inmenso. Recordó aquella primera mañana de junio en la que bajo su sombra abrió por primera vez ese libro rojo cuyas hojas ya amarilleaban. Recordó a Jacinto, sus gafas impolutas de pasta inglesa, sus pajaritas de lana, sus manías. Le había querido a pesar de aquella mentira en la que habían vivido hasta su muerte. Querer no era lo mismo que amar, pero era más de lo que merecía su historia. Nunca tuvo que preguntarse por qué su madre, aquella mujer a la que había admirado desde niña por su elegante trasgresión, por su medida libertad, la había arrojado a ese matrimonio al que su padre la había sentenciado por un absurdo y ancestral acuerdo entre familias. No tuvo que hacerlo, porque ella habría hecho lo mismo con su hija y lo haría ahora con su nieto, que ya tenía edad de formar una familia. Candela sabía con maestría lo que significaba el honor de una familia, aunque no toda fuese propia; el poder de las raíces, aunque a veces fuesen injertadas; y el valor de la lealtad en la amistad.

Siguió mirando el lilo. La vida se había detenido allí muchos años atrás. No pudo resistirse a cruzar la oscuridad de la noche, bajó hasta su cobijo calzada con unos zapatos de tacón rojo y se tumbó en el viejo diván. Recordó a Matías, aquellas cuerdas que dibujaban las venas en sus brazos mientras limpiaba la piscina, sus ojos azules, su sonrisa como de menta, sus caricias, sus besos, sus manos... Su intensa chispa viniese como viniese la vida.

Recordó a Olivier, sus rizos indomables bajo la gomina, su olor, el calor de sus pupilas cuando la miraba y le decía que la quería.

Recordó las manos cálidas de don Leocadio, abriendo delicadamente su cuerpo en dos para sacar de su vientre a Orosia una noche de nieve. Imaginó cómo esas mismas manos delicadas escribieron durante años aquellas cartas exquisitas que su madre recibía en secreto.

Recordó el perfume de rosas de la piel de su madre, aquel que bañaba los cajones de su cómoda, el rincón secreto bajo la séptima baldosa de la cocina, la piel del lilo...

No quiso recordar a su padre porque su historia le provocaba pereza con el

paso de los años. ¿Quién sabía ahora en el valle quién era Federico Montalbán? Nadie.

Recordó a aquella niña de tirabuzones como dibujados dejándose calar por la tormenta con la nariz pegada al escaparate de don Romualdo. Y aquellos zapatos rojos que habían encendido desde entonces cada momento cruel de su vida.

Adela no era un recuerdo, era su realidad. Su hermanastra había dejado hacía años el pabellón de invitados y ahora dormía en la habitación contigua. Juntas se pasaban horas charlando sobre el diván, bajo el lilo.

Nando, un tío fuerte, de espalda infinita y mirada calmada, cruzó el césped con un farol encendido en la mano, como había hecho su abuela años atrás. Ese verano había cumplido los veinte. Su abuela ochenta y cinco. Pero él la seguía viendo joven, guapa y viva. Se sentó a su lado y sonrió.

—Abuela, a mí también me gusta estar aquí, bajo el lilo.

Candela le miró con los ojos llenos de lágrimas pero sin dejar de sonreír. Le cogió la mano y la besó.

—Nando, eres igual que tu abuelo Matías.

Él asintió, pasó sus dedos firmes por la roja tapa del libro que agarraba su abuela entre sus arrugadas manos, viajadas y vividas, y después miró al cielo. Nunca había visto tantas estrellas iluminando la vieja finca de los Montalbán.